This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

UC-NRLF
$B 299 381

REESE LIBRARY

OF THE

UNIVERSITY OF CALIFORNIA.

Class 789
M427

JOSÉ M. MATHEU

UN RINCÓN DEL PARAÍSO

(CRÓNICA ARAGONESA)

REESE LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA

MADRID
IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
Don Evaristo, 8
1887

PRESERVATION
COPY ADDED
MF 6/90

UN RINCÓN DEL PARAÍSO

OBRAS PUBLICADAS.

LOS PRIMEROS ACORDES.

AL HOMBRE POR LA PALABRA... *(Proverbio en prosa.)*

LA CASA Y LA CALLE. *(Primera parte.)*

LA ILUSTRE FIGURANTA.

UN RINCÓN DEL PARAÍSO. *(Crónica aragonesa.)*

EN PREPARACIÓN.

LOS INTRUSOS.

UN RINCÓN

DEL

PARAÍSO

POR

JOSÉ M. MATHEU

(CRÓNICA ARAGONESA)

REESE LIBRARY
OF THE
UNIVERSITY
OF
CALIFORNIA

MADRID
IMPRENTA Y FUNDICIÓN DE M. TELLO
IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.
Don Evaristo, 8
1887

R 2858

REESE LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA

I.

Como premio á un brillante final de curso, se me había prometido el regalo de unas vacaciones espléndidas; más claro, el día 20 ó 22 de Junio tomaría yo el tren que iba á Miranda, y luego el coche que salía de allí para Riverada me depositaría en pocas horas en la casa solariega de mis tíos, una de las mejores de la villa. ¿Qué mayor premio podía apetecer un estudiante de Derecho, sin formalidad ni pelo de barba? En cuanto á los merecimientos... había mucho que hablar sobre los tales merecimientos, porque, bien mirado, tenía yo más de holgazán que de persona aplicada y laboriosa; sólo que, al concluir el curso, apretaba las clavijas y solía pasar algunas noches en claro lo mismo que Don Quijote, aunque con mayor aprovechamiento, dicho sea sin agravio del ilustre y nunca bien ponderado manchego. Confiaba en mi memoria para salir bien del paso. Ya comprenderéis lo que es una memoria feliz en esa alegre y campechana

199878

edad en que no se piensa ni preocupa el *modus vivendi*, ni la Constitución del 69, ni los negocios de Bolsa, ni la transcendencia de la metafísica. Discutir, eso sí: yo recuerdo que discutíamos sobre la cuestión de Oriente y sobre otras cuestiones más ó menos políticas; pero pensar, cavilar, reflexionar... Dios guarde á usted muchos años.

En fin, vuelvo á mi memoria y afirmo que, aun yendo á cátedra sin haber abierto un libro, yo no me atemorizaba. Bastábanme dos ó tres lecturas de una página, siquiera fuese tan árida y peligrosa como los procedimientos civiles de Laserna, para retenerla y recitarla más tarde al igual ó poco menos del que hubiera pasado cuatro horas con los codos sobre el libro. Era una memoria de primer orden, como diríamos hoy. Resultaba de aquí que, confiando demasiado en mis fuerzas, me hacía un poco holgazán y dedicaba el tiempo á paseos, lecturas profanas, noviajos y á otras frivolidades por el estilo. Los compañeros me concedían también algunas otras dotes, como por ejemplo: buena imaginación, cierto espíritu de inventiva, alguna independencia en el discurrir, cierta elocuencia mansa, irónica y hasta lírica; dotes ¡ay de mí! que hubiera podido aprovechar, andando los años, con un poco más de trabajo y de formalidad. ¡Quién sabe

si con estas dotes y cualidades frisaría hoy día entre los mayores ingenios y poetas de la Península! Pero reparo que no es el estudio de mi personalidad el principal objeto y mira de la presente historia, por lo cual me detengo y vuelvo por segunda vez al punto de partida.

Después de infinitos consejos y advertencias, me despidieron mis padres en la estación, y me vi en un coche de segunda clase entre diez ó doce viajeros de diverso pelaje y catadura. Nadie repara en un estudiante que va modestamente vestido con su *cazadora* ó *americana*, su gorrilla de visera, su minúscula cartera de viaje al costado y sus botas de becerro que amarillean hacia la punta por el uso y falta de betún; así es que, pasando inadvertido entre ellos, puedo disfrutar con holgura del paisaje, liar un pitillo, fumármelo y estudiar las abiertas ó cerradas fisonomías de mis compañeros. Con esto y con sus conversaciones, verdaderos índices de este maravilloso libro que llamamos hombre, recreo mi imaginación y lleno mi memoria de variadísimas observaciones, que de seguro no habríais de hallar convenientes por lo atrevidas y paradógicas. Ved aquí la razón de pasarlas por alto, y pensar en los treinta minutos que nos señalan en la estación de parada para los viajeros que deseemos comer algo caliente.

Luego que uno devora los platos ó raciones que nos sirven, con apresuramiento de lobo perseguido, y apenas nos acomodamos en los coches, corre la voz de que el tren que esperamos en aquel cruce ha sido detenido en no sé dónde por cierta partidilla carlista. Según el empleado á quien se dirigen mis compañeros de vagón, el telégrafo no detalla, pero advierte el peligro. Estos tropiezos, estos abusos de fuerza, estas detenciones, empezaban á estallar por entonces, y necesariamente habían de tocarnos los primeros chispazos. ¡Santa paciencia! Dos horas largas estuvimos detenidos en la estación. Por fin se oyeron los silbidos de la locomotora que venía con gran velocidad, y percibimos muy de cerca sus resoplidos de fiera antes de cruzarse con nosotros. Llegó y partimos.

En medio de los comentarios que suscitó tan entretenida peripecia, pasóse la tarde más pronto que la mañana, con gran contentamiento mío, pues no veía la hora de llegar á Miranda. Cerró luego la noche bastante fresca, precedida de un vientecillo húmedo é impregnado de campestres olores, que debía ser, á no dudar, los últimos bostezos de alguna tormenta magna que habría descargado hacia el Norte. Finalmente, después de hora y media de marcha, las lejanas luces de la estación me

anunciaron el término de mi primera jornada. Quedábame todavía la segunda de la diligencia, para lo cual, en cuanto paró el tren, salté á tierra y me dirigí á uno de los mozos que cruzaban, preguntándole por el coche de Riverada.

—No señor, no hay coche,—contestó con ese tono y esas buenas formas que caracterizan á nuestros más distinguidos subalternos.

—De modo que... ¿habrá que pasar aquí la noche?...

El hombre no se dignó satisfacer mi curiosidad, pero yo seguí tras él hasta pisarle los talones y poder decirle:

—Vaya, pues muchas gracias, caballero, ¡muchísimas gracias!

Ya por entonces, y á pesar de mis pocos años, manifestaba la singularísima pasta de que estaba hecho mi carácter, mezcla de indolencia y de viveza, de un envidiable aplomo unido á una ironía cauta y disimulada, que podía aparecer á los ojos de algunas buenas personas como natural estulticia.

A seguida me encaminé hacia la parte del andén donde descargaban los equipajes, y observé que mi baulillo no estaba entre éstos. Allí mismo detuve á otro mozo, para hacerle notar la falta, al propio tiempo que le entregaba el talón. Cualquiera creería que mi ob-

servación fué atendida en el acto; pues no, señor, nada de eso. El mozo desapareció del andén, y no logré echarle la vista encima en más de un cuarto de hora. A causa del retraso la detención del tren era corta, y ya los viajeros, después de breve cena, cruzaban por el andén en todas direcciones. Yo empezaba á perder la calma, cuando le vi pasar varias veces con santísima cachaza, y luego presentarse acompañado de otro ganapán que se había llevado mi baúl por equivocación.—Vamos, del mal el menos,—pensé para mi capote. Tranquilizado en este punto me dirigí al comedor, á tiempo que los rezagados salían atropelladamente, después del primer repique de campana. Me senté en un extremo de la mesa, que aún estaba intacto, con su correspondiente servicio, y le indiqué á uno de los camareros la necesidad de repetir la función, por no haber llegado á tiempo y tener que hacer noche en la fonda. Al poco rato quedó el comedor desierto y alumbrado escasamente con una lámpara que lucía á mi derecha, y un reverbero de gas en un ángulo del salón, al lado de la mesa-mostrador donde se despachaban los pedidos de fiambres, pasteles, vino, etc., etc.

No había reparado en dos respetables señores, que se hallaban muy tranquilos de sobremesa, delante de dos tazas de café, charlando

en voz natural, con alguna animación y como si se encontraran solos. Y la verdad es que de cierto modo podían considerarse solos, si se atendía á mi humilde personalidad de mozalbete, y á que el camarero había desaparecido para traer el primer plato de la cena. Ambos personajes vestían largo levitón negro, que casi se avecinaba á sus talones, pantalones anchos, zapatos recios y cómodos, como los que calzan los curas de la montaña, y corbatas negras de seda, anudadas con dos vueltas al cuello de la camisa, de la cual dejaban ver tan sólo dos picos, forma anticuada que por fuerza había de dar á sus cabezas un singular aspecto de tiesura.

Desemejábanse, no obstante, en que uno de ellos, el que hablaba menos, era de estatura baja, color cetrino, chupado de carnes, con muy poco pelo y una enorme calva, sobre cuya parte superior flotaba un mechoncito blanco que parecía leve copo de lana. Su compañero, por el contrario, sobresalía á su lado por la altura, por una regular corpulencia, por el perfil enérgico de su cabeza y la animación de sus ojos negros, que aún conservaban cierto atractivo á pesar de los cincuenta y seis á sesenta años, poco más ó menos, que vendría á representar á primera vista. Reparé también en un detalle de sus rostros, que me llamó la

atención desde el primer momento, porque no resultaba natural y característico, sino más bien como cosa postiza y caprichosa, que suele llevarse en atención á las circunstancias. Me refiero á las barbas grises, no muy crecidas, que ostentaban los dos viejos, sin ningún acicalamiento. No; aquellos semblantes graves y preocupados no concordaban con este varonil adorno; comprendíase, aun sin adivinar la razón, que fuera de esta época habría sido muy difícil reconocerlos por las tales barbas.

Levantáronse al poco rato, y empezaron á pasear á lo largo del comedor con lentitud y con solemnidad, sin que por esto dejaran de gesticular y recargar las palabras, siempre que el afecto ó el caso lo requerían. Al aproximarse á donde yo estaba, dirigiéronme ambos viejos una mirada de recelosa curiosidad, apagando algún tanto el diapasón de sus voces; pero al ver que se trataba de un jovencillo de diez y siete años escasos, pues aparentaba menos edad de la que realmente tenía, continuaron charlando en el mismo tono. A la segunda vuelta tornaron á mirarme, y la expresión semipaternal y sosegada de sus fisonomías pareció declarar idéntico pensamiento: es un niño. Por mi parte, sentía hallarme tan solo en aquella larga mesa y no ver á mi lado á algún buen amigo en quien desahogar la exuberancia de

imágenes, pensamientos y símiles que me retozaban en la imaginacion, á la vista de aquellos fabulosos personajes. Yo le hubiera dicho á mi compañero, de primeras á buenas: —¡Atención! he aquí á San Pedro y á San Pablo, departiendo amistosamente sobre los negocios de la tierra.—En efecto; la gravedad maciza y un si es ó no es huraña del más bajo, parecía haberse tragado, sin lograr digerirlo todavía, el *super hanc petram* del Divino Maestro. En cambio, su compañero representaba á mis ojos la bravura y la decisión de aquel otro apóstol que hizo quemar los amuletos, talismanes y los libros de los misterios de la Diana de Éfeso, después de haber perorado valientemente en el Areópago. Hasta su conversación sonaba en mis oídos con un vago ritmo de parábola, y despertaba en mis recuerdos de escolar la visión de lo patriarcal unido á lo pedagógico. En aquel instante San Pedro había tomado la palabra: hablaba reposadamente, aunque con calor; la cabeza derecha y las manos cruzadas y enlazadas por detrás, viniendo á caer sobre lo que los naturalistas llaman el coxis.

—¿Tú creerás que respetaron la iglesia? Pues no, señor: la turbamulta penetró en la iglesia, y sólo Dios sabe lo que allí pasó, según después me han contado. Yo no quise presenciar aque-

llos escandalosos desmanes, que ya me temí desde los primeros síntomas del motín... Si hubiera habido defensa posible, hubiéramos salido á la defensa de los sagrados intereses; pero no seríamos ni aun media docena de personas las que podíamos oponernos al torrente. Y eso que, bien mirado, llegarán á doscientas en toda la villa las que opinan y sienten como nosotros; pero la mayoría son tibias... no quieren enemistarse con las cabezas calientes que capitanean á las turbas.

—Ya entiendo—repuso San Pablo.—Hay que predicar con el ejemplo, y esos señores que transigen con el poco más ó menos, no pueden dar buen ejemplo. Y repara, amigo Laureano, tú que has hablado de síntomas, cuál es el síntoma infalible de una sociedad que se precipita á su ruina. Ese síntoma se presenta siempre que los Poderes públicos pierden la cabeza; entonces el escándalo, el vicio, los malos ejemplos vienen de arriba, y sucede que él populacho se vuelve irrespetuoso y procaz con las autoridades, que ya imponen respeto. Y si no, dime,—aquí San Pablo hizo una pausa, se detuvo y miró de frente á su compañero—¿quién es el representante de la monarquía legítima en España? ¿qué plan lleva ese representante? ¿cómo se conduce? ¿de quién se aconseja? Tú sabrás igual que yo lo que pasa entre la gente

que le rodea... Me han contado cosas que pasman... Estoy casi escandalizado.

Oyendo tales palabras, San Pedro se llevó la diestra al pecho y exclamó bajando algo la voz, con un acento de profunda convicción, mientras clavaba una mirada tétrica y fija en el semblante del otro apóstol:

—¡Lo sé, Alberto, lo sé! Han emprendido el peor de los caminos. Aquí, en lo íntimo de mi corazón, yo he conservado hasta hace poco tiempo la esperanza de un triunfo cada día más próximo. Pero esa santa esperanza se ha desvanecido con la noticia de esos recientes sucesos á que te refieres. Créeme, por esta vez tampoco triunfamos.

—¡Ah! no triunfamos...—repitió San Pablo con un gesto de desesperación, y sintiendo tan vivo impulso de acción en todo su cuerpo, que le obligó á adelantarse tres pasos á su compañero. Cuando volvieron á reunirse, tendió el primero el hercúleo brazo, y luego lo dobló algún tanto, movimiento peculiar de la mayoría de los oradores que tienen que hacer frecuentes invocaciones á la ley, á la justicia, á la Providencia ó á la conciencia pública.—Y ¿por qué no triunfamos? Cuando se vuelve atrás los ojos y se recuerdan aquellos reyes, entregados en cuerpo y alma al gobierno del Estado, aquellos caracteres indomables, aquellos mi-

nistros incorruptibles, siente uno vergüenza, ¿qué digo vergüenza? se siente hasta asco de haber nacido en esta época de raquitis y de miseria. Antiguamente, y esto lo sabemos todos, cuando venían los apuros, no se apelaba á innobles subterfugios, sino que el rey se dirigía al pueblo y le decía: «Es preciso hacer este sacrificio.» Pueblo y rey constituían el cuerpo de la nación: estaban unidos por los mismos intereses, por las mismas creencias...

—Justamente, las creencias—repuso San Pedro, que había desenlazado sus manos y accionaba de vez en cuando.—Hoy no se cree en nada, porque todo se ha puesto en tela de juicio; así que en política, como en los demás órdenes, se camina al azar. ¿Quién vencerá mañana? No se sabe. Los gobiernos no piensan más que en defenderse, en vivir para el día, careciendo de fundamento y de estabilidad; de aquí las concesiones á que se ven obligados á hacer. Se transige con la plebe, con la *demoniocracia*, como ahora dicen...

—Sí, antes había costumbres, ciudadanos íntegros, familias adictas y cristianas, sobre las cuales se apoyaba la monarquía. Todo esto era un freno poderosísimo para el populacho. Hoy no existe nada de aquello, ni siquiera las costumbres... De lo que se llama la familia no hablemos. ¿Dónde están ahora

esas familias unidas por los vínculos de la sangre y los sagrados lazos de las ideas? Tú, que tienes hijos como yo, conocerás la enorme diferencia entre la antigua y la moderna. El padre, amado y respetado, era entonces el verdadero jefe de la familia. Hoy... no quisiera hablar de lo que son la mayoría de los padres que ambos conocemos... Allí donde no es un tiranuelo egoísta, con todos los vicios posibles, se convierte en un monigote completo, gobernado por la mujer ó por los hijos. Sí, sí, también en la familia ha entrado el parlamentarismo y se representa esa comedia donde todos tienen papel y voto. Y á propósito de esto, te voy á contar un caso personal, propio, innegable, que te probará la diversa manera de ser de una y otra familia.

II.

A esta sazón se presentó en el comedor el camarero, á quien yo había pedido el servicio, trayendo un par de huevos pasados por agua, que era el comienzo de mi cena. Hubo algunos minutos de silencio, durante los cuales el más talludo de los apóstoles miró de soslayo al sirviente, y en cuanto observó que había desaparecido, continuó el interrumpido relato:

—Hallábame una tarde en la famosa catedral de la Seo, porque se celebraban vísperas solemnes. La música era del maestro Cuéllar, y había acudido lo más granado y selecto de la población. Como de costumbre, predominaba el auditorio femenino: damas aristocráticas, señoras de la clase media y mujeres del pueblo llenaban toda la nave del altar mayor y rebosaban por ambos costados del coro, que, como ya recordarás, está en el centro del templo. Unos cuantos jóvenes nos habíamos colocado al lado de las primeras columnas, teniendo por delante un dilatado espacio hasta las

mismas gradas del presbiterio, donde no se veían más que cabezas, mantos, pañuelos de color, alguno que otro devocionario abierto y algunos abanicos que mansamente se movían en enguantadas manos. La media luz que dejaban caer desde lo alto las circulares ventanas, prestaba á los objetos aspecto indeterminado y confuso, oscureciendo los grupos de las mujeres y los tonos de los vestidos y mantillas, que negreaban como manchones de tinta. No obstante esta vaguedad, hube de advertir las miradas que me dirigía disimuladamente una señora, sentada á alguna distancia, y cuyo perfil distinguía yo entre el de otras muchas, aunque de una manera incompleta y como borrosa.

No te extrañará, amigo Grañén, que yo reparara en ella y le devolviera el obsequio con bastantes creces, cuando te diga que acababa de entrar en la primera flor de la juventud. Ardía mi sangre al calor de este fuego que inflama toda juvenil imaginación; era de los buenos jugadores de pelota; tiraba á la barra como los mozos más fornidos y potentes del Arrabal; montaba en pelo como un indio bravo; nadaba como el mejor barquero del Ebro; en fin, había heredado la naturaleza privilegiada de mi padre. Además del moderado ejercicio con que templaba estos ardores, enfrascábame de con-

tinuo en los trabajos intelectuales. Era ya licenciado en Derecho civil y cánones, y en la actualidad me estaba preparando para ingresar en la judicatura, contando con las buenas relaciones de mi padre, colocado hacía más de veinte años en la Tesorería de Rentas provinciales.

Ahora, volviendo á mi cuento, añadiré que á causa de no haberme separado nunca de su lado y del régimen rigorista que se guardaba en casa en lo tocante á mis amistades, conservaba en esto de las pasiones cierta saludable virginidad. Si entre compañeros, por buena educación, me abstenía de algunas libertades, propias de la edad, ¿qué no sucedería al tratarse de mujeres? Resultaba más bien tímido que otra cosa; así es que, aun pudiendo haberme aproximado para verla más á mi sabor, ni me moví de mi sitio, ni pasé de aquella disimulada correspondencia sostenida por nuestros ojos.

Acabadas las vísperas se levantó ella con hechicero recato, y al punto de pasar por mi lado volvió el rostro y me miró sonriendo. Esta casta sonrisa fué para mí como impetuosa corriente que me arrastró á las puertas del templo, entre los pelotones de las mujeres del pueblo, empeñadas en salir todas de vez. Por esta razón estuve á dos dedos de perder su pista, pero atravesó muy despacio la calle de

enfrente y alcancé á verla al doblar la esquina, cuando yo trasponía el umbral á fuerza de codos. Dos veces hizo ademán de volver la cabeza, andando á pasos cortos y mesurados, como si temiera alargar la distancia que nos separaba. Temía yo también llegar muy cerca, porque forzosamente habría que saludarla, dirigirle la palabra... y ¿qué decir? En aquel instante no me ocurría una sola idea, ni una frase, ni un mal requiebro... nada absolutamente. ¡Tan grande era la turbación de mis sentidos!

Al fin sucedió lo que me esperaba: sin saber cómo ni cuándo me hallé á su lado, y como ella tornara á mirarme, yo sonreí como un simple y empecé á sudar anhelante y colorado como un colegial cogido en flagrante delito de hurto. No recuerdo las primeras palabras que cruzamos; pero es seguro que hablamos de las vísperas, de la música, de la gente, de la concurrencia más ó menos distinguida, etc., etc... Después de un rato de conversación, ya pude observar que sus ojos eran negros y hermosos, con un singular encanto y como no los había visto iguales entre las muchachas más lindas de la población. El matiz moreno de su rostro también era diferente. Luego ya reparé que hasta su lenguaje, su gracejo, su manera de andar, todo me parecía distinto, y lo que es peor, tan naturalmente atractivo, que no me

daba cuenta ni razón de lo que pasaba á mi alrededor. Yo la escuchaba, la escuchaba, y su voz fresca y vibrante sonaba en mis oídos como la mejor de las músicas. Andando despacio nos costó mucho más de media hora el arribar á su casa, que estaba hacia el promedio de una calle larga y anchurosa, cerca del río, al otro extremo de la ciudad. Recuerdo muy bien que en esa misma calle existió, años atrás, el palacio de la Inquisición.

Ya frente á la puerta, me invitó á subir con encantadora sencillez, que yo tomé desde luego por pura fórmula, y en su consecuencia, me despedí como supe, dejando para otro día la realización de este gusto. Así que, sin citarnos ni dar nuestros nombres, ella desapareció en el zaguán y yo eché á andar calle abajo, con no pequeño apresuramiento. Más tarde, reflexionando sobre lo sucedido, me dije:—¿Puede haber cosa más tonta que este lance? ¿No debí citarla para otro día? ¿No me correspondía á mí la iniciativa en este asunto?—Esto era lo lógico. Quedeme, pues, tristón y cariacontecido como el que se encuentra con un duro de menos en el bolsillo. Y sin embargo, con cierta idea que me vino de improviso á las mientes, me consolé de aquella descomunal torpeza.

A la tarde siguiente, aun sin haber vísperas solemnes ni festividad ninguna, me encaminé á

la Seo. En aquella hora daban fin los oficios; salían por la puertecilla lateral del coro los canónigos con sus amplias vestes moradas; luego aparecieron algunos beneficiados con sus roquetes blancos y rizados, y por delante de mí cruzó muy de prisa un infantillo llevando sobre el hombro un grandísimo entonatorio, bajo cuyas anchas tapas iba oculta su cabeza minúscula y ligera de pardillo. Por no llamar su atención, me embutí en la penumbra de una capilla y esperé. Aún no había tenido tiempo de dirigir una mirada al altar, cuando vi que avanzaba con lentitud una lejana sombra que venía de la otra parte del templo. Al momento la conocí. Salí de la capilla y me apresuré á saludarla. ¡Qué afortunada idea! El instinto de mi corazón no me había engañado. Era aquello una cita sin preparación ni acuerdo convenido.

A seguida nos encaminamos juntos á la puerta, diciéndome que la Seo era su iglesia favorita; que aquella luz vaga y crepuscular en que yacía envuelto su recinto, que la amplitud de sus naves, la majestad del conjunto, el silencio, la austeridad, el recogimiento que inspiraba al alma, no los hallaba en ninguna otra catedral de las que conocía. Cierto que, aunque su idea vino á ser la misma, no fueron éstas precisamente sus palabras... lo dijo á su manera... pero ¡qué bien sonaba en mis oídos

este caluroso elogio de un templo patrio por el que sentíamos profunda veneración! Por eso no es extraño que oyéndola expresarse así, brotara repentino calor en mi rostro y me acometieran impulsos de abrazarla en un arranque de admiración, de idolatría y de agradecimiento. Sí, debo confesarte, amigo Grañén, que esta segunda tarde apareció á mi vista con mayores atractivos. Me fijé en su boca, fresca y graciosísima como la de una niña; me fijé en los hoyuelos que formaban sus mejillas; me fijé en la seda negrísima de sus pestañas, en la hechicera ondulación de su cuerpo, en esas mil adorables pequeñeces que constituían su manera de ser y que despertaban en mis sentidos la poesía de la juventud, el deseo de cautivarla por algún extraordinario mérito ó proeza. Yo iba humildemente á su lado; pero cuando al hablar á un mismo tiempo se encontraban nuestras miradas, no recordaba haber experimentado nunca una sensación de placer más viva y más intensa.

Bajo el encanto de su conversación, no tardé mucho en verme frente á su puerta. Volvió ella á insistir para que subiera de una manera tan natural, que no creí decoroso negarme en esta segunda ocasión y como si lo hiciera por sistema. Una vez arriba, entramos en una sala donde la mayor parte de los muebles parecían

nuevos, y de la cual lo que más atrajo la atención de mi embobada curiosidad, fué el sinnúmero de floreros que había sobre las cómodas y rinconeras, rebosando todos ellos de flores, frescos jacintos, claveles rojos, alelíes y hierbas olorosas. Luego me presentó á su madre. Era ésta una señora que frisaría en los cincuenta, vestida de negro y peinada á la antigua usanza, con multitud de tirabuzones que agraciaban sobremanera su rostro aguileño claro y expresivo. Lo mismo este semblante que el porte de su persona, descubrían natural distinción, el sello de aquellas ilustres damas palatinas que yo había visto una vez por casualidad, retratadas en grandes cuadros, en los salones del conde de Sástago. Sin muestra de sorpresa saludóme la madre, y me recibió con dulce y cariñosa cortesía, y aún mucho más cuando supo, por boca de su hija, que pertenecía á la familia de los Ximénez-Oliván. Al oir pronunciar mi apellido me quedé un poco frío y como cortado, porque la aventura tenía traza de confabulación premeditada por ambas damas.

En realidad, yo estaba allí como un niño en visita de duelo, bajo el influjo de circunstancias y sucesos fúnebres que desconoce por completo. Comprendiendo esta singular preocupación que me embargaba, la dama de los

perar mucho tiempo. Un sábado, después de rezar las últimas oraciones, cogióme aparte mi padre, y me dijo secamente:

—Te advierto que á las nueve en punto quiero que estéis todos en casa. Que no vuelva á repetirse.

Al principio guardábamos ella y yo una extremada reserva; mas no tardaron en presentarse las naturales exigencias de la pasión, á la que no bastan, para vivir satisfecha, las cuatro paredes de la casa. Felisa mostró empeño en corretear conmigo por el campo, y algunas tardes, á pesar del calor, salíamos temprano de nuestro encierro, cada uno por distinto lado, citándonos fuera de puertas. Una vez reunidos, emprendíamos la caminata y nos íbamos lo más lejos posible de la población, eligiendo las carreteras y sitios solitarios.

Recuerdo que en una de estas correrías, ya por lo excesivo de la temperatura, ya por alardear de hábil nadador, hallándonos sentados á la orilla del Gállego, me levanté para internarme en el arbolado, desnudarme y zambullirme de improviso en el agua. Cuando Felisa me vió en medio del río, corriendo de una parte á otra con la ligereza de un pez, rompió á reir y á llamarme al mismo tiempo con grandes voces de fingido susto. Pero el verdadero susto me lo llevé yo. Por mirar hacia donde

ella estaba, no reparé en un profundo remolino que formaba el agua, y cerca del cual estuve á punto de perder terreno y marcharme al fondo. Arrastrado por la fuerza de la corriente, hubiera sido cuestión de ahogarme en cinco minutos, pues contra estas perfidias mansas del río no hay salvación posible. En medio del angustioso esfuerzo y de la evidencia del riesgo perdí el color, y ella, que me seguía con la vista, me vió aparecer en la orilla más pálido que un muerto. Luego que me vestí, vino corriendo al sotillo y me preguntó si me ponía enfermo. Le conté lo sucedido, quedando ambos conformes en que aquella broma debía ser la primera y la última.

Aún volvimos otra tarde, porque aquel camino quebrado y desigual del Vado, que en algunos puntos se convertía en semi-hondonada, gustaba sobremanera á Felisa. Con sus pintorescas lejanías donde verdeaban los viñedos, con sus campos de regadío, sus pomposos cuadros de *panizos*, festonado á trechos por zarzales y cañaverales, atravesado por una turbulenta acequia, le recordaba la hermosura, la abundancia y la fertilidad de su país. A mí también me agradaba por lo solitario, y por esas perspectivas mágicas y campesinas con que nos sorprendía á veces al volver un recodo ó al subir á un ribazo.

Después, al oscurecer, emprendíamos la vuelta á la hora en que se encendían las escasas farolas de aceite que en aquella época iluminaban con tibia luz las desamparadas callejas. Por estas callejas procurábamos enderezar nuestros pasos, huyendo de las personas conocidas. Pero sin duda no faltaron ojos curiosos que nos siguieron, á pesar de que nosotros nada habíamos observado. Te diré por qué. Habrían ya transcurrido tres semanas sin novedad ni tropiezo que nos llamara la atención, cuando una de las tardes, que me disponía á salir, se presentó en casa don Ventura Loscos, nuestro respetable tertulio. Viéndome con el sombrero en la mano, me convidó á dar una vuelta con él mismo. Era, en efecto, la hora de paseo y no pude excusarme, además de que mi padre abundó en la misma idea, afirmando que me convenía el ejercicio y las largas caminatas por el campo.

Como vivíamos en la calle del Temple, tomamos hacia la izquierda para entrar en el Mercado, salir luego á la ronda, cruzar el Puente de Piedra y encaminarnos á la antigua carretera de Cataluña. Habiéndonos alejado bastante, entretenidos en fácil y sabrosa conversación, paróse de pronto don Ventura, me examinó con sus ojillos grises, y soltó las siguientes frases, en un tono entre festivo y serio:

—Amiguito Alberto, ¿sabes tú que me has dado un valiente chasco? Nada, nada, así como suena: un chasco, pero mayúsculo. ¡Pues es una friolera! Yo que te tenía por un muchacho de juicio, comedido y experimentado... En fin, hablemos con franqueza. Mi objeto al ir á buscarte ha sido para prevenirte, porque tu padre, hasta la fecha, ignora lo que ocurre. Yo no quise decirte nada en casa, por evitar que sospechara, y... ya conoces su carácter.

—¿De modo que mi padre no sabe nada?—pregunté yo con cierta candidez, en medio de la más inesperada de las sorpresas.

—No; pero no tardará en saberlo por unos ó por otros. Y entonces... ya comprenderás el disgusto que le darías. Sí, muchacho, sí; es preciso tener juicio, dejarse de aventuras peligrosas y excusar este tremendo bochorno á la familia. Tú llevas un apellido honrado y digno; con ese apellido, que debes conservar sin mancha, se puede aspirar á los mayores cargos de la judicatura. Pero mañana vuelve el marido, y como de todo se murmura, llega á sus oídos algo del suceso y ya tienes encima el escándalo. Este escándalo te cierra la puerta de muchas casas honradas; no lo dudes, Alberto, no lo dudes.

Al oir expresarse así á nuestro buen amigo, habíanme salido al rostro los colores, sintién-

dome algún tanto corrido y avergonzado, lo cual fué causa de que continuara la serie de preguntas más ó menos cándidas.

—¿Es decir, que me habrá visto algún conocido?

—Te han visto volver por el camino del Gállego en compañía de esa señora. Tú podrás tomar las precauciones que quieras; pero no dudes que tarde ó temprano correrá la voz, se enterará tu familia... Aún es tiempo, Alberto, aún es tiempo: corta mañana mismo esas amistades, y no desaproveches mis consejos. El aprecio que tengo á tu padre, y naturalmente á todos vosotros, que os he visto crecer y haceros hombres, me ha movido á dar este paso. Sí, muchacho, créeme; no es cosa tan baladí como imaginan algunos la honra de una mujer casada, para no pensarlo mucho antes de echarla por los suelos. Hay familias que nacen predestinadas al desorden, viven desordenadamente, sin ley ni freno, y mueren en medio de sus desórdenes, heridas por alguna terrible desdicha. ¿Tú recuerdas la familia de don Juan Vinaroz? Ya habrás oído hablar de ella muchas veces.

—Sí, señor, ahora recuerdo,—contesté yo sin saber ni recordar nada en aquel momento.

—Después de haber disfrutado de alguna celebridad por las reuniones que daban en su

casa y las locuras que allí se consentían; después de haber vivido entre festines y saraos por más de diez años, ¿sabes cuál fué su final? Pues al padre lo tienes encerrado en una casa de orates de Barcelona; á su mujer le abandonó aquel mala cabeza de capitán con quien se había escapado, y le han visto andar por Madrid en lugares inmundos, entre las más abyectas y miserables; de sus hijas se sabe que cosían para alguna tienda de ropa blanca, acosadas por una espantosa estrechez; la menor, que pasaba por la más despejada de las tres, entró en el convento de Santa Rosa, acabando por ser una magnífica maestra de niñas; en cuanto al hermano, perseguido como estafador y falsificador de algunos pagarés, se embarcó para Chile, y allí, cuentan, que está de rufián ó matón en una casa de juego. ¿Qué familia, por poco que se estime, envidiará este porvenir?... Yo he reflexionado y me he dicho: Alberto empieza á tratar á una familia cuyos antecedentes desconocemos, por no ser de Zaragoza. ¡Quién sabe! El demonio, que no duerme, nos coge á veces por donde menos pensamos. ¿No podía pertenecer esta familia al número de aquéllas que viven en el desorden y perecen víctimas de él? ¿Qué respondes tú á eso?

Pasada la primera sorpresa, escuchábale yo con alguna curiosidad y hubiera deseado que

continuara hablando él sólo, arrastrado por aquel interesante y fecundo tema. Así es que cuando se volvió hacia mí para dirigirme la anterior pregunta, aún no había preparado la contestación y me hallé algún tanto irresoluto y embarazado. Pero ya luego, puesto en posesión de mi papel, le di en todo y por todo la razón. Es que nunca me pasó por las mientes el que me viera en un lance tal con un amigo de la familia. Una vez llegado á este punto, referíle la historia del suceso desde el primer encuentro en la iglesia, de lo cual dedujo mi buen amigo que aquella donosa dama no debía ser bisoña en las peligrosas lides del amor, sino muy experta y muy aguerrida. Aparentaba yo en el relato una tan buena fe, que llegué hasta el extremo de preguntar á don Ventura la manera discreta y caballerosa de cortar estas nacientes relaciones. Desde luego convino conmigo, en que no debía hacerse repentinamente y sin fundamento.

—¿Y cuál fundamento le parece á usted más?...

—Pues cualquiera que tenga visos de verosimilitud. La necesidad de un viaje por orden de tu padre, por la probabilidad de entrar en un juzgado, por la muerte de un pariente, por cualquier motivo. Nunca faltan excusas de mal pagador.

Hallándonos ya de vuelta y en las cercanías del Arrabal, se nos apareció por un lado del camino un tal Gregorio Galán, propietario y terrateniente, hombre un poco rústico en sus modales y expresiones, que administraba él mismo sus haciendas, para lo cual tenía un caballejo blanco, conocido de todos los labradores de la parroquia de la Magdalena. Estimábanle al señor Gregorio en aquellos barrios como formal, como agricultor inteligente, de muy buen ojo y de no poca fortuna. Por esta razón se le pedía parecer, se le consultaba con frecuencia, demostrando en su conversación, dichos y sentencias poseer un talento natural muy claro, mezclado con esas marrullerías peculiares de la gente del campo. Quiere esto decir que nunca le faltaban palabras y que se le escuchaba con gusto, como á todo el que tiene ideas propias y experiencia sólida. Ya metiendo baza el señor Galán dimos por terminada nuestra plática, en tanto que avistábamos la Puerta del Angel, donde hicimos alto para despedir á nuestro compañero.

Aquella noche no debí volver á casa de Felisa, cumpliendo lo ofrecido á don Ventura y preparando el terreno para un rompimiento definitivo. Pero apenas llegamos y despaché en compañía de mis padres la jícara de chocolate, ya los pies se me iban por sí solos hacia

las endiabladas callejas. Unos autos que había de devolver á mi maestro de abogacía, don Desiderio Lucientes, me sirvieron de pretexto. Después que los entregué en sus propias manos, volé á casa de Felisa, á quien encontré inquieta y recelosa por mi tardanza. Ella en persona salió á abrirme y á alumbrar la escalera, pues era ya de noche, sin esperar á que acudiese la sirvienta con tardo y perezoso paso. Aún no habríamos cruzado media docena de palabras, cuando ya Felisa echó de ver en mi semblante, ó en no sé qué, que me sucedía algo raro ó inusitado. Con esto bien puedes calcular las consecuencias: de pregunta en pregunta y de broma en broma vine á contarle ce por be todo cuanto se había hablado y comentado en nuestro paseo. ¿Te parece increible esta necedad, amigo Grañén? Pues créela sin ningún reparo, porque es tan verdadera como mayúscula.

Al lado de don Ventura Loscos escuchaba yo la razón de sus labios y quedábame vencido y convencido, así como dos horas más tarde, sentado á la izquierda de Felisa, volvióme á vencer la locura de la pasión, hablando elocuentemente por sus ojos. Casi con lágrimas me obligó á jurarle que no dejaría de amarla ni la abandonaría jamás. De allí en adelante buscaríamos todos los medios para ocultar

nuestra dicha á la curiosidad del mundo, de modo que se creyese deshecha y fenecida. Por lo tanto, ya no nos citaríamos fuera de puertas, ni iríamos á los sitios más retirados; nos veríamos únicamente de noche y muchas veces en casa de una amiga de nuestra confianza. Durante tres ó cuatro semanas cumplimos al pie de la letra nuestro programa, y este tenebroso misterio de que nos rodeamos pareció avivar el fuego de nuestros corazones. Llevábamos, como te digo, más de veinticinco días de vida nocturna y misteriosa, cuando una mañana, al tiempo de levantarme, se presentó mi padre en el cuarto y me dijo con su acostumbrada sequedad:

—Después de desayunarte bajarás al despacho.

El tono y, aún más que el tono, lo imprevisto de la advertencia, me dejó muy mal humorado. Tomé el desayuno con mediano apetito, y á continuación enfilé la escalera para bajar al piso principal, frente á la sala de recibo, donde había una alta y hermosa puerta pintada de verde-claro con los tableros ovalados, guardando simetría con la de la sala, y que conducía á su modesto despacho de oficinista. Estaba sentado en un ancho sillón de vaqueta, detrás de una mesa de roble mal pulimentada, que tenía á uno y otro lado cuatro casillas,

dentro de las cuales se veían metódicamente recogidos, papeles, cartas, recibos de alquileres, cuentas retrasadas, algunas novenas viejas y dos librejos de devoción encuadernados en pergamino.

A su espalda aparecían los repletos estantes de una librería con sus diversos órdenes de volúmenes, empezando desde abajo por los grandes infolios referentes á la historia de Aragón, como recopilaciones de leyes y fueros, los *Comentarios*, de Blancas, las *Genealogías* y *Memoriales*, del cronista Pellicer de Ossau, los voluminosos *Anales*, de Zurita, y acabando por las obras de San Jerónimo, la *Biblioteca*, de Latassa, las *Oraciones panegíricas*, de Fray Josef Latre, las *Advertencias curiosas é instructivas*, de Salafranca, y otros libros antiguos de menor importancia. Más arriba, á una regular altura, se hallaban los tomos en pasta de los *Viajes de Anacarsis*, *El Belisario*, de Marmontel, *Las soledades de la vida*, el *Compendio*, del padre Isla, *La clemencia de Tito*, y la *Doctrina política*, de don Ignacio Luzán, seguidos de otros no menos interesantes que éstos. Esta magnífica librería, heredada por mi padre, había pertenecido primitivamente á nuestro tío don Francisco Oliván y Subías, canónigo doctoral del Pilar y pariente lejano de los insignes pintores aragoneses don Francisco y don Ramón Bayeu.

En frente de la librería, y sobre una achaparrada mesilla de nogal, descollaba una papelera antigua como uno de los mejores muebles que adornaban el cuarto. De algunos de sus cajones solía hacer mi padre gaveta encerrando allí el oro, las escrituras de propiedad, los pagarés y los documentos más importantes. Y te hablo de esta papelera porque conservo en la memoria la forma maciza y elegante de aquel mueble, ya viejo en la casa, cuyo frontis resultaba bellísimo al primer golpe de vista, por su variada simetría, por sus incrustaciones de concha, por sus relieves y cornisas de ébano, por sus cerraduras de bronce dorado á fuego, lo mismo que sus pies, que figuraban cuatro garras de águila apoyadas sobre cuatro bolas de ébano. La sillería, también antigua, de esas que llaman de media tapicería, con los respaldos y traviesas negros de forma ovalada, encubriendo los asientos con fundas de percalina de un color de café rojizo con listas y dibujos amarillos, armonizaba con el carácter general del despacho, que á mis ojos aparecía severo y rico, aunque sin ninguna ostentación de lujo. Sobre las paredes, pintadas de un azul claro de ceniza, formando grandes cuadros y grandes medallones de flores en los centros, alternaban dos ó tres grabados en madera de asuntos históricos y dos cuadritos al óleo pin-

tados en cobre, representando el uno los Desposorios de la Virgen con San José, y el otro la Anunciación del Arcángel Gabriel á María. Estas dos obras de arte conservaban de tal modo la frescura, la pastosidad y la riqueza del colorido, que las mirábamos todos como si acabaran de ser tocadas por el mágico pincel del artista. Y sin embargo, contaban más de una centuria según los inteligentes.

Largo rato estuve yo reparando en estos objetos tan conocidos y tan vistos, hasta que mi padre concluyó de escribir una carta y tomó dos obleas encarnadas que llevó á la punta de la lengua para humedecerlas. No sé si recordarás haberlo visto alguna vez en mi compañía. Creo que sí, y por esto podrás explicarte el que, además del respeto que debía imponerme como padre, me lo infundiera aún mayor si cabe su talla de granadero, su voz fuertemente sonora, su cabeza aguileña, grande y huesuda, su cara de hombre apesadumbrado, casi siempre tétrica, á días amarilla como la bilis, á días rojiza con ese rojo requemado del ladrillo. Toda esta poderosa humanidad se hallaba embutida en aquel momento en una especie de saco de pañete negro finísimo, pues tal parecía su desahogada levita, llena de bolsillos por todas partes. En estos bolsillos solía llevar siempre sus papelotes, amén de dos gran-

des pañuelos de seda, porque, como hombre preocupado y distraído, destinaba el primero para su uso y el segundo para dejarlo por obligado olvido en la oficina.

Cerrada ya la carta puso la dirección, y, sin levantar la cabeza, me preguntó con gran calma:

—¿Dónde estuviste anoche, que dieron las nueve y media y aún no habías parecido por casa?

—Estuve con Juan Antonio hasta esa hora, porque había allí bastante gente y...

Alzó mi padre la vista antes de que yo acabara la frase, y mirándome con espantosa fijeza tendió la mano á la salvadera de bronce que tenía á su derecha y la levantó con ademán amenazador:

—¡Mientes!—gritó con potente voz.—Si no considerara en este momento que eres hijo mío... si no considerara... ¡Dios me tenga de su mano! ¿Cuándo has visto tú que una persona bien nacida se envilezca mintiendo con ese sin igual descaro? Eso no lo has aprendido de nosotros... Creías tú, sin duda, que ignoraba todo cuanto pasa; que desconocía el camino tan torcido que llevas... ¿no es así? Porque no me gusta, porque me repugna intervenir en estos asuntos, si no es para cortar el mal de raíz, supliqué á don Ventura que te hiciera algunas

reflexiones. Confiaba yo en que esas reflexiones, bien meditadas, te abrirían los ojos poniéndote en guardia contra ese género de asechanzas. Pero no ha sido así, por desgracia. Prometiste á don Ventura lo que no has querido cumplir. Está bien. Me obligas á que tome cartas en este asunto. Está bien; las tomaré. Pero ten entendido que no me contentaré sólo con buenos consejos. Desde hoy en adelante al oscurecer estarás en casa, sin excusa ni razón que te impida faltar á mis órdenes. Y creo que con lo dicho te darás por bien avisado.

Al empezar mi padre esta perorata, yo estaba aturdido; poco después recobré la serenidad, pero fué para sentir profundamente el escozor de su reprimenda, que me pareció injusta y agresiva como ninguna. No era ya un niño para que se me tratase de aquella manera. Así lo pensaba entonces, porque la voz de la pasión hablaba en mi espíritu más alto que la del deber. En cuanto al lenguaje de mi padre, venía á ser el mismo de otras veces, siempre que había que echar una buena peluca. Unicamente me atrevería á dudar de que su irritación no subiese de punto en la presente ocasión. Pero ya, digo, bajo la impresión de la injusticia cometida, crecía por instantes el zumbido de mis oídos, latíanme las sienes, sentía calor inusitado en mi cuerpo, y unos

ciertos impulsos de gritar, de sostener mis derechos, de provocar la lucha fuese como fuese, y declararme en abierta rebeldía. Iba, pues, á replicar, cuando se levantó mi padre del sillón, se acercó lentamente, me puso su mano de hierro sobre el hombro, y añadió estas palabras en un tono desabrido que no admitía réplica:

—Advierto que te sofocas demasiado... y no hay para qué. Lo que te hará provecho será el recordar que tu padre no tiene más que una palabra, y esa la cumple. Ahora, *¡jopo!* A la obligación.

Dicho esto, me empujó suavemente hacia la puerta y salí de su despacho apretando los puños, rabioso, colérico y llena la cabeza de mil insensatos planes. Yo empezaba á ser ya un hombre, y mi padre me amenazaba con las disciplinas en la mano como un dómine que se las há con un chicuelo. Esta era la principal idea sobre la que giraba todo el fundamento de mis increpaciones. Si, en efecto, á un hombre se le llama á parlamento, se le amonesta y se le aconseja, y á veces se le indica el mejor modo de eludir su compromiso. En fin, no podrás imaginarte, amigo Grañén, cómo pasé yo aquella mañana. Tenía en estudio un pleito de bastante importancia: reducíase á saber que, si para acreditar que ciertos y determinados bie-

nes pertenecen á un mayorazgo, basta ó no basta la escritura de fundación, cuando en ésta no han sido aquéllos descritos ni designados. Ya ves que la cosa era para muy pensada. Pues bien; di mil vueltas á los folios sin que lograra encadenar ni razonar uno solo de sus hechos.

Mi cabeza ardía, se me acaloraba la imaginación, y no hacía más que repetir las palabras de mi padre. Estaba decidido á saltar por todo. Y lo que es ánimo no me faltaba. A ratos me levantaba de la silla y me ponía á dar vueltas por el cuarto esgrimiendo los puños y amenazando á las paredes. ¿Cómo se entiende, no soy ya un hombre?... ¿Me voy á entregar atado de pies y manos á los caprichos de la familia? ¿No guardo las consideraciones y la reserva con que debe procederse en estos negocios? Quisiera saber á quién ofendo, ó molesto, ó escandalizo con mi conducta. Soy joven, y como joven tomo de la vida lo que ella espontáneamente me ofrece. ¡Ah! no retrocederé. ¡Mil y mil veces no!

IV.

Calló el narrador para tomar aliento, y en este breve intermedio volvió á aparecer el criado trayendo una mediana fuente de cuatro *ronchas* ó ruedos de merluza rebozada con huevo. A todo esto yo había catado repetidas veces aquel vinillo navarro que debía tener algo de añejo por lo bien que calentaba mi estómago y la singular alegría que me retozaba en el cuerpo, al reparar en la gravedad y buen aire del muchacho que me servía. Nadie hubiera dicho sino que era uno de los hijos de la más principal y linajuda familia de Navarra, disfrazado de camarero. ¿Y á quién no hará reir esta imponente y descomunal apariencia de las cosas? Pero volviendo á la narración del viejo don Alberto, y viéndole cruzar de nuevo por delante de la mesa, sentía más que nunca la ausencia de algún buen amigo á quien comunicar mis digresiones. Hete aquí á San Pablo, pensaba para mí, que se presenta al príncipe de los sacerdotes, es decir, al demonio,

pidiéndole cartas para las sinagogas de Damasco, con la santa intención de llevar presos á Jerusalén á cuantos cristianos encuentre en su camino. El hombre no iba por menos. En este caso, nuestro don Alberto representaba el hombre de las pasiones, decidido á romper con todo género de consideraciones. Vamos, pues, á ver cómo mete en cintura á su padre, ó cómo el padre se las arregla con su hijo. En el ínterin, arremetí con la merluza y me dispuse á oir atentamente, con el disimulo del hombre que tiene sus cinco sentidos en el plato, ó mejor dicho, en lo que come, pues por nada de este mundo hubiera querido distraer la atención del respetable apóstol. Después de un sorbo de agua que tomó de la copa, continuó su interrumpida historia:

—Créeme, amigo Grañén, pasé cuatro días enfurecido contra mi suerte, que me presentaba obstáculos y tropiezos donde menos los esperaba. ¿De qué nos había servido aquella estudiada cautela con que nos guardábamos de la curiosidad de las gentes? Absolutamente de nada. Felisa, que era mujer de claro entendimiento, echó de ver muy pronto las huellas de esta tremenda cavilación en mi semblante. Así es que, á sus reiteradas preguntas, abrasado por aquella mirada que parecía llegar y escudriñar lo más hondo de mi corazón, no pude

resistir más tiempo, y al cuarto día la puse al corriente de lo sucedido con mi padre. Quedóse ella absorta y pensativa, porque deducía mejor que yo, de las palabras pronunciadas, el espíritu recto, inflexible y duro de aquel padre, que no había de ceder por ningún motivo. Sentados en el ancho sofá de mullido de su gabinete, teniendo sus manos entre las mías, yo le pregunté tiernamente conmovido:

—¿Y qué vamos á hacer ahora, querida Felisa?

—Tú no eres ya un niño—afirmó ella como si leyera en mi pensamiento y desdoblando hoja por hoja hubiera visto que toda mi resolución dependía de esta irritabilidad del amor propio, más entero y brioso en un joven que en el hombre curtido por los reveses de la fortuna.—Pues bien; si el cariño que nos une no te inspira la suficiente energía, no te dicta algún medio para triunfar de este nuevo obstáculo... qué quieres que te diga, Alberto, para mí... será señal de que ese afecto es tibio y muy pequeño. Yo te he dado pruebas del mío. Algún sacrificio hice, y ya habrás reparado en ello, para no despertar la malicia de los curiosos, ni mucho menos jactarme de lo que otras mujeres no ocultarían con tanto misterio. Ahora, de ti depende nuestra felicidad. ¿Quieres que nos separemos, atormentando nuestro corazón con

un olvido que tal vez algún día maldigamos?... Cúmplase tu voluntad, digo mal, cúmplase la voluntad de tu padre. Yo acepto el sacrificio por venir de tu mano. Pero si decides que nos defendamos de la enemiga suerte, también me hallarás dispuesta. Discurre tú los medios; yo te ayudaré. Los hombres obran según las circunstancias.

Clavados tenía yo mis ojos en los diversos movimientos de su rostro, mientras Felisa hablaba de este modo; subyugábame, tanto ó más que sus razones, la expresión tan natural y adecuada de sus facciones, ojos, cejas y labios, ora melancólica y pensativa, ora tierna y arrebatada. Parecía que cada sentimiento y cada interno afecto se reflejaba tan pasmosamente en las líneas y juego de su fisonomía, que sus palabras no podrían nunca expresar más de lo que expresaba aquel cambiante y hechicero espejo de su alma. Tanto era así, que cuando ella pronunció la frase:—¿Quieres que nos separemos atormentando nuestro corazón?... etcétera,—la dijo con tal tristeza, palideciendo y bajando los ojos á la vez, que estuve á punto de abrazarla y caer de rodillas á sus pies para contestarle, ahogado por los sollozos:—¡Nunca, Felisa mía, nunca nos separaremos!—Si no lo hice, fué por cortedad y por cierto encanto que me tenía como suspenso de sus labios. Y

ahora que lo recuerdo tan perfectamente me ocurre lo que entonces no podía ocurrirme: que le faltaba muy poco á aquella extraña mujer para ser una excelente cómica, una Baltasara ó una Rita Luna.

Sonrióse el otro apóstol oyendo la observación de su compañero, y quiso añadir algo de su propia cosecha, como justificación de lo dicho.

—Cierto, cierto... ¡oh, las mujeres!... las mujeres aprenden á fingir mucho mejor que nosotros.

—No, escucha; acaso no fingía en aquel momento—repuso San Pablo,—y que no fingía lo deduzco de lo que sucedió después. Al llegar á aquella situación culminante, en libertad de elegir camino, decayó algún tanto mi improvisado valor y me quedé con la vista baja en una irresolución y un mutismo que casi rayaban en lo ridículo. Mi imaginación, tan repleta de planes, no acertaba á dar con el mejor. Hasta me faltaban palabras para corresponder al generoso y apasionado arranque de Felisa. Entonces fué ella la que se me acercó, buscando el apoyo de mis manos y acariciándome con la mirada.

—No soy yo una mujer exigente, ni estas cosas se deciden en cinco minutos. Así, que no quiero detenerte. Vete, Alberto, vete antes que

se haga de noche. Mañana lo pensaremos con calma, aunque por mi parte ya lo tenía pensado. Pero tu situación es muy distinta de la mía, y acaso no baste consultarlo sólo con tu corazón.

Me así al momento de esta idea, y estrechando otra vez sus manos, le dije:

—Tu pensamiento es el mío, ya lo sabes. Es lo único que pudiera contrariarme.

—Eso no, Alberto, eso no; ¿serás niño?... Por Dios, quítatelo de la cabeza. ¿Cómo he de decidir por mí y ante mí de un asunto que nos interesa á los dos?... No puede ser; tal vez no tardarías quince, ni aun ocho días, en arrepentirte.

—¿Arrepentirme? ¿De qué? No, Felisa mía, eso nunca.

Después de pronunciar estas palabras hubo un momento supremo de silencio en que nuestras miradas se encontraron, iluminadas por el relámpago de un mismo pensamiento. Luego me enderecé de repente y la estreché entre mis brazos, preguntándole con ansiedad de loco:

—¿A dónde?

Bajó ella sus ojos, después de mirarme, porque le hacía daño sin duda el apasionado fuego de los míos, y respondió muy quedo, reclinando su cabeza en mi pecho:

—Donde tú quieras.

No hubo más. Me levanté en seguida para despedirme y disimular la emoción que me ahogaba y pedía para mis pulmones el aire refrigerante de las calles. Comenzaba ya á oscurecer, y apenas me hallé en el Mercado crucé el Arco corriendo como un desatinado, ante el temor de faltar en casa á la hora señalada. Agigantábase en mi acalorada imaginación la figura de mi padre, cuyos pasos iguales y monótonos creía yo oir resonar en mis oídos con ese pavoroso rumor con que resuenan entre los espectadores los aldabonazos del Comendador en el *Convidado de piedra*.

Cuando avisté el portal, ya habían encendido las luces y ardía entre mustios y dorados reflejos el farol de la escalera, colgado en el muro á la derecha de la entrada. Sin embargo, al dar las buenas noches miróme mi padre con alguna insistencia, pero no desplegó sus labios. Estaba en la salita del segundo piso, que servía de comedor, leyendo el *Diario* al lado de la cómoda, sobre cuyo extremo se veía un *quinquet* nuevo de hojalata con pantalla del mismo metal. Mientras tanto mi madre y mi hermana Clara recogían la ropa lavada de la semana; la una de pie y la otra desde su asiento iban estirando la sábanas por ambos lados para dejarlas luego lisa y simétricamente plegadas. Recios manteles y no menos recias servilletas,

con sus listas encarnadas y sus diminutas marcas de hilo, se apilaban sobre las sillas como grandes volúmenes en blanco, al igual de las almohadas, paños, cobertores y demás ropa, que debía guardarse en grandes armarios abiertos en la misma pared del comedor.

Acabada esta faena, volvió mi madre á sentarse, tomó el ovillo de encima de las devanaderas y empezó á devanar la media madeja de lino que blanqueaba en la penumbra, formando ligeras ondas sobre los cuatro palitroques de madera. Mi hermana cogió el bastidor y se puso cerca de la cómoda para continuar el bordado de unos cuellos que debía estrenar el día de San Esteban proto-mártir, santo y cumpleaños de mi padre. Guardaban ambas mujeres extremado silencio, sobre todo después de haber recogido la ropa, y no era ciertamente la primera vez que notaba en ellas tan particular fenómeno. Diríase que mi presencia les imponía esta prudente reserva que suele tenerse delante de personas extrañas. Formé, pues, el proyecto de hablar aparte á mi hermana en cuanto hubiera ocasión, para preguntarle y aclarar la significación de semejante misterio. Por supuesto que no había para qué aclararlo, porque en el fondo de mi conciencia veía yo claro como la luz del sol la causa de todo; pero la naturaleza de la pasión es ésta: imaginar

que forma parte de su excusa la ignorancia de los demás.

Mientras rumiaba mi proyecto observaba de vez en cuando la rara semejanza de aquellas dos cabezas que aparecían en el mismo término del cuadro: la de mi madre y la de Clara. La primera, derecha y desvanecida algún tanto en la penumbra; la segunda, inclinada sobre el bastidor, recibiendo de costado la luz del *quinquet*, que hacía resaltar con mayor viveza la blancura de la mejilla, el brillo de sus cabellos castaños y los relieves sonrosados de su orejita, que parecían una miniatura por la linda corrección del dibujo. Las dos eran semejantes por el óvalo del rostro ensanchado graciosamente hacia las sienes, por la expresión serena de sus ojos y la delgadez de sus labios, por el conjunto, en fin, de la fisonomía aniñada, y sin embargo, grave como de personas meditabundas y resignadas. Cierto que, descendiendo á pormenores, discrepaban en todo, como es natural que discrepe la mujer de cincuenta años de la joven de diez y seis que aquélla ha engendrado; la naturaleza estéril y envejecida que lleva impreso el sello de los dolores humanos, de la tierra virgen cubierta todavía de flores y de verdura.

Como ni antes ni después de la cena se me presentó ocasión de hablar á mi hermana, hube

de dejarlo para el siguiente día. Mi padre, que era gran madrugador, había desaparecido de casa á la hora que yo me ponía en pie, entre seis y siete de la mañana. En estas hermosas mañanas de Junio, al llegar los domingos, solía él ir á misa y luego se pasaba á una huerta que teníamos fuera de puertas, á unos ochocientos pasos de la población. En ocasiones traía él mismo los *alberges*, las cerezas, las guindas, los *abugos*, los cascabelillos, la fruta ya madura elegida por su mano. Libre, pues, del temor de que nos escuchase, entré en el gabinete de Clara, que estaba peinándose, y empezamos á charlar de nuestras cosas. Le dije la rareza que había observado en ellas cuando volvía de la calle y me presentaba en el comedor ó donde estuviesen; al momento suspendían la conversación ó seguían hablando en voz baja como si yo fuese un extraño. Contestóme que no había reparado en ello, y que lo único que notaba de algunos días á aquella parte era que mi padre se encerraba en su despacho á solas con mi madre y tenían largas sesiones.—Yo no sé de qué hablarán—añadió Clara;—pero sospecho que están un poco incomodados contigo. Tú adivinarás el por qué.

La miré con fijeza en los ojos y comprendí que no mentía. Pues más que en sus palabras, reflejábase la santa ignorancia de estas malas

pasiones en la serenidad de aquel infantil rostro de mujer y en su manera de mirar, extraña mezcla de curiosidad y de asombro.

—Te creo, Clara; pero no pienso que haya dado motivo para tanto.

—¡Motivo! ¿Pues qué has hecho?—preguntó ella levantando la cabeza y dejando el peine sobre la falda.

—Nada de particular... sino que no soy un niño para que se me prive de ciertas cosas y se me ordene y mande. Mi padre se empeña en que vuelva á casa antes de anochecer... Yo no he dado... ningún mal paso, y sin embargo, uno no puede ser dueño de sus acciones. Van á conseguir con esto que aborrezca mi cuarto como si fuera un calabozo.

Me iba metiendo en un terreno falso, resbaladizo y peligroso; pero la expresión que observé en el semblante de mi hermana me hizo reflexionar y detenerme á tiempo, variando el tono de la conversación.—Con que ya ves que son asuntos muy graves. Otro día hablaremos más despacio, chica. Pero la principal cuestión ¿sabes tú cuál es? Pues nada entre dos platos: que la otra noche vine algo más tarde y á mi señor padre no le supo bien. Vaya, hay que tomarlo con paciencia, porque cuando á él le entra la manía... Y no digo más, chica, ya conoces su carácter.

Luego, al volver á mi cuarto, me senté triste y caviloso como pocas veces. No me cabía duda: se conspiraba contra mí. Aquel silencio con que era acogido en el seno de la familia venía á ser el signo terrible de una confabulación que estallaría el día menos pensado. Acalorada la imaginación con esta idea, pasó á otra, y luego á otra, recorriendo el círculo de las hipótesis hasta caer en los mayores despropósitos. Fué seguramente aquel día, en la fiebre de estas cavilosidades, cuando decidí llevar á cabo nuestro proyecto. Recuerdo muy bien que era sábado, que apenas dormí dos horas, que me levanté más temprano que de costumbre, y que en lugar de ir á confesarme como había dicho á mis padres, me dirigí al despacho de coches y diligencias que estaba cerca del convento de San Franciaco. A veces había que encargar los asientos con dos ó tres días de anticipación, y he aquí la razón de ir yo la víspera del señalado para nuestro viaje.

¿Podrás tú creer, amigo Grañén, que nuestro proyecto se redujese á escaparnos á Madrid con el mayor sigilo? Era una calaverada en en toda regla. El primer absurdo que invocaba, y que pedía á boca llena la pasión, no debía ser otro que la libertad. Lo lógico, lo natural, lo consecuente era esto. Y vete fijando

en esta premisa.—acentuó el gran apóstol, levantando el brazo y agitando la mano, que parecía señalar con un índice inflexible y recto hacia algún oculto enemigo.

V.

Había yo acabado mi ración de merluza; me hallaba deliciosamente con la copa de vino entre los labios, y, sin embargo, tampoco pasó inadvertido para mí el detalle de la premisa. Irritáronseme algún tanto mis instintos liberales y patrióticos, y murmuré muy bajito como quien hace oración mental:—¡Ah gran *carcundal* mal aconsejado reaccionario, ya te enseñaría yo, si tuviera tus barbas, á no confundir la libertad con tus picardihuelas.—En este momento tornó á aparecer el camarero con los platos del queso, diversas frutas y pastas en abundancia, y detrás de él asomó su palmito sano y sonrosado una garrida moza navarra, que vestía de oscuro, con limpio delantal blanco, la cual moza se dirigió á nuestros viejos para decirles que sus respectivas habitaciones estaban ya dispuestas. Vista su apostura y honesto garbo, parecióme encontrar en esta joven cierta semejanza con la libertad que nosotros soñábamos, rica de dones, de gracia,

de vida, de juventud, de... pero á este punto continuaba el barbudo apóstol su relación, y no quería perder ni una sílaba:

—Me acordaré toda mi vida del efecto que me produjo el entrar en el despacho y tropezarme con don Ventura Loscos, entre los dos ó tres grupos de caballeros que allí había. Quedeme mudo y extático, sin acertar á saludarle, ni á moverme, ni á escaparme. Fué él mismo el que se acercó á donde yo estaba, y me preguntó con fina sonrisilla:

—¡Hola! amiguito Alberto, ¿qué traemos por aquí?...

No obstante, creí leer en sus ojillos grises otro pensamiento:—Galopín, ya me huelo, ya me huelo que no vendrás á nada santo...—Pero aún supe sacar, mal que bien, fuerzas de flaqueza, inspirándome, sin duda, en mi adorada comedianta, y contesté con bastante naturalidad:

—Venía... porque tal vez se marche hoy mismo el amigo Ibáñez.

—No será muy seguro eso de la marcha, ¿verdad? Porque viajar en día festivo no habiendo una necesidad imprescindible ó una obligación...

Y lo peor del caso es que don Ventura tenía razón. Conocidos los sentimientos religiosos de la familia Ibáñez, sería probable que mi

amigo Felipe prefiriese el lunes al domingo para ponerse en camino. Pero resuelto ya á mentir, repuse que el susodicho tenía precisión de llegar á Madrid en día determinado, razón por la cual no me parecía inverosímil encontrarlo en el despacho.

Durante este breve diálogo que sostenía con don Ventura, había yo reparado en una señora, acompañada de dos señoritas vestidas de luto, que debían ser hijas suyas, y que venían á despedir á algún íntimo amigo ó pariente cercano. La mayor de ellas, que frisaría en los diez y seis ó diez y siete abriles, mirábame de rato en rato á hurtadillas, circunstancia que me impulsó á fijarme en ella con mayor atención. Era una muchacha de mediana estatura, delgada y esbelta, con una carita pálida como la cera y humilde como la de una Virgen, que no inspira más que sentimientos purísimos y elevados. Cuando volví á mirarla por segunda vez, bajó ella los ojos sin gazmoñería, con una naturalidad encantadora de novicia ante la primera reprimenda de su superiora. También observé que, aunque parecía rubia ó trigueña, sus ojos resultaban negros y vivaces, con ese brillo que sorprendemos tantas veces en los niños, en el pleno y estrepitoso derroche de su alegría. Habíame enseñado el trato con Felisa á detenerme en ciertos rasgos y perfiles del

bello sexo, que antes pasaban inadvertidos para mis ojos. Por eso no debe extrañarte esta riqueza de pormenores.

Las tres mujeres hablaban, ó mejor dicho, cuchicheaban entre sí como si estuvieran en la iglesia, y parecían dispuestas á marcharse viendo que el despacho se iba llenando de caballeros y de mozos que entraban baúles, cajas, sombrereras y otros objetos de viaje. Y en efecto, al poco rato dirigióse la madre al hombre del escritorio para hacerle alguna pregunta, después de lo cual volvió á reunirse con sus hijas y salieron juntas. Momentos antes me había obsequiado la mayor con una última de esas miradas que sólo la mujer sabe dirigir en determinadas circunstancias. Lo cierto es que su imagen, á semejanza de la simpática figura de un cuadro visto en un Museo, se me quedó grabada con gran fuerza en la imaginación. Entre tanto, mi amigo Felipe no venía, y aunque con algún sonrojo, me despedí del señor don Ventura, que se quedó charlando con dos conocidos de la clase de curiosos, de esos que se meten en todas partes donde ven gente.

Apenas llegué al Coso sentí un coraje indecible, porque sospechaba y creía que la fortuna se declaraba contra nosotros. Aquella maldita casualidad entorpecía mis planes; me

obligaba á cambiar de táctica robándome un día, el día señalado para nuestra escapatoria. Y tal fué el furor que me acometió que, torciendo el derrotero hacia la izquierda, me encaminé al convento de Santa Engracia, únicamente para dar tiempo á que don Ventura saliera del despacho.

Tardaría largos tres cuartos de hora en volver pasos atrás y cruzar á alguna distancia por delante del local, sobre cuyo fondo eché una rapidísima ojeada. Pero, ¡maldecida suerte la mía! al instante distinguí aquel enorme sombrero de copa, chato y de grandes alas, que comunicaba á nuestro amigo don Ventura un aire inequívoco de clérigo. Diríase que el diablo le había inspirado la satánica idea de quedarse sentado en uno de los bancos, en compañía de los consabidos curiosos. Dejándome llevar de mi furia... créelo, amigo Grañén, de buena gana habría entrado de repente en el despacho y los hubiera estrangulado á los tres, uno tras otro. Maldije mil veces á aquel inofensivo viejo que se mezclaba estúpidamente en mis asuntos, y lo hallaba á cada paso delante de mí como un invencible obstáculo, como un disfrazado cancerbero que surgía de no sé qué infierno.

Volviendo luego á casa, apenas tuve ganas de almorzar ni de probar bocado. A eso de las diez

de la mañana mi padre estaba también de vuelta, y entrando en la sala del segundo piso, donde acababa de elegir unos higos frescos, me dijo:

—Acompañarás á tu madre á misa mayor. Nos reunimos la Junta de gobierno en la parroquia, y no quiero que vayan solas.

Nada había que oponer á este mandato, de manera que, pasando á mi cuarto, me vestí precipitadamente lo mejor de mi ropa: la ajustada levita negra de reluciente paño, mi sombrero nuevo y mis guantes blancos; estos guantes que fueron después de reglamento en la milicia nacional. Una vez vestido, y una vez en la calle, acompañando á las dos mujeres, vínome á la imaginación aquella orden extemporánea de mi padre, y hube de caer en la cuenta de que llevaba más intención de la que presumía al principio. Durante toda la misa, el sermón y las bendiciones, estuve cavilando y desentrañando su significado. Cierto que no podía estar más claro, y no comprendo á qué inducía el tomarme tanto trabajo... pero el tuétano del secreto se hallaba en lo espinoso que á mí se me hacía el comprenderlo. Y parece que mis padres leyeron, mientras comíamos, esta ofuscación de mis potencias, porque después de su acostumbrada siesta subió él á mi cuarto y me preguntó si tenía algún compromiso con amigos ó compañeros...

—Está bien. Entonces—añadió mi padre, —no habiendo quedado comprometido con ninguno, podrás acompañarlas á la novena del Rosario que empieza hoy mismo, y debe haber mucha gente.

Traté yo á seguida de recoger velas y repuse:

—Únicamente que, como Ibáñez se marcha mañana, pensaba ir á despedirlo esta tarde...

—Hay tiempo, hay tiempo de sobra... si no es más que eso. A la salida de la iglesia puedes subir un rato.

Quise insistir de nuevo, pero mi padre me volvió la espalda, repitiendo la frase:—Hay tiempo de sobra.

Si con esta segunda exigencia no abría yo los ojos, nada quedaba ya que me los abriese, Abrilos, por lo tanto, á la fuerza de la realidad, y vi claramente la mano de hierro que se ocultaba tras estos caprichos, órdenes y cabildeos. Era esta misma mano la que me asía con violencia del brazo y me empujaba hacia la derecha, en el instante en que me dirigía á la izquierda. ¿Habría de seguir siempre tascando el freno? ¿Saltaría yo por encima de esta tremenda mano?

Presa de viva inquietud, con el corazón palpitante y lleno de adormecida cólera, en cuanto salimos á la calle, antes de acabar la nove-

na, me despedí de mi madre y de Clara con la excusa de la visita, y corriendo, más que andando, llegué á casa de Felisa.

En estas calurosas tardes del mes que empezaba solían esperarme las dos mujeres en un pequeño balcón de madera que caía á los corrales de una vecina posada. Por encima de los tejadillos de ésta, empinándose un poco, alcanzábase á ver parte de la ribera del Ebro hacia los términos y campos de Juslibol, cuyos verdosos tonos parecían alegrar la vista al ser tocados de los oblicuos fulgores del Poniente. Además, venían de rato en rato de aquel dilatado horizonte algunos ligerísimos soplos impregnados de la humedad del río, aromatizados por los olores campestres de la arboleda, que, á semejanza de la brisa del Cantábrico, se aspiraban con delicia en aquellas ardorosas horas del crepúsculo. Este cuartejo del balcón correspondía á la parte posterior de la habitación, habiéndolo convertido Felisa en lo que llamaríamos hoy el costurero, por sus excelentes condiciones de luz y ser el más alegre y recogido de la casa.

Allí encontré á la madre de Felisa, que salía á advertirme que su hija estaba bañándose todavía. No era ésta la primera vez que, por la circunstancia del baño, tenía que esperarla con alguna calma. Causábame no poca extrañeza

la necesidad de remojarse con tanta frecuencia, y la comparaba al canario de mi hermana, que, á dos por tres, lo veía zambullirse bonitamente en el redondo tazón de agua. Pero aquella tarde, impacientado por la tardanza, me fuí á la puerta de su cuarto con la santa intención de sorprenderla. Otra contrariedad: lo hallé cerrado por dentro, y nada conseguí. Ocurrióme entonces ir á la alcoba de la sirvienta, donde había visto un ventanillo que comunicaba con la de Felisa. En algunas casas antiguas existe, aun hoy día, esta clase de ventanillos cuadrados, con la hoja de madera para cerrarse, entre dos alcobas separadas tan sólo por un tabique, y donde los padres colocan á la hija ó á dos hermanos: así están prontos para avisarse unos á otros en las mil eventualidades que pueden sobrevenir de noche.

Arrimé, pues, una silla á la pared, y encaramándome con cuidado, me asomé por el ventanillo, aunque sin abrirlo mucho. Estaba Felisa en medio de la alcoba con un disforme cuenco vidriado ó lebrillo, como ella le llamaba, á los pies, lleno de agua, y una fina sábana de hilo sobre los hombros. Encima de la cama tenía las enaguas, la camisa, el corpiño, el vestido de color rosa de menudas flores y falda lisa, las medias blancas y otra porción de baratijas de su llevar, que apenas se distinguían.

Concluyó de secarse el cuerpo, y pude observar, reteniendo el aliento, cómo arrojaba la sábana y se quedaba desnuda, fresca, blanca, con esa blancura limpia y mate que acaso se asemejase á la de aquellas estatuas mitológicas de mármol, ninfas ó diosas, que adornan suntuosos jardines ó magníficas galerías en los sitios reales. Levantó luego los brazos, después de haber hecho un gracioso mohín de pereza, y se recogió las dos negras trenzas de su tocado que se le venían sobre el cuello. Reclinóse con indolencia de oriental en la orilla de la cama, mostrando á mis encantados ojos las temblorosas curvas de sus pechos, al abrir los brazos y dejarlos caer perezosamente en los extremos de la almohada. Cerró los ojos y suspiró. Entonces abrí yo del todo el ventanillo, y dije:

—Buenas noches, Felisa. ¿Vas á dormirte?

Lanzó ella un chillido de ratoncillo perseguido, y corrió á envolverse de nuevo en la sábana, protestando de mi presencia en semejante sitio.

—Si no te quitas de ahí, no me visto. Haz favor, Alberto... quítate. Vamos, haz favor, muchacho...

—Pues, vaya, muchas gracias. ¡Yo que vengo escapado de la novena para verte un momento!... ¡Yo que te aguardo una hora para poder hablar cinco palabras!... Tú lo sabes, y

al fin y al cabo te decides por echar un sueño. Repito que muchas gracias. Que usted descanse y hasta mañana.

Rióse mucho Felisa oyendo el tono quejumbroso de mis palabras, y tirando de la sábana salió del rincón y exclamo:

—¡Bueno! No me importa que me veas. Espérate. Me vestiré en un abrir y cerrar de ojos. Como tardabas tantísimo... yo ya creí que no venías. Primero la camisa, luego las medias, luego los ataderos; procedamos con orden. Ya ves que soy una mujer ordenada y muy de su casa, ¿no te parece? Ahora las enaguas, y si no fuera por estos ataderos que estilamos las hembras... y vuelta á los ataderos... Adelante; pongámonos lo otro. Con un poco de paciencia, todo se andará. Ahora el vestidillo, que, si no tuviera este cuerpo ni estas mangas tan estrechas, sería mucho mejor. En fin, se *arremató*, como dice la gente; aquí me tienes dispuesta y vestidita de pies á cabeza. Creo que no tardé gran cosa, ni me habré dormido como tú preguntabas y temías. Corre á la puerta, que allá voy yo.

Corrí, en efecto, y á pesar de mi mal humor, de la tardanza de Felisa y de la prisa que yo traía, encontré á mi adorada más simpática, más hechicera, más graciosa y más dulce que nunca. Pero no hay dicha cumplida en este

mundo. Bien pronto conoció ella en mi semblante las huellas de tantas contrariedades como me habían atormentado. Y para indagar y traslucir algo siquiera de lo que sospechaba, recurrió á las cariñosas quejas de costumbre.

—Qué tarde vienes, Alberto... cada día más tarde—me dijo en seguida, haciéndome sentar á su lado.—Y hasta traes mal color. ¿Qué sucede?

Al pronto no contesté más que dos ó tres vulgaridades. Pues debo confesarte, amigo Grañén, que al hallarme en este rincón silencioso de la casa, á la caída de tarde, mirando la melancólica serenidad de los cielos, y en el crítico momento de decidirme por la lucha ó por la sumisión, caí en un completo marasmo, en una torpeza intelectual inexplicable. No atinaba á enlazar dos ideas, ni aun á recordar lo que me venía pasando con mi familia. Era una doble inercia, producida por el cansancio del cuerpo y las inquietudes dolorosas del espíritu. Tan sólo oía, aunque sin comprenderlas bien, las palabras de Felisa, su dulce voz, esta inefable melodía que brotaba de su garganta como de invisible instrumento músico.

—Alberto mío, ¿qué pasa por ti? Ya no pareces el mismo... Habla, vamos—repitió ella con súbita impaciencia, cogiéndome la cabeza entre sus manos y estrujándola cariñosamente

como si hubiera sido un niño que empezara á dormirse.—Dime, Alberto, ¿qué ha ocurrido en tu casa? Quiero saberlo todo, quiero que me confieses la verdad. Y contéstame, antes que nada, á lo que te pregunto: ¿eres el mismo para mí? Mírame así, de frente. Necesito leer en tus ojos, porque á fuerza de mirarme en ellos he de adivinar lo que piensas.

—El mismo soy, no lo dudes, Felisa mía.

Después de esta confesión, que salía impetuosamente de mis labios al sentir sus caricias, referile punto por punto la escena del despacho de diligencias, y las sospechas que, á causa de esta coincidencia y de las órdenes de mi padre, me traían inquieto y preocupado desde las primeras horas de la mañana.

—¡Oh! sin duda tu padre es una fiera. Tu padre...

Inmediatamente le puse la mano en la boca y le grité:—Calla. Te prohibo hablar de mi padre.

Temía yo, como asaltado de repentina superstición, que las palabras proferidas llegasen á sus oídos, y pudiera exigirme cuenta de aquella mancha consentida, de aquel insulto lanzado á sus venerables canas, viniendo á ser por esto el más miserable de los cómplices. Tal era el profundo y religioso respeto que me infundía este sagrado nombre de padre. Miró-

me ella en silencio, y abandonando mis manos, quedóse á su vez ensimismada y pensativa, ó por lo menos lo fingió con tal arte, que la pena tornó á oprimir mi corazón, como cuando bajaba las escaleras de su casa, tal vez para no verla más. Avanzaba entre tanto la hora de salir de allí, y cada momento que transcurría me hallaba con menos fuerzas. Su enojo, la tristeza que dejaba transparentar su rostro, aquella secreta emoción de su sér que me atraía y subyugaba, todo ello eran cadenas para detenerme á su lado. De pronto levantó Felisa la cabeza, y me dijo, con aparente serenidad, que comprendía mi situación en frente de la familia; que ella se había convertido en una carga molesta; que me veía atado de pies y manos, y por lo tanto, inútil para tomar una enérgica resolución, y, por último, que me estimaba demasiado para privarme de la libertad de acción... Si, desde luego, teníamos que separarnos y renunciar á aquella felicidad maldecida de Dios y de los hombres... quedaba, pues, libre.

Yo protesté al momento, pero con tan poca energía, que debió creer que estaba ya hastiado moral y materialmente de su cariño. Y, sin embargo, no era así. Una enervación completa de todas mis fuerzas me clavaba en mi asiento, sin ánimo ni valor para resolver de plano.

Parecíame percibir al través de sus mejores razonamientos un cierto dejo de amargura, como si mi anterior acción le hubiese herido en su dignidad, tanto ó más que en su corazón. ¿Cómo borrar esta ofensa? ¿De qué manera disipar las últimas sombras de su enojo? De aquí el que comenzara á hablar con alguna más pasión, renovando los juramentos hechos, las esperanzas concebidas, las promesas de mutuo sacrificio, realizando, en fin, un gigantesco esfuerzo para que Felisa desistiera de sus propósitos. Por el pronto todo fué inútil. Felisa se mantenía firme y decidida. ¿Á qué luchar contra lo imposible? No, no debía estar escrito que fuéramos felices, viviendo el uno para el otro. Volví yo á insistir sobre lo mismo, ¡y cuánto me costó desarrugar su ceño! ¡Qué torrentes de apasionada elocuencia para disuadirla de su error y convertirla á nuestra antigua fe! Más de dos horas se consumieron en esta difícil empresa. En el intermedio entró su madre luz en el cuarto, y poco después volvió á aparecer para decirle que la cena estaba preparada.

—¡Cómo! ¿la cena? ¿pues qué hora será ya?... —pregunté yo, brincando aterrorizado del asiento. Miramos juntos el reloj de caja que había en un rincón de su gabinete, y vimos que señalaba las diez y cuarto.—Ya habrán cenado en mi casa,—dije yo á media voz.

—¿Por qué no te quedas á cenar con nosotras?—repuso Felisa, cogiéndome del brazo y arrastrándome otra vez al comedor.—Te lo agradecería de veras, querido Alberto... y después de lo que ha pasado mucho más. Acepta, vamos... no seas niño. Si vieras lo mucho que te lo agradecería... con el alma y la vida. Sí, mira, te sentarás aquí, á mi derecha. Mi madrecita presidirá la mesa. Habrá su formalidad y su orden, y nada de... ya sabes. Y te obsequiaremos con los mejores bocados; ¿eh, entiendes? con lo mejorcito. Si no aceptas, ya digo que eres un tonto, un desaborido, un angelillo del limbo, y que no tienes ni una hilacha de sentido.

Mientras ella hablaba, mi sobreexcitada imaginación creía ver en la sombra los relampagueantes ojos de mi padre, que me excudriñaban minuciosamente. Así que, con la promesa de quedarme otra noche, me fuí desprendiendo de sus manos, y nos encontramos en el pasillo porfiando sobre el convite, si el uno terco, no menos el otro.

—¡Ah, qué duro eres de cabeza, niño mío! —exclamó Felisa, comprendiendo la inutilidad de sus esfuerzos.

Pero al bajar el cuarto tramo de la escalera oí la voz de Doña Adelaida que me suplicaba las dispensase, porque la sirvienta se hallaba

REESE LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA

fuera de casa y se había llevado la llave de la puerta del zaguán. Alcé los ojos y vi asomada á la barandilla la histórica cabeza de la madre, con los tirabuzones colgando, que hacían sombra á un rostro grave y expresivo del color del marfil viejo, cuyo rostro no podía imaginarse que fuese careta de la mentira.

Volví, pues, á subir, y les pregunté si sería cosa de desesperarse ó de aguardar algunos minutos más, porque en casa debían estar con bastante cuidado por mi tardanza.

—Ya hace rato que la muchacha habría vuelto si ellas no fueran así, tan *espaciosas*—contestó Felisa.—Pero puesto que te has de detener siquiera un cuarto de hora, bien podías cenar con nosotras. Vamos, no seas niño... decídete. ¿Qué te cuesta?

—Eso no; no me decido. En cuanto la oiga entrar me escapo. Dispénsame por esta vez, Felisa. En casa no dije nada, y ya comprenderás la impaciencia de mis padres.

No era menor la mía, pues no quise ni aun sentarme, y preferí seguir dando vueltas por el comedor, mientras las dos mujeres me miraban con profunda extrañeza.

—Sí, sí, convencida. No desmientes la sangre—repuso Felisa cogiéndose cariñosamente á mi brazo y obligándome á tomar asiento.—Aragonés hasta la médula. ¿No venías cansa-

do? Pues siéntate y descansa en nuestra compañía. No creo que nuestra compañía tenga la virtud de causarte mal de ojo.

Estando en estos dimes y diretes, oimos los pasos de la joven sirvienta, que subía trotando como una cabra; ruido que, por sernos familiar, hizo asomar á mis labios involuntaria sonrisa.

—¡Vamos, ahora ya estarás contento!—exclamó ella sonriendo igualmente.—Anda, anda de prisa, porque desde aquí á tu casa hay una buena jornada.

Por fin caía de su peso. He observado, amigo Grañén, que generalmente la mujer atiende muy poco á nuestros razonamientos. En esta parte conviene imitar su sistema: repetir una misma idea siete veces seguidas y en siete tonos distintos: uno en broma, otro en serio, otro gimiendo, luego con mucha ternura, á seguida enfurecido, á media voz y á grito pelado.

VI.

A tiempo que el llamado Alberto hacía tan peregrina afirmación, oí á mi derecha la voz del camarero, que me preguntaba si tomaría café. Por no perder ripio contesté que sí; pero debo añadir, en descargo de mi conciencia, que en aquella época no tenía adquirida todavía esta deliciosa costumbre. Aunque estudiante y joven, al presente, de cortas aspiraciones, había yo sido precoz en el amor como todo poeta, y esta interesante narración me abría horizontes nuevos para el conocimiento práctico de la mujer. Apliqué, pues, el oído y escuché.

A la observación de San Pablo hubo de responder San Pedro con una explosión de risa mesurada y una serie de reflexiones pertinentes al asunto, de las que sólo alcancé á retener estas últimas:

—¡Oh! eso es indudable—decía el apóstol de menos talla.—Las hembras son terribles. Hay que verlas reunidas en cualquier espectáculo, por ejemplo, á las puertas de la iglesia

en los días de Jubileo. Allí se empujan, gritan, alborotan y se pelean como pavos mal cebados; y todo ¿por qué? por querer entrar y salir todas á un tiempo. ¿Tú has reparado en las festividades solemnes? Los puestos están ocupados, la nave del centro se ve llena de devotos y devotas... pero no importa. Llega en esto una señora retrasada, con mucho manto y mucho rosario. Allá, cerca del presbiterio, divisa un hueco, un hueco pequeñísimo donde apenas cabría el puño de un chicuelo. No importa. La señora avanza con denuedo, cruza por entre la gente sentada ó arrodillada, á la una la pisa, á la otra la empuja, aquí tropieza con un pie, allá se enreda en una mantilla, salta por toda clase de obstáculos, aun á riesgo de caerse, y se planta en el hueco oronda y satisfecha. Es lo único que apetecía. Y conseguido, porque cuando ellas se empeñan en salirse con la suya...

—Muy cierto, ciertísimo—repuso San Pablo.—Y recuerdo á este propósito, que una vez, de paso para Granada, me detuve en Madrid, y á los pocos días me tropecé, delante del Congreso, con don Agustín Príncipe, famoso escritor y paisano nuestro. No sé por qué salió á conversación la cuestión de las mujeres en lo tocante á destinos, gracias, indultos, etc., etc... Yo le decía esto mismo:—Son insaciables

para pedir.—Don Agustín, riéndose mucho y meneando la cabeza, me preguntó:—¿Y usted sabe en qué consiste? Por supuesto que yo tampoco lo sé; pero observe usted esta diferencia: nosotros tenemos nuestras ideas y las de los demás, que creemos ó discutimos; ellas van únicamente á su idea. Quién más, quién menos, somos casi siempre un poco ilusos, algo idealistas como don Quijote. Por el contrario, las mujeres viven más apegadas á la prosa de la vida, á la realidad, y por esto son en general tan caprichosas. Porque no hay nada más caprichoso que la realidad, esa realidad que improvisa las más estupendas casualidades y nos engaña con la mayor sencillez del mundo. Usted, como moderado, espera que suban los suyos al poder y lo coloquen. Esto es lo natural y lo de cajón, ¿no es eso? porque es su partido, porque ha trabajado usted por ellos, porque así lo hicieron otras veces y por trescientas cincuenta mil razones del mismo calibre. Ahora bien; mañana suben los moderados y lo dejan á usted en la calle. ¿Hay cosa más sencilla? Pues esa es la realidad.

Luego me refirió algunos graciosos pasos de conocidas damas madrileñas por demás influyentes, sazonado todo ello con el gracejo propio de su gran ingenio. Pero démosle de mano y volvamos á mi historia.

Apenas me vi en la calle pensé con terror que, según lo avanzado de la hora, habrían ya cerrado el zaguán. Crucé á escape los callejones más oscuros, luego el Mercado, la plazuela de San Cayetano y me hallé frente á casa. No había para qué temerlo: estaba cerrado. Di á seguida dos tremendos aldabonazos, pero ni oí ni se asomó alma viviente á los balcones. Arrimado á la puerta y esperando que abriesen, me dieron las once y media de la noche. Como no se veía resquicio de luna, no podían distinguirse, ni aun confusamente, los perfiles de algunas parejas que, sentadas ó asomadas, tomaban el fresco y charlaban en voz baja, respetando el sosegado sueño de la vecindad. Poco después volví á llamar, aunque con la misma escasa fortuna. En aquel instante daban las doce en el reloj de la Torre-nueva.

Nadie se movía ni parecía dispuesto á abandonar la cama. ¿Qué hacer en este caso? Dirigí una mirada á la reja saliente de cruzados barrotes que negreaba debajo de los balcones del principal y viniéronme deseos de escalarla, pero no me atreví. Tenía también sus dificultades esta empresa. Me senté en el escalón de la puerta y conté los cuartos, las medias y las horas, hasta que la continuada inmovilidad empezó á traer el sueño á mis ojos. Dos veces pasó el sereno armado de su chuzo y de su fa-

rolillo, y al llegar á la esquina cantó la hora con voz de tenor, una voz chillona y resonante que sacaba á los perros de sus casillas.

De pronto, entre cabezada y cabezada, reparé que del negro cielo caía una menuda lluvia, mientras que por el otro extremo comenzaba á dar la tormenta rápidos aletazos de luz que indicaban su proximidad. Me levanté como pude, pues tenía las piernas medio entumecidas, y me encaminé como vagabundo perro á los estrechos porches del Mercado, por ser el más cercano refugio. Ya antes de entrar oí los primeros truenos y sentí menudear sobre mi sombrero las recias gotas. Al mismo tiempo, como improvisado panorama, se me presentaron á la vista, fantásticamente iluminadas por el relámpago, las líneas de viejas y desiguales casas que formaban y forman todavía el largo perímetro del Mercado. Me recosté en uno de los primeros portales, considerando mi extraña situación, al fragor de la tormenta que cruzaba en aquel momento el Ebro, negra y amenazadora, preñada acaso de rayos. Muy pronto, gruesos granizos, como garbanzos, botaron en las losas y vinieron hasta mis pies, mientras que los truenos espantosos se sucedían con pequeños intervalos, y por el centro de la calle corría con sordo gemido un río de agua sucia y espumosa. Así, entre cierta intranqui-

lidad y cierta exaltación de la fantasía, que todo lo agrandaba, pasé las dos horas y media que duró la tormenta.

Al amanecer, sintiendo algunos escalofríos, me ocurrió la idea de ir á la iglesia del Pilar, que ya suponía abierta, por ser allí donde se celebra la primera misa que llaman de infantes. Entré, en efecto, tras unas buenas mujeres que se dirigieron á la santa capilla; pero yo seguí á la izquierda hacia la de San Joaquín y me arrellané cómodamente en un macizo banco de madera con respaldo, al lado de un confesonario. Libre de la humedad de la calle, envuelto por suave oscuridad, en medio del silencio soñoliento de la catedral, interrumpido á ratos por alguna lejana campanilla, dormime profundamente y como si estuviera en mi cuarto. Ignoro á punto fijo el tiempo que disfrutaría de este regalado sosiego: sólo recuerdo que de repente me sentí sacudido por el brazo y oí la voz ronca y como acatarrada de un señor canónigo que me decía:

—¡Eh, muchacho! levántese usted. Aquí no se viene á dormir. ¿Ha oído usted?

Abrí los dormidos ojos, y al pronto no conocí al dueño de aquella dura mano que me estrujaba. Pero puesto ya en pie, vi con gran sorpresa mía que el canónigo era nada menos que el señor Arcipreste don Juan Antonio Ba-

dalona, uno de los tertulios de mi casa, y que, sin duda, confesaba en aquella capilla. Debí enrojecer hasta las orejas, y gracias á que se veía muy poco, por lo cual fingió que no me había reconocido y se metió de seguida en el confesonario.

Serían escasamente las siete de la mañana cuando, después de oir una misa, salí despacio de la iglesia, todo lo despacio que pude. El cielo estaba despejado y hermoso; brillaba un claro sol, y corría un fresco vientecillo que formaba contraste con la pesadez atmosférica de la noche. En esta buena disposición de ánimo, y con menos temor del que creía, llegué á mi casa y fuí saludando, uno por uno y conforme los tropezaba, á todos los individuos de mi familia. Mi padre, que estaba escribiendo en su cuarto, ni siquiera levantó la vista. Los demás me miraron con algún asombro; pero ninguno me devolvió los «buenos días» con que los saludé. No podrás imaginar, amigo Grañén, el doloroso efecto que esto me produjo. Habíame convertido para mis padres en una persona extraña, indigna y miserable.

Después, aunque comimos juntos y hubo su modesto *gaudeamus* por ser el santo del tío Faustino, hermano de mi padre, que pasaba largas temporadas en nuestra compañía, nadie me dirigió la palabra ni me preguntó la menor

cosa sobre lo sucedido por la noche. Al día siguiente pensé interrogar á Clara arrastrado de ese natural anhelo que busca palabras y aclaraciones de aquellos hechos que son harto elocuentes de por sí. Luego desistí de este propósito comprendiendo que mi hermana se hallaría ignorante de las razones que yo buscaba y que no hacía más que reflejar el aspecto grave, ceñudo y silencioso de nuestros padres. ¿Mas cómo negar que yo sufría horriblemente en presencia de ellos? No quiero, sin embargo, hablar de este estado moral que sólo tú y yo conocemos. Nuestros hijos no alcanzarían á comprenderlo, porque á causa de la decadencia de nuestro carácter y de este furioso vaivén de opiniones contradictorias en que vivimos, se han educado muy lejos de aquella severidad, de aquel respeto, de aquella manera de ser de la antigua familia aragonesa. Con todo, mi sufrimiento no duraba con alguna intensidad más que en los ratos que los pasábamos reunidos. La única compensación la hallaba en el recuerdo de Felisa, cuya adorada imagen inflamaba, como siempre, mis sentidos. Yo cavilaba en medio de todo buscando un motivo, algo parecido á una explicación, que me sacase de aquella situación anómala y embarazosa. Celebrábase al otro día la tornaboda de un condiscípulo mío en casa del padri-

no, y naturalmente, si no á comer, por lo menos había de ir á tomar por la tarde chocolate y refresco. Antes, pues, de marcharme entré en el despacho de mi padre tratando de hallar de un modo indirecto esa explicación que tanto me atormentaba:

—¿A qué hora he de volver á casa esta noche?

—A la de siempre.

—Como es la tornaboda de Miguel Casanova, el más viejo de nuestros condiscípulos, que fué muchas veces á suplir al catedrático de procedimientos... un muchacho sobresaliente, tal vez el primero de todos... lo decía por eso.

A mí me parecían razones de gran fundamento éstas que yo exponía para asistir al convite todo el tiempo que durase; pero á mi padre no le convencieron sin duda, y repuso secamente:

—Al oscurecer en casa. Ya lo sabes.

—El refresco se servirá algo tarde... y como en otras ocasiones me he quedado hasta las nueve, sentiría que lo tomasen á desaire...

Levantó mi padre su recia y nervuda mano señalando la puerta como en significación de despedida, y luego la dejó caer de golpe sobre la mesa, diciendo en alta voz:

—Está bien. A las ocho aquí.

Esta última frase no admitía réplica. Quede-

me suspenso y vacilante; pero conociendo su carácter, no me atreví á insistir y salí del despacho descontento de mí mismo, lleno de confusión y de amargura. ¿Cómo cumplir con el amigo? ¿De qué modo arreglarme para ver á Felisa? Materialmente no me quedaba tiempo más que para hacer una sola visita. Miguel Casanova vivía en un barrio lejano, cerca de la iglesia del Portillo, casi al otro extremo del de mi adorada Felisa. Por necesidad había de sacrificar aquella tarde una de las dos visitas. Y en honor de la verdad, amigo Grañén, te confieso que aún estuve dudando más de media hora; mas venció la pasión y me encaminé hacia el Mercado. Cuando llegaba á la calle de Predicadores, donde ella vivía, ya era yo otro hombre. La satisfacción de ver á Felisa había calmado las inquietantes dudas y borrado hasta el recuerdo de las duras palabras de mi padre.

Subí las escaleras de dos en dos y me extrañó muchísimo no hallarla en la misma puerta de su gabinete. Supuse que estaría bañándose en la alcoba como de costumbre y pregunté á la joven sirvienta, que satisfizo mi curiosidad á retazos, también como de costumbre: su señorita salió después de comer y no había vuelto todavía. Esta contrariedad me puso de mal humor. Sin embargo, apareciendo al punto doña Adelaida, explicóme la clave de la endia-

blada ausencia: corrían medianas noticias de la guerra, y, para aclarar algunas dudas, Felisa se había dirigido á la señora de un coronel compañero de su marido y amigo del capitán general. Esta señora debía tener noticias exactas de los últimos encuentros y del avance ó movimiento de las tropas. Mientras me refería la madre estos pormenores, transparentábase y asomaba á mi rostro la impaciencia con tal claridad que, conociendolo á seguida, me preguntó si traía prisa.

—Sí, señora; esta tarde más que ninguna otra.—Y para justificarlo le conté lo que me ocurría con el convite del amigo, á quien pensaba haber dedicado una media hora, la última de la tarde. Volvióse entonces ella y añadió, con aquella afable cortesanía que parecía transformarla á mis ojos en una ilustre dama palatina:

—Esa impaciencia es natural en su edad de usted, amiguito mío. A mí no me extraña... Usted ha tenido muy pocas contrariedades en la vida para aprender á esperar. En cierta ocasión me dijo un viejecito, antiguo oficial de marina que estuvo en las Cortes de Cádiz, que el saber esperar constituía una ciencia tan difícil como la que descubría y medía las estrellas del cielo. Y ¿sabe usted por qué me chocó esta quisicosa? Porque no sabía yo que hubie-

se una ciencia que se dedicaba á descubrir estrellitas.

Entretenidos en tal conversación dieron las siete, á punto que aparecía Felisa, con leve sonrosado en el rostro por haber precipitado sus pasos. Había sospechado desde luego que estaría esperándola con escasa paciencia, y he aquí la causa de la agitación con que se dejó caer sobre el sofá, después de besar á su madre y estrechar mi mano.

—¿No te sientas?—me preguntó con viva impaciencia, viendo que yo continuaba de pie escuchando la historia de su salida.

—Son las siete y cuarto de la tarde: ¿á qué hora quieres que vaya á felicitar á ese pobre amigo, para estar en casa á las ocho?...

—Si vieras cuánto lo siento... Ya lo veo, te has enojado... Forzosamente... ¡tanto rato aguardando! Pero son cosas imprescindibles... Tenía que presentar una carta-orden antes de las dos de la tarde que cierran el despacho. Por lo que tú sabes y por otra porción de razones que yo me sé, no me convenía volver mañana.

—Entonces no habrás visitado á la esposa de ese coronel, compañero de...

—¿Qué esposa? ¡Ah! Sí, ya recuerdo: á doña Rosario Jiménez. No me quedó tiempo para subir á su casa. ¿Por qué lo preguntabas?

—Lo preguntaba por... nada. Por curiosidad...

En tanto que ella seguía explicando las idas y venidas á casa del negociante, que la obligó á volver dos veces, quedeme yo pensativo ante aquella visible contradicción. ¡Toda la tarde consumida en negociar una simple carta-orden! Me parecía exorbitante el tiempo empleado en este asunto. Notaba yo además en su fisonomía, en sus ademanes, en su manera de hablar, una singular agitación que ella procuraba disimular á toda costa, dando á sus palabras un tono más bajo. Yo no era observador, ni tenía la suficiente experiencia para leer en la expresión forzada ó aparente de una fisonomía. Y no obstante, presentía que Felisa no hablaba tan tranquila como otras veces. ¿Comprendes bien esto, amigo Grañén? ¿Será acaso que la pasión redoble y afine los sentidos, como sucede en la invasión morbosa de algunas fiebres? ¿Será que el hombre exaltado, loco, vibrante, tenga intuiciones rápidas, algo como esa doble vista que poseían los antiguos profetas? Lo ignoro. Yo sólo te diré que instintivamente me ocurrió sentarme á su lado y preguntarle con la mayor naturalidad:

—¿Y qué noticias traes de la guerra?

Quedóse ella un poco turbada, efecto que no pudo disimular á pesar de sus grandes re-

cursos de comedianta, y repitió como eco debilitado:—¿De la guerra?...

—Sí, de la guerra.

—Antes de responder á tu pregunta, que no sé si la haces con malicia, deseo que me contestes á esta otra: ¿estás dispuesto á sacrificar por mí algo más de esas dos horas diarias que me dedicas? Ya recordarás que entre nosotros existe un compromiso, ó mejor dicho, cierto proyecto que hemos acariciado en secreto, sin medios posibles de realizarlo hasta la fecha. ¿Piensas en él todavía, Alberto?...

Al decir esto me cogió la mano. Su mano abrasaba y parecía estar húmeda como la que sacan los enfermos calenturientos de entre las sábanas. Nos hallábamos, aunque sentados, frente á frente. Del fondo de sus negros ojos salía una especie de tristeza que, acongojándome grandemente, despertaba mi curiosidad como un horizonte desconocido. Noté que los latidos de mi corazón se aceleraban, que se me secaban las fauces, que una extraña inquietud se iba apoderando de todo mi sér y debilitando mis energías. Aquella dulce pasión que había empezado como un hermoso sueño, transformábase, á mi entender, en pesadísima carga que debía abrumar mis hombros. Viendo este silencio, Felisa bajó la voz, y como haciendo

un supremo esfuerzo, volvió á preguntarme con más tristeza que antes:

—¿No contestas nada, Alberto?... ¡Dios mío, me habré equivocado! Yo amaba á un hombre generoso, sano de corazón y de alma, aunque lleno de preocupaciones... Una perfidia por parte de ese hombre me aterraría... No me explico, no puedo explicarme satisfactoriamente que obre con doblez. Ahora ya debes hablar, Alberto, te lo exijo. Prefiero mil veces la verdad que abofetea nuestra mejilla, á la mentira que nos apuñala por la espalda. Sé franco, porque tú, como aragonés, debes ser franco. Dime, dime que desistes de nuestro proyecto por respeto á tu padre, por el temor al olvido de tu familia; dime que eres un niño con estatura de hombre... pero ¡por Dios! Alberto, que yo no recele que has mentido, que no sospeche que te has burlado de mi buena fe, que te ríes de este pobre amor mío alimentado de ilusiones.

Mientras así se expresaba teníame cogida la mano é insensiblemente me la apretaba como una tenaza, la atraía hacia sí, la agitaba luego como si sufriera ligero espasmo, y al proferir la última frase soltóla de golpe á semejanza de cualquier objeto que por molesto lo hubiese arrojado de su falda. La expresión familiar «quedar atortolado» pinta mejor que ninguna

otra el estado de mi espíritu al escuchar, ó más bien, al observar aquella extraordinaria metamórfosis de Felisa. Su rostro terso, moreno, agraciadísimo, expresó primeramente la tristeza, y yo vi caer sobre sus ojos la sedosa cortina de las pestañas como una sombra que transcendía á toda su persona. Luego el arrebato de la pasión burlada le hizo erguir la cabeza, palidecer su semblante, mostrar en la fuerza dada á las palabras sus blancos y menudos dientes, hincharse de imperceptible modo las dos rosadas alillas de su nariz y que brillasen sus ojos como iluminados por interno fuego. Sin embargo, no aparecía furiosa, sino apasionada, inquieta, nerviosa y elocuente. Cuando abandonó mi mano y se recostó en el sofá, abismada en un silencio huraño y desdeñoso, asemejóse á una desconocida que se hubiera sentado á mi lado por casualidad. Sus miradas se dirigieron al cristal del balcón, y allí se clavaron con esa particular fijeza con que se sigue la corriente henchida y bulliciosa de un río. Y á pesar de esta apariencia de frialdad, sentía yo en aquel momento impulsos de estrecharla entre mis brazos, de arrebatarme como ella, de manifestarle con la misma elocuencia las diversas y profundas emociones que apenaban mi corazón. Tal era la viva y hechicera gracia que conservaban los lineamientos todos de su cuer-

po, en medio de aquella postura de indiferente y melancólico abandono de sí misma. Pero si no me atreví á tanto, sí que recobré la palabra, algo premiosa y tartamudeante, para decirle:

—Yo no sé, Felisa, no sé por qué dudabas de mis sentimientos y por qué hablas de mentiras... y de mala fe. Ya habrás comprendido, en el tiempo que llevas tratándome, que no es ese mi carácter. ¿Te has ofendido de mi pregunta? Es que yo también me había ofendido de tu reserva...

Felisa, que había vuelto la cara al oir mis primeras palabras, se acercó á mí de pronto con el movimiento y agilidad de una gatita que salta sobre nuestras rodillas, para interrumpirme con esta nueva metamórfosis:

—Dispénsame, Alberto, me he dejado llevar de mi imaginación, esta loca imaginación de nuestra raza que exagera las cosas y nos llena la cabeza de fantasmas. ¿Me perdonas? Porque así es como yo te quiero, sincero y leal como deben ser los hijos de esta tierra. ¡Oh! si es cierto que vivimos de ilusiones... también lo es el terrible dolor que sentimos al perderlas. Sólo la sospecha de que tú... no fueras lo que eres, me causaba vértigos, me dolía aquí en lo más hondo de mi corazón. Pero tus palabras me han tranquilizado. Gracias, Alberto. Confío lo bastante en tu generosidad para ser fran-

ca contigo; no me van á doler prendas. Ahora óyeme.

Tornó Felisa á sentarse con mayor comodidad, y mientras recogía el abanico del sofá y lo abría y lo cerraba contando las anchas varillas de nácar, me reveló la causa de aquella extraordinaria agitación que me hizo entrar en repentinas sospechas:

—Estando de guarnición en Cádiz don Marcial Morante, que así se llama mi marido, se prendó de mi buena pinta, y nuestro amorío empezó de este modo. Cumplía yo entonces quince años, y me gustaba en extremo, como á toda muchacha de poco lastre, los colores de la casaca militar. Y claro es que los galanteos del susodicho, que ceñía espada de capitán y era además hombre de gallarda presencia, me parecieron de perlas. La causa de que este asuntillo pasara á mayores fué el que mi padre, metido á redentor entre los liberales, había muerto en Francia, y nos encontrábamos solas mi madre y yo. Á mi hermana le dió por el monjío y entró de novicia en el convento de las Descalzas. Para vivir, poseíamos un par de casitas en la plaza de Viudas, cerca de la calle del Sacramento; algunos ahorros en dinero, y un legado de 62.000 reales en la testamentaría de mi abuelo, que promovió un enrevesado pleito que aún duraba y llevaba la

friolera de veintiséis años de vida. Por todo ello necesitábamos, según mi madre, un hombre que nos manejara este tingladillo. Pues bien; por capricho mío y sin poner tiento en lo que hacíamos, que era para muy pensado, á los quince años y medio mi niña se encontró casada. Ya tú conoces á esa niña ¿verdad? Héteme ahora aquí que mi señor marido tenía vena, y á veces le daba por jugar, ó por andar de pendencia, ó por faltar á la obligación, hallándose á lo mejor detenido en el cuartel cinco ó seis días. Toda la familia de él pertenecía por sus ideas á los Apostólicos, y cuando la tremolina de Cataluña, sin decirnos oste ni moste, desapareció de casa. Luego recibimos carta suya, y por esto nos enteramos. Entonces debieron fusilarlo, pero se cruzaron influencias de consideración y lo dejaron fuera del servicio. Después ocurrió un suceso de familia, ó más claro, fuera de la familia, del cual no quiero hablar por no alargar mi cuento. Este suceso, juntamente con el furor casi salvaje de sus ideas y su falta absoluta de educación, estableció entre nosotros un divorcio completo de sentimientos. Nos separamos, por lo tanto, á los dos años, por mutuo acuerdo, quedando uno y otro en libertad de acción. Desde entonces la política le trajo y le llevó, y no le vimos el pelo en muchísimo tiempo.

Pasados quince ó veinte meses volvió á escribirme, porque se encontraba sin una peseta y trataba de reunirse con nosotras. Mi madre cedía por debilidad, por razones de conveniencia, por ser una bienaventurada; pero yo me negué de una manera resuelta. Con las ideas cabe que transijamos; con los sentimientos, nunca. Puede un hombre convertirse en un salteador de caminos, y sin embargo, si guarda una hilacha de delicadeza, ésta será, seguramente, para la mujer que él ame ó estime. El que pierde este sentimiento de respeto á la mujer, deja de ser desde luego un caballero. En cierta ocasión, mi señor marido levantó la mano y castigó mi mejilla. Yo, serena y entera, á pesar de que las lágrimas se me saltaban de los ojos, no le dije más que estas palabras: —Para mí, don Marcial Morante no es un caballero, sino un ganapán, un hombre sin decoro ni dignidad. Por lo tanto, haga usted cuenta de que ha concluído entre nosotros dos todo cuanto se parezca á estimación.—Hay algunas ¿qué digo algunas? muchas mujeres, que transigen con cualquier atropello... pero yo no puedo, Alberto: prefiero que se me tache de rencorosa, de judía y de mala persona.

Ahora te explicaré lo de... ayer tarde. Recibí carta de una íntima amiga de allá, y me indicaba que viviese prevenida, porque á Mar-

cial le ha vuelto otra vez la tontería de reunirse con nosotras. Ya comprenderás que sólo la posibilidad de que le asalte semejante idea, me ha de trastornar la cabeza, me ha de encender la sangre, me ha de quitar el sueño... Anoche no pude cerrar los ojos, ni dormir un minuto. Y no cederé de mi derecho. Es imposible que ese hombre viva á mi lado. ¡Nunca! ¡jamás! mi determinación ha sido y será irrevocable. Y antes de que él mueva un pie, quiero yo desaparecer, ocultarme, confundirme, sepultarme en el último rincón de la tierra. Ve aquí la razón de que manifestase deseos de apresurar nuestro proyecto. Ahora, tú formarás el juicio que te parezca de mi conducta... Podrás creerme, bajo mi palabra, ó dudar de lo que te conté. Te debía una explicación sincera, antes de que se estrechasen con más fuerza nuestros lazos. Tú decidirás; pero como la dignidad es para mí lo primerito, quedas en libertad de elegir lo mejor.

Aquella elocuencia de su fisonomía, de sus ojos, de sus movimientos, tanto ó más fascinadora que la de sus palabras, me arrebató hasta el punto de interrumpirla, apretando sus manos y diciéndole:

—Lo mejor eres tú, Felisa mía, y á ti te elijo.

—Sí, sí, pero hay que pensarlo un poquillo:

¿no te parece? Aunque la impaciencia nos sorbe los sesos, yo esperaría á mañana á resolver en definitiva nuestro proyecto. Decía mi abuela que todas las buenas cosas debían aderezarse con un granito de juicio. Por lo tanto, mañana no saldré por la tarde. Te aguardo en casa... hasta la hora que vengas, y tú ven cuando quieras.

—Vendré sin falta.

En aquel instante oí que daban las nueve en el reloj de caja, y debí palidecer, porque Felisa me miró con susto, preguntándome:

—¿Qué te pasa? Te has quedado pensativo.

—Las nueve... ¿son ya las nueve?—repetí yo maquinalmente.

—¿Serás niño? Que tardes una hora más ó menos, ¿te van á sacar los ojos por eso? Bueno, bueno, ahora echa á correr. Siempre vienes de prisa y te vas como escapado. ¿Crees que no te veo ni conozco tus pasos? Adiós, muchacho, adiós. Hasta mañana. Acuérdate que me dejas un poco triste.

Decía ella mucha verdad en lo de las prisas, y no obstante, me sentí mortificado por aquellas pícaras observaciones que revelarían cariño en todo caso, más bien que comezón de crítica. Pero mi amor propio se ajaba en ocasiones de muy poca cosa. Bajé, pues, los escalones uno á uno, y me encaminé al callejón de

enfrente paso á paso con el mayor sosiego del mundo.

Al entrar en casa habíame olvidado ya de la consigna, y si mal no recuerdo, creo que subí á la sala del segundo piso algo más que de prisa. Todavía duraba la tertulia, aunque algún tanto disminuída por ser la época del calor. Senteme en uno de los rincones, después de saludar á cada uno de los amigos y reparar al propio tiempo en la cara que ponía mi padre. Era una cara típica, oscura, aguileña, larga y huesuda, con entrecejo, los rasgos salientes, la frente irregular y la cabeza inclinada á un lado por hábito de oficinista, mostrando hacia las sienes y otras partes esas nacientes calvicies que se observan en las de algunos militares viejos, iniciadas bajo el peso del antiguo morrión. Pues bien; aquella cara seguía impenetrable á mi curiosidad, sin que la menor contracción ni el más insignificante de sus gestos diera á entender la severidad ó la tolerancia con que hubo de recibir mi transgresión. Mi padre hablaba y hablaba muy poco. Después que don Ventura Loscos contó uno de sus acostumbrados chascarrillos á propósito de cierta viuda á quien se atribuían en la población vehementes y aun rabiosos deseos de hallar segundo marido, tomó la palabra el señor Badalona. Refirió éste la contestación que vino á darle á

otra viuda un conocido Arzobispo de su país, dominico por más señas: el padre Domenech. El padre Domenech tuvo razones especiales para fundar su discreto razonamiento en aquella sentencia latina: *Dulce etiam fugitas quod fieri amarum potest*, cuya traducción más libre era ésta: Nunca tomes un dulce que puede serte indigesto.

Tampoco en el señor Arcipreste hallaba yo miradas ni menos indicios, que pudieran aludir á nuestro chistoso encuentro cerca de su confesonario. Lo mismo por un lado que por otro debía estar tranquilo, y sin embargo, no era así. Presentía la tormenta sorda y terrible bajo este risueño cielo de primavera. La culpa busca el castigo, como dijo nuestro antiguo poeta, y si no lo busca lo teme cuando menos. En fin, la velada se pasó pacíficamente, y muy pronto se tendieron los manteles sobre la mesa. Continuó durante la cena el mismo ó parecido silencio de los días anteriores, circunstancia que no me extrañó por lo que tenía de común y á causa también de mi tardanza.

Contra mi costumbre, aquella noche dormí poco. Desvelábame á menudo el proyecto acariciado como una esperanza, y del cual apenas habíamos hablado Felisa y yo más que á medias palabras, sobrecogidos de inexplicable terror. Se trataba de una locura, de una verda-

dera locura que ni aun siquiera la disculpaban nuestros pocos años. ¡Ay! cuando uno piensa en aquello, amigo Grañén, imagínase transportado á otro mundo de pura fantasía, virgen, inexplorado como las selvas americanas, donde las sensaciones, los placeres, la vida misma laten con una intensidad asombrosa, y conservan la poesía de aquellos cuentos de magos y castillos encantados que entretuvieron nuestra infancia.

VII.

Aquí hizo punto el narrador para acercarse á la mesa y beber otro sorbo de agua. Chocóme muchísimo aquel gran suspiro que el apóstol había dejado escapar de su pecho, pero luego, reflexionando un poco, caí en la cuenta de que tenía muy razonables motivos para suspirar y echar de menos el tiempo pasado, que á *nuestro parecer* siempre *fué mejor*. Porque, en efecto, él, que bien se conocía, al recordar sus proezas juveniles, compararía mentalmente las fuerzas, la gallardía, el vigoroso empuje de la pasión en sus diez y ocho ó diez y nueve años, con este cansancio actual de cuerpo y alma y esta frialdad de la razón que nos descubre en todas las ocasiones el lado cómico, deforme y ridículo de las cosas. Pensando en este sentimiento tan natural y tan humano, volví á oir su voz clara y sonora, que decía:

—Al siguiente día, después del almuerzo, estando disponiéndome para ir al despacho del señor Lucientes, entró mi tío Faustino en el cuarto y me preguntó como por curiosidad:

—¿Vas á casa de don Desiderio? Bien bien, no quiero saber mas; en ese caso iré contigo, porque tengo que hablarle de un asunto de allá... de las Cincó Villas.

Al principio no me extrañó su proposición, y gustosamente me marché con él. Allí pasaba yo la mañana hasta la hora de comer, copiando dictámenes, poniendo demandas y escritos sencillos, estudiando el procedimiento de una causa ó de un negocio civil, como un simple pasante á las órdenes de don Desiderio Lucientes, abogado viejo, muy experto y uno de los mejores fueristas de Aragón.

Ya éste se había ido á la Audiencia; y una vez despachada mi tarea, á la una menos cuarto, salí á la antesala y me hallé de nuevo con el tío Faustino, metido en larga y entretenida conversación con dos desconocidos, al parecer clientes, que esperaban á su abogado. Entróme con este segundo encuentro algún recelo. Se despidió de los desconocidos y acompañóme á casa, viniendo á decirme en el camino, que había estimado oportuno convidar á don Desiderio á pasar la tarde con nosotros. Mi familia iba aquella tarde á la huerta á probar el primer moscatel, las primeras uvas que se doraban y azucaraban bajo el sol ardoroso del Agosto.

Supongo—añadió el tío,—que tú serás tam-

bién de la partida. Estando convidado don Desiderio, no parecería bien que *te las grillaras* por otro lado. ¡Y si vieras qué pasteles de cordero hicieron ayer tu madre y la señora Pascuala!... Yo les eché el ojo cuando los traían del horno, y ya sabes que tu tío es inteligente en materia de pastas. A mí nadie me moja la oreja en tocante á distinguir y conocer lo bueno. Cree tú que no será una merienda de negros la que se prepara. Por si acaso, no desperdicies la ocasión. Con tu padre estuvimos también en la huerta ayer tarde á dar un tiento á los moscateles, y... chico, ¡qué cosa más rica y más delicada! No, si el refrán no marra: por San Pantaleón pintan las uvas, y para la Virgen de Agosto ya están maduras. Conque, lo dicho muchacho: sin excusa que valga, contamos contigo.

Antes que acabara su memorial, ya mi recelo se había transformado en horrenda sospecha.—¿Habrá entrado éste también en el complot?—pensé para mis adentros.—¿Será posible que el tío Faustino, nuestro cariñoso y simpático tío, se haya convertido en espía de su sobrino? Hay que tener en cuenta, amigo Grañén, que al tío le considerábamos todos como hombre de manga muy ancha, muy tolerante y muy mundano. En su juventud fué un terrible jugador de pelota, de mus, de guiñote, de

damas, de ajedrez, de tresillo y de todos los juegos habidos y por haber. En aquella época, y por cierto percance con una hija de familia, se escapó de su casa y lo detuvieron en Barcelona, en el momento de embarcarse para la Habana con una compañía de comediantes. Otra vez lo envió el abuelo á Sos con un encargo particular y algún dinerillo, porque esto de las letras de cambio no se estilaba por allá ni por ninguna parte. Mi hombre se estuvo en la villa dos meses, se enamoricó de una labradora muy guapa, la pidió al padre y se casó con ella. Como es natural, tomólo á mal la familia, juzgándolo como un disparate mayúsculo y casi una mancha, pues, aunque de modesta posición, podíamos ostentar escudo de armas y limpieza de sangre.

Procedía nuestra familia de una ilustre rama de los Ximénez de Urrea, cuyo hijo mayor poseyó, antiguamente, un mayorazgo con 16.000 ducados de renta y título de conde de Pavías. Hubo, pues, rompimiento de relaciones, por lo cual tío Faustino se quedó en Sos, casado y atenido á lo que quiso darle su suegro. El abuelo, que no condescendía con calaveradas de este género, había dicho en redondo, refiriéndose á la patulea de la nuera:—Mientras yo viva, la gente de alpargata no pisará mi casa. —Y en efecto, ni los unos ni los otros volvie-

ron á tratarse, hasta que á los diez años cabales enviudó el tío Faustino y vino á Zaragoza á arreglar no sé qué asunto de la testamentaría. Con este motivo reanudáronse las relaciones entre hijo, padres y hermanos, y se le consideró y estimó como si tal cosa no hubiera pasado.

Hoy, es decir, en la época que yo cuento, después de los años transcurridos, nadie se acuerda de aquellas tremendas desazones. Mi tío ha adquirido en la villa sus puntas y ribetes de labrador rico, que se echa de ver aun en medio de su buen porte, de sus modales de hombre de sociedad, y de vestir levita á lo caballero y capote corto y jacarandoso en el invierno. Susúrrase, y esto lo sé por los sirvientes y no por boca de ninguno de la familia, que á pesar de tener dos hijos y las atenciones de su hacienda, suele ir de vez en cuando á tirar de la oreja á Jorge. Por esto ó por otros motivos especiales, anda en ocasiones bastante atrasado y con grandes apuros. La señal evidente de su aprieto es el presentarse en casa de mi padre. En cuanto lo ven arribar, criados y criadas se sonríen maliciosamente, y hablan entre sí en voz baja, dejando escapar frases como ésta:—¡Mala cosecha debe haber este año por las Cinco Villas! cuando don Faustino viene...

Pero nosotros todos lo recibimos, según la expresión vulgar, con los brazos abiertos, y aquí pasa temporadas de cuatro y cinco meses. Ni en su carácter ni en su trato conoce nadie que le preocupen seriamente los disgustos ó escaseces pecuniarias que tenga por allá. Su carácter es siempre el mismo: expansivo, sociable y hasta regocijado, si se compara con el de los demás individuos de la familia. En la mesa usa y abusa de la palabra, contando todo cuanto ha visto y oído durante el día. Está abonado á todos los espectáculos gratis, á las funciones religiosas, á los besamanos, á las grandes paradas y al trinquete de la plaza de San Francisco, donde se entretiene dos horas por las tardes, recordando sus antiguas glorias de jugador. De estos hombres corrientes y campechanos acostumbran á salir los generosos, y por mi parte puedo recordar que cuando era yo un muchachote, allá por mis once ó doce años, la única peseteja que agujereaba mi bolsillo la debía á la munificencia del tío Faustino.

Por todas estas consideraciones, vendrás á comprender el mal efecto de sus palabras, según iba yo sospechando la malicia. Casi lo aseguraría: no estaban dichas á humo de pajas. Y tratándose del tío Faustino, me dolía en el alma que, mejor que en conciliador ó parte

neutral, se convirtiese en instrumento de la justicia paterna. No tuve, pues, otro remedio que contestar afirmativamente á sus insinuaciones: puesto que también iba á la huerta don Desidorio Lucientes, yo le acompañaría y le serviría de sencillo oidor, que era el papel de su mayor agrado.

Una idea, amigo Grañén, quiero apuntar aquí, como fiel y exacto narrador, á fin de atenuar aquella su falta, que á mí me pareció entonces ominosa. Mi padre era el hermano mayor, y todos los demás, incluso el tío Faustino, le miraban con señalado respeto, bien fuese por la entereza de su carácter, bien por su integridad ó por la limpieza de su vida y costumbres. Nada de extraño tiene, por lo tanto, que en aquella triste ocasión el tío se doblegara á los consejos y exigencias de su hermano.

Ultimo toque: á pesar de la desemejanza de genio era, sin embargo, de los cuatro hermanos el que más se le parecía en su aspecto exterior. Algo más chupado de carnes y menos recio de cuerpo, pero tenía la misma estatura, el mismo desembarazo, la palabra pausada, el mirar tristón, la boca sumida, colgante la mejilla y la nariz larga y característica, como la de nuestros reyes de la Casa de Austria. Y para mayor parecido, hasta le había copiado en esa inclinación de cabeza hacia la derecha,

que lo mismo podía ser movimiento natural de mi padre que viciosa costumbre heredada.

Por último, fuí con ellos á la huerta, que se hallaba á muy corta distancia de la Puerta del Carmen. En otro tiempo, tenía para mí gran atractivo una tarde de honesto regocijo pasada entre la familia y los amigos de toda la vida. No sucedía así al presente, cuando en medio de la animación y de las voces de unos y otros, asaltaba mi memoria la promesa hecha á Felisa. Acaso á aquella hora estuviese asomada al balcón espiando mi lejana aparición por alguna de las esquinas de la calle. Esta sola imagen me enloquecía los sentidos. Ardía en una impaciencia febril y desatinada, discurriendo un medio, buscando una excusa razonable para escabullirme de la huerta antes que llegara la noche. Recuerdo que era una de esas hermosas tardes de verano seguidas de un crepúsculo reverberante, lleno de luz y de dorados reflejos, que trae insensiblemente, y como con inexplicable languidez, las primeras sombras. En aquel frondoso cuadrilátero que formaba la huerta, estas nocturnas sombras parecían caer de los *latoneros*, de los perales, de los melocotoneros, de las viejas y copudas higueras, borrando los tonos claros de los andadores y los matices verdes de los judiares. Aún se distinguían las fisonomías

apacibles de las mujeres, de mi madre, de mi hermana, de la señora de Loscos, de la sobrina del Arcipreste, de la señora Pascuala, antigua sirvienta de la casa, ya madura y obesa, que recogía con mesurada destreza los manteles, el servicio y la mesilla de pino prestada por el hortelano para estas campestres y modestísimas *lifaras*. En diversos grupos los hombres charlaban en voz alta, de pie ó paseando, con los sombreros en las manos y golpeando la tierra con los bastones, impulsados por ese satisfactorio calorcillo que produce una digestión bien hecha.

Unos instantes más, y la noche, ya tan próxima, habría ennegrecido los objetos y transformado los convidados en animadas sombras, obligándonos á abandonar la huerta. Como breve relámpago tuve la idea de escabullirme de repente, mordido y asaeteado por el recuerdo de la palabra dada á Felisa. Pero mi maestro Lucientes, que no hallaba con quién comunicar á gusto acerca de sus trescientos sesenta y cinco pleitos, se vino hacia mí en este momento crítico. Se apoyó un poco en mi brazo y empezó á desembuchar todo cuanto le había ocurrido aquella mañana en la Audiencia con los escribanos, con el procurador, con el promotor fiscal y con los magistrados de la Sala segunda. Era uno de estos hombres, como

antes te dije, de pasmosa facundia, que necesitan público, pero público dócil é inteligente. A seguida, llegada ya la noche, salimos en grupos á la carretera y nos encaminamos á casa. No había medio de escapar. Lo que yo sufrí aquella velada y lo que atormenté mi imaginación con el recuerdo de la frase pronunciada á última hora en el cuarto de Felisa, «vendré sin falta,» no es para dicho, amigo Grañén. Si no estaba loco de remate, me faltaría seguramente muy poco.

Al otro día la combinación fué distinta. Cuando entré en el despacho de don Desiderio, ya me vi allí sentado al tío Faustino, explicándole ciertos antecedentes de aquel asunto de las Cinco Villas que traía entre manos. Luego desapareció de nuestra presencia, volvió á aparecer al poco rato, cogió unos papeles, se entretuvo en hojearlos, tornó á marcharse, y, por último, se me unió en la calle, á pesar de que con toda intención había yo adelantado media hora la salida.

Después de comer, hacia el promedio de la tarde, mandóme aviso mi padre para que me presentara en la sala. Allí me esperaba un sacerdote de unos cuarenta y seis años, que por lo tostado de su rostro, por sus maneras y hasta por el olor particular de su sotana, me pareció si vendría de alguna mísera feligresía del

Somontano. Ya tú habrás conocido de estos coadjutores y capellanes de santuarios que, por las cortas ocupaciones de su ministerio, pueden dedicar sendas horas del día al noble ejercicio de la caza. Pues bien; este buen señor tenía todas las trazas y señales de ser un excelente cazador; pero no apostaría yo un ochavo á que fuese tan notable teólogo, ni siquiera gramático, á juzgar por las expresiones que usaba. Después de su largo exordio, tomó mi padre la palabra y me dijo así como resumiendo:

—Mosén Pablo Aguado, que vive en Sangüesa y ha estado algún tiempo en Sos, ha oído hablar á Faustino de tu aprovechamiento, y quería saber tu opinión antes de meterse en los embrollos de un pleito. Yo ya le dije que eras un muchacho, un estudiante, que estabas practicando, en fin, que tu opinión no debía decidirle á nada. Pero... se ha empeñado, y... está bien. Tú no has de excusarte por falta de voluntad. En todo caso será por escasez de luces y de sólida ciencia.

—Sí, señor, don Esteban; á eso venimos—repuso el mosén manoteando un poco con los papeles que traía en la mano.— Con personas como ustedes se puede hablar claro; y mediando, como media, el aprecio de don Faustino, mucho más, porque nosotros apreciamos

á don Faustino, lo que su merced no ignora. Nosotros, la verdad, no podemos estirar el brazo más allá de lo que es la manga. Es un suponer, ¿nos vamos á gastar lo que no tenemos? Si es cosa de gastar mucho, su señor hijo de usted nos lo dirá. *Pa* lo que pueda ocurrir me traigo los documentos, y... documentos cantan, como dice el secretario.

—¿Y qué es la cuestión?—pregunté yo interrumpiéndole y deseando salir de aquella cerrada prosa, donde chapoteaba nuestro mosén.

—La cuestión se reduce... ¡Cá! ¡si usted viera! si es una cuestión endemoniada. Allá por los años 1627, un tal Jacinto Lafuente, según consta en su testamento, fundó con un buen *recao* de bienes una capellanía de pía memoria, con la carga de una misa diaria, nombrando capellán y patrono á don Casto Iraguesa. Este señor Casto tenía facultad, y esto también consta en el testamento, para nombrar al que le había de suceder. Y reparen ustedes en la coletilla que ponía: para el caso de que aquél faltase, podía nombrarlo el diocesano de Huesca, mandando que esta memoria se escribiese en los libros y tablas de la Iglesia mayor del obispado. Y allí consta, allí. Ahora, según parece, el año 25, y no estoy seguro de que fuese el 25, don Justo Laporta, á quien se le había dado colación años antes, entabló

demanda para que los bienes de la citada capellanía se declarasen libres, por no sé qué ciruelo de ley... Pero aquí estará. Aguarde usted un poco.

Diciendo esto, levantóse el mosén y se aproximó al balcón para buscar la ley, que debía ser la de la Desamortización de 1820, entre el mamotreto de sus papeles.

—Si usted no quiere molestarse...—repuse yo por acabar más pronto, aun sintiéndome lisonjeado por aquella inesperada consulta,—repasaré despacio esos documentos, y me enteraré de la cuestión de derecho, que ya veo que es dificultosa.

—¿Que si es dificultosa?—interrogó el capellán encarándose conmigo.—Vamos, amigo, que sólo para leerlo todo de cabo á rabo se necesita tener la cabeza bien asegurada. En cuanto que yo cojo estos papelotes y comienzo á tragar letra y más letra, y la copia del testamento, y el oficio del Provisor, y la certificación de tal, y la sentencia de cual... le digo á usted que hay para volverse uno loco.—De pronto se dió una palmada en la frente, y viniendo al centro de la sala, exclamó:—¡Ah! ya me acordé de la ley. Esto tiene, á lo mejor ¡pum! me salta á la mollera. La ley de desamortización del año 20. Pues bien, resulta que el citado Laporta murió sin testar y la he-

rencia fué declarada en concurso, ¿usted me comprende? Y aquí entra lo gordo. Hete, pues, que don José, don Manuel y don Francisco Araceli se presentan á reclamar esos bienes de la capellanía como herederos del difunto don Agustín Solanas.

—¿Qué don Agustín es ese? Usted no me ha hablado de ningún Agustín que yo recuerde.

—Pues, hombre, don Agustín Solanas, el último capellán que murió el año 21. ¿No le dije á usted antes que el citado Justo Laporta sucedió en el patronato al Agustín?... ¡Ah! pues me olvidaba de otro cabo suelto: una sentencia del Juzgado de Huesca en que se declara que los Araceli tienen mejor derecho, porque el difunto los poseía cuando se promulgó la ley de desamortización, ¿usted me comprende? Y para fin de cuentos, ese señor don Agustín no podía disponer de los citados bienes de la capellanía. Ahora arréglese usted como pueda. ¿Tenía ese señor derecho, ó no lo tenía?

Con este galimatías volvió á tomar la palabra mi padre, aconsejando á mosén Pablo que dejara en nuestro poder los documentos, puesto que habría que estudiarlos detenidamente. Al pronto se dió por convencido; pero una vez en pie, dispuesto á marcharse, continuó con el mismo tema. Embrollándose y desembrollándose, hizo la historia del asunto; pero

puedo jurarte, amigo Grañén, que saqué muy poco en limpio de la tal historia. Empezaba á caer la tarde, cuando se presentó en la sala el tío Faustino. Salimos todos juntos á dar una vuelta por la ronda, y juntos volvimos á casa. Tres horas después, al llegar la de acostarme, de ninguna manera lograba conciliar el sueño. Una cólera sorda, una insufrible irritación me tenían en el lecho como en un potro, abrasada la sangre y con la cabeza loca y calenturienta. ¿Qué pensaría Felisa de aquella falta? ¿A qué atribuiría mi ausencia, esta prolongada ausencia de dos días? Por fin conseguí dormirme.

La mañana del día siguiente pasó sin novedad. Suspiraba yo por la llegada de la tarde, que me había de indemnizar con usura de los anteriores contratiempos. Aún di un vistazo por los documentos de mosén Pablo, que dejé encima de la mesa con intención de estudiarlos á mi vuelta y empaparme bien hasta de sus menores circunstancias. ¿Qué joven, por escaso amor propio que tuviera, no hubiese echado sobre los documentos la mirada de complacencia que yo les eché al salir de mi cuarto? Confieso que bajaba la escalera poco menos que contento, dando al olvido en un momento de íntima satisfacción aquellos malos ratos que dejaba detrás de mí. Al cruzar

por delante del despacho de mi padre, detúvome éste en la puerta para preguntarme:

—¿A dónde vas? ¿No sabes que quedamos en esperar á mosén Pablo? Faltaba indudablemente algún documento ó alguna escritura, porque me dijo: «El que no tiene memoria tiene pies. Mañana les traeré á ustedes los demás.» Súbete, súbete; ya te avisaré si viene.

Yo debí dar un respingo al oir tal noticia; pero no fué así, sino que me quedé como clavado en el suelo y hecho una estatua de piedra. Despareció mi padre de la puerta y ni siquiera me enteré. De repente me entró la corajina, subí escapado las escaleras y me encerré en el cuarto, furioso, ciego y convertido en un verdadero demente. Al fin veía claro. Habíase empeñado mi padre en que no saliera de casa, ni fuese á determinado sitio. Perfectamente, estaba en su derecho. Pero por mi parte ya no guardaría miramiento de ningún género. Declarada la guerra, cada uno obraría según su conveniencia.

Tras estos rápidos pensamientos, continué en un estado de exaltación y de arrebato, que sólo comprenderán los que hayan luchado alguna vez en su vida con un poder superior, con una fatalidad incontrastable. Yendo y viniendo en aquellas cinco varas de terreno, al fin me dejé caer en una silla, cogí la ancha re-

gla de madera, colocada entre otros adminículos de escribir, y empecé á golpear sobre uno de los ángulos de la mesa. Mientras tanto, mis labios repetían maquinalmente, como un estribillo sin música, esta frase, que respondía á tercos razonamientos:—¿No? Pues por lo mismo. ¿No? Pues por lo mismo.—Al poco rato la regla de madera estaba hecha trizas en el suelo.

Así transcurrieron dos horas sin ocurrirme, ni por asomo, el hojear los papelotes que tenía ordenados á mi derecha. Y en el supuesto de que me sometiera en absoluto á la voluntad de mi padre,—¿habría de vivir encerrado entre cuatro paredes?—me pregunté en uno de esos instantes en que nuestra energía flaquea. Y sucedió, por singular rareza, que esta idea de la prisión me sugerió en el acto otra idea feliz, extravagante, romántica... Salté de la silla y me puse de pie. La exaltación me obligó á dar otra vez innumerables vueltas por el cuarto. ¿Has notado, amigo Grañén, en algunas circunstancias de la vida, lo que es esta misteriosa asociación de ideas en nuestro cerebro? Por mí sé decirte que me dejó asombrado. ¿Cómo vinieron á mi imaginación aquellas últimas palabras de Felisa, en las cuales yo no paré atención y ni siquiera recordaba? Porque las pronunció en voz tan baja y oscura que ape-

nas llegaron á mis oídos. Y sin embargo, ahora, súbitamente, á manera de ráfaga, entraban en mi cerebro y lo vivificaban, es decir, daban la vida á lo que parecía muerto.—Desde mañana—éstas fueron sus palabras,—desde mañana todo lo tendré dispuesto. La hora que tú decidas, esa será la señalada.—Entonces... ¿á qué dudar? Abrí un armario, en cuyos polvorientos rincones guardaba un manojo de cordeles que sirvieron años atrás para nuestros columpios. Estos columpios los improvisábamos mis amigos y yo en un alto desván de la casa, bastante capaz para todo linaje de audacias y travesuras. Desatando, pues, el lío de cordeles, empecé á anudarlos fuertemente. Hallé todavía algunos nuevos, y esta feliz casualidad avivó los deseos de mi tentativa. Creo que cuando tuve ligados los más gruesos, hasta formar diez ó doce varas de longitud, me entró un poco de fiebre.

Sacáronme de este rabioso entretenimiento el ruido de unos pasos, que yo sospeché no fuesen los de mi padre. Cerré con prontitud el armario y me aproximé á la mesa. Era la sirvienta que traía las luces. Desvanecido este temor, volví á la tarea de anudar los cordeles con una obcecación intensa y malsana, que pudiera compararse á aquella infernal satisfacción que precede á la consumación de una venganza.

Sí, amigo Grañén, pensando algunas veces en semejante ruindad, he comprendido que la juventud necesita siempre una mano de hierro que la dirija; que sólo una camisa de fuerza haría entrar en juicio á las malas pasiones.

VIII.

Otra pausa y otro sorbo de agua. Yo no me atreví á protestar ni aun con el pensamiento de este férreo sistema de educación que nos propinaba el insigne apóstol á los muchachos, sin distinción de clases, por no perder ni una sílaba de su narración. Humillé mi cerviz y oí.

—Había llegado la hora de la tertulia sin recibir aviso de mi padre. ¿Qué mayor prueba de la intención oculta y significativa que le guiaba? Por curiosidad, más que por otra cosa, pasé á la salita donde se reunían los pocos amigos que frecuentaban nuestra casa en esta última época de verano. Aunque mi familia permanecía alejada por completo de la política, no por eso dejaban de impresionarle dolorosamente los sucesos de la guerra. Confiando en el triunfo definitivo de la legitimidad, sentía honda y secreta pena cada vez que esta gloriosa estrella parecía eclipsarse entre el humo y la polvareda de inesperada derrota. Y precisamente aquel día circulaban por la población

noticias de la batalla de Villarreal, ganada por los *cristinos*, con las exageraciones propias de tales casos. Y sea por esta causa ó porque le mirase con alguna prevención, es lo cierto que yo hallaba á mi padre más preocupado y taciturno que de ordinario. En nuestra tertulia se comentaron los sucesos políticos con bastante animación, pero sin apasionamiento, como personas prudentes que están en expectativa y conocen la situación anómala de la patria.

Por mi parte, amargado por el silencio de mi padre, que no hizo la menor mención de mosén Pablo ni de su venida, me retiré á mi cuarto con las mismas ideas de descabellada fuga. La llamo descabellada, porque habían de reunirse una serie de circunstancias favorables para que nuestro plan se realizase. Aquella misma madrugada debíamos de salir de Zaragoza en cualquiera de las diligencias que partían á esta hora, dirigiéndonos al punto que hubiéramos convenido. En el caso de que Felisa no se hallara dispuesta á venir conmigo, marcharía yo solo y allí la esperaría.

Como en aquel entonces no disponíamos de estos relojes despertadores, que son hoy día de vulgar uso, temí dormirme demasiado y decidí no acostarme. Pero al empezar la quietud soñolienta de la noche, comenzó la lucha. Diríase que el sosiego y las sombras aumentaban la

enormidad de mi proyecto. Tanto, que por dos veces estuve tentado á desistir y desnudarme para caer en la cama, buscando en el sueño el olvido de mis vacilaciones. ¡Olvidar! ¿Qué más hubiera yo deseado en aquellos espantosos asaltos de la pasión? Pero no; vencióme, vencióme por fin la imagen de la mujer adorada que debía esperarme loca de alegría y de impaciencia, según la ardiente promesa que nos sirvió de despedida. Era poco menos que un juramento que habría de cumplir, bajo pena de pasar á sus ojos por un niño.

Serían, pues, las dos de la noche cuando abrí despacio el balcón y miré á la calle. Nada había en su fondo que turbase el solemne reposo de esta hora. Até la punta de los cordeles ligados á la barandilla del balcón, porque había calculado que por ser segundo piso con facilidad podría deslizarme hasta la repisa de los balcones del principal. Desde allí, repitiendo la misma operación y apoyándome en la reja grande de los bajos, tocaría en tierra sin riesgo ni peligro de ningún genero. De seguida, con una temeridad de la cual me espanto aun ahora mismo, monté sobre el barandal, después de asegurarme de la fortaleza de los nudos, y por medio de pequeñas contracciones fuime deslizando por el cordel abajo. No contaba seguramente con el peso de mi cuerpo, y en lugar de

descansar en el piso principal, es decir, dentro del balcón, tuve que continuar el descenso, arrastrado por la fuerza acumulada, y que un experimentado gimnasta hubiese tenido muy en cuenta. Seguí, seguí bajando cada vez más de prisa y con menos serenidad al verme rodeado de tinieblas y sentirme con las manos desolladas. Tocando ya en los hierros salientes de la reja, traté de apoyarme en ellos con los pies y esto fué sin duda mi perdición. En el momento no pude explicarme cómo pasó aquello, pero sin saber cómo resbalé y caí. Caí de costado más bien que de espaldas, dándome un tremendo golpazo en el brazo izquierdo. Quedeme unos instantes como atontado, hasta que se aproximó el sereno, atraído al parecer por el ruido, y me preguntó con cachazuda llaneza:

—¿Es usté el que se ha caído, buen hombre?... Pues flojo porrazo que se habrá llevado. Estaba yo ahí abajo, en la aguardentería del señor Antón, y oigo ¡pum! un ruido, y me dije: *¡Fóte!* pues eso no son aguas sucias. ¿Qué será? ¿Qué no será? *Asina* que me vengo y... —El hombre acercó el farol á mi rostro y añadió:—*Amos*, muchacho, arriba con los huesos. Pero, ¿qué es eso? ¿Que no podemos con ellos? *¡Fóte!* ¿qué veo?... si es el hijo de don Esteban... *Amos* ¿te *paece* á ti? Quién lo había *dicir*... ¿Pues cómo fué eso?

Al intentar incorporarme noté que tenía el brazo como dormido, y que, á pesar de mi buena voluntad, no conseguía moverlo ni dos líneas. Luego empecé á sentir dolores atroces en el codo, cuyos dolores se corrieron al antebrazo y parte del costado. Observábame entre tanto el sereno, que no acertaba á explicarse la causa de hallarme en medio de la calle á tal hora y en aquella desdichada posición. Así que al ver que no respondía ni me levantaba del suelo, se encaminó á buen paso á la aguardentería. A los pocos momentos volvió á aparecer con otro compañero, y echando mano á mis sobacos, al propio tiempo que el otro me cogía de los pies, me levantaron en alto para trasladarme á la próxima tienda de aguardientes que aún tenía las puertas á medio abrir. Estaba la tienda mal alumbrada por un enorme candil humoso, y olía que apestaba á aceite requemado, cuyos calientes vahos salían de la trastienda donde se freían á aquella hora los buñuelos y los *gordos y largos*, como los llaman los chicuelos. Sentáronme en una silla frente al mostrador, y creyendo el aguardentero que sería más el ruido que las nueces, me alargó un mediano vaso de anisado para que recobrara el ánimo. Como yo me negase á beberlo, por no estar de humor de tales convites, insistió él diciendo con generoso énfasis:

—Hála, hála, señorito, échese eso entre pecho y espalda... y vengan penas.

Empezóse á enfriar entonces la parte lesionada, y como es natural, el dolor me obligó á quejarme en voz alta. Había también notado que se me humedecía el codo, á la manera del que lo va metiendo paulatinamente en agua tibia. A todo esto los dos serenos, parados en el umbral de la puerta con el dueño, preguntábanse, con no poca curiosidad, cómo podía haber sido aquella caída que me dejaba tan magullado. Yo seguía en mis quejas, pero sin hablar una palabra, ya por los dolores del brazo, que iban en aumento, ya por no entrar en explicaciones que no habrían de honrarme. Así pasaron tres cuartos de hora, sintiéndome con más ganas de tenderme en el suelo que de continuar sentado.

Aún debía tardar á amanecer, por lo cual el aguardentero, hombre sin duda de buenos sentimientos, opinó que lo mejor sería llevarme á la botica del señor Menéndez, que estaba en la misma calle unas diez casas más abajo. Allí me examinarían el brazo, tendrían á mano algún emplasto ó aglutinante que mitigara los dolores y cerrase las heridas, si las había, y en fin, si no había inconveniente por mi parte... Por mi parte nada opuse á esta idea, y me dejé llevar en silla á la indicada botica, que abrió

su puerta al poco rato de llamar los serenos con dos buenos aldabonazos.

Bajó el mancebo con candileja en mano, pues todavía en la oscuridad de la calle apenas se distinguían nuestros rostros; abrió el ventanillo y luego una hoja de la puerta, por donde me entraron de costado y como Dios les dió á entender. Una vez dentro de la botica, obligóme el mancebo á quitarme la levita, cuya larga y difícil operación me arrancó un grito de dolor que pudo prevenirle acerca de la gravedad del mal. Sin duda que era inteligente en cirugía, porque, después de examinar el brazo, afirmó que aquello parecía grave, siendo de opinión que se llamara á un facultativo práctico antes de proceder á la primera cura. Mientras uno de los serenos iba á avisarle, quedeme yo reflexionando sobre las consecuencias de la caída y la necesidad de dar parte á mis padres, que era lo que más me apesadumbraba. Al poco rato y cuando no habrían aún pasado veinticinco minutos, apareció el médico: un hombre alto, grave, mesurado en sus movimientos y parco de palabras, que sin andarse con paños calientes me dijo, después de maduro examen:

—Esto no puede operarse aquí. Habrá que trasladarlo á su casa de usted, porque se necesitan ciertas y determinadas condiciones...—

Luego se volvió hacia el mancebo, añadiendo:

—Esta fuerte contusión con equímosis, la tumefacción del codo y el derrame sanguíneo, me hacen suponer que ha habido quizás fractura de la parte media del olécranon. Observe usted cómo no puede extender el brazo sin sentir un dolor muy vivo.

Según se ve, las tales palabras no debían proporcionarme ningún consuelo, sino todo lo contrario. Conformándome, pues, con el consejo del médico, mientras él volvía á su casa para avisar al ayudante, los serenos me acompañarían á la mía á aquella hora que ya empezaba á amanecer. Entonces, por alardear de serenidad después de la postración en que me habian visto caído, me levanté de la silla y quise salir por mi pie á la calle. Echáronme la levita sobre los hombros, me pusieron el sombrero torcido, y de este modo emprendí la vuelta á mi casa.

No hay para qué ponderarte, amigo Grañén, el asombro de la criada al verme entrar de madrugada acompañado del sereno, y poco después la sorpresa de mi padre cuando subió á mi cuarto, la admiración del tío y el espanto de mi madre y de Clara en cuanto se enteraron de lo sucedido. Acostado, por fin, en la cama, no tardó en presentarse el facultativo seguido del ayudante que traía los instrumen-

tos necesarios, los vendajes, tablillas y demás enseres. Tampoco entraré en ponderaciones sobre lo que me hizo sufrir aquella endemoniada fractura. Fueron agudísimos dolores, horribles tenazas de acero que mordían hasta en la médula de mis huesos, y que me privaron por dos veces de sentido. Á pesar de los gritos que sofocaba teniendo un pañuelo en la boca, el médico, grave y silencioso, exploró sin compasión la herida con el dedo, desbridó parte de los tejidos lesionados porque sospechaba que hubiese algunas esquirlas libres, me vendó todo el brazo y me dejó postrado, en medio de un extremado desasosiego. Este desasosiego acabó por una tremenda fiebre.

Así me encontró á la mañana siguiente. En su consecuencia, me prescribió una dieta rigurosa, tan rigurosa como contraria á mi excelente apetito. Pero él no lo tuvo en cuenta para nada, pues, según su autorizada opinión, la dieta y el agua eran los mejores agentes de la terapéutica. Gracias á este magnífico método curativo, en muy pocos días me quedé tan menguado de carnes, que podía contarme á tientas las costillas. Sin embargo, su habilidad, su manifiesto interés y las oraciones de mi madre valiéronme tanto en aquella ocasión, que al poco tiempo desapareció la fiebre y comenzó á fortalecerse el brazo. Decía el facul-

tativo que se iba transformando el callo fibroso en callo óseo. No entiendo nada de esto.

Una de las tardes, que por ir convaleciendo salía á la sala donde comíamos, hallé á mi padre, el cual nada me había hablado de los motivos que originaron mi malaventurada caída. Aun temiendo yo, como temía, su interrogatorio, atormentábame á ratos la imaginación esta misteriosa reserva. Pero aquella tarde, después de las preguntas de costumbre acerca del estado general de mi salud y la conveniencia de no hacer ningún esfuerzo, añadió estas palabras:

—Tú no puedes quejarte, por más que la convalecencia vaya despacio. Muy al contrario: todos los días debes dar infinitas gracias á Dios, que te ha conservado la vida, casi... milagrosamente. Y ten en cuenta que ese favor es una advertencia para tu conducta futura. Porque ya estás, Alberto, ya estás en edad de reflexionar con alguna madurez sobre lo que te conviene ó te daña en lo referente á tu porvenir. ¿Qué?... ¿piensas seguir todavía por el mismo camino? ¿No ha de servirte la pasada lección de algún escarmiento?

Mi padre hizo aquí una pausa; pero viendo que yo callaba, continuó con el mismo tema:

—¡Oh! no vales tú seguramente las lágrimas que has costado estos días á tu pobre ma-

dre... Yo no, yo no lo sentía de ninguna manera, puesto que es de rigor que el castigo venga á consecuencia de la falta. Pero ella, al fin... es madre, y ninguno de tus hermanos le ha dado un disgusto semejante. Yo ya le dije: No quiero oir hablar de tal cosa; no quiero saber los comentarios y las hablillas que habrán circulado entre los vecinos y conocidos. ¡Oh! sí, es vergonzoso imaginarse lo que pensarán esas gentes al sospechar que uno de mis hijos se ha escapado de casa por los balcones. Es la primera vez que esto sucede en la familia. ¿Y por quién se comete esta necedad? Por el penúltimo de mis hijos, por el más querido y obsequiado de todos. Yo, ya te digo, lo siento únicamente por tu madre. Sin embargo, ella nada te habrá indicado. Ya comprenderás que una madre no puede entrar en cierto género de explicaciones, sobre todo con su hijo. Hay cuestiones que repugnan, y ésta es una de ellas.

Ante este recuerdo del dolor maternal que de tal modo dulcificaba aquel áspero carácter de mi padre, que habría estallado en agrias reconvenciones, sentí profundo enternecimiento y subieron á mis labios estas calurosas palabras:

—Sí, padre mío, es verdad que he faltado; pero yo prometo, dígaselo usted así á mi ma-

dre, yo prometo que ha de ser ésta la última pena que le cause su hijo.

—Esa promesa y este arrepentimiento los esperaba yo de tu sensatez. Está bien; no hablemos más de ello.

Y en efecto, no se habló más de este asunto.

Tres semanas después me hallaba ya sano y repuesto de la fractura, aunque con el resentimiento natural en el brazo, que seguía llevándolo en cabestrillo para preservarlo de cualquier tropiezo. Volví, pues, á mis tareas de costumbre; pero conforme iba ganando en fuerzas físicas, notaba á mi alrededor cierto vacío y un decaimiento moral que me inutilizaba para el estudio. Sobre todo, al llegar las tardes este decaimiento tomaba la forma de una vaga tristeza que me obligaba á buscar el rincón de mi cuarto con la intención de ocultarla y saborearla á mi placer. Era, por lo tanto, una tristeza contemplativa, en la cual se complacía mi imaginación evocando los recuerdos más lejanos y más dulces de aquella pasión de cuatro meses. Claro se ve aquí que el enemigo no dormía, dispuesto siempre á tentarme por un lado ó por otro. Y en la soledad de mi cuarto, lo mismo que en la calle, en la iglesia, y en ocasiones hasta en la tertulia, entre el rumor de las conversaciones á que no atendía, me asediaban estas imágenes tenta-

doras. Parecíame ver entrar á Felisa y sentarse á mi lado, como cuando llegaba yo á su casa, con sus propios movimientos, los mismos gestos, la actitud, la mirada y aquel airecillo entre malicioso y alegre tan semejante al del gorrión que se acerca á recoger la migaja de pan caída á nuestros pies. ¿Qué pensaría de mí? ¿Cómo juzgaría mi conducta? Esta sola idea llegaba algunas noches hasta hacerme sudar. Un rompimiento tan brusco, sin explicaciones ni antecedentes que lo justificaran, no correspondía á la franqueza, á la generosidad con que ella había procedido. Ya ves, amigo Grañén, si tenía motivos serios y fundados de cavilación.

Una tarde, á la hora de retirarme, se me acercó una mujer de edad que vestía de corto, saya rayada de indiana y pañuelo á la cabeza, á estilo de las labradoras. La llamábamos la Águeda, y había estado tres años en nuestra huerta como hermana del hortelano, hasta que se casó y fué á vivir con su marido á la calle de Predicadores. Allí tenían un puesto de frutas y hortalizas, en el mismo portalillo, hacia el final de la calle, no muy lejos de la casa de Felisa. Esta circunstancia, y mi costumbre de ir á verla de vez en cuando, dieron origen á que, en cierta ocasión apurada, me sirviera de ella para enviar una carta á la antedicha.

En algunas personas es tan atractivo y poderoso el instinto de sociabilidad, lo que vulgarmente llamamos el don de gentes, que al momento crea lazos de recíproca simpatía. Nos creemos como obligados á quererlas, ó cuando menos á estimarlas, movidos de aquel afectuoso encanto que hallamos en sus expresiones, en su fisonomía, en todos los rasgos y perfiles de su persona. Esto sucedía, á mi entender, con Felisa, porque bastó que nuestra hortelana hablara una sola vez con ella, para que se hiciera lenguas de su amabilidad y excelente trato. La Águeda volvió algunas tar- á su casa, y luego me decía en la puerta d utería:—¡Qué buena señora es esa, señorito me usté, por mi salvación y como que me he orir: de rodillas serviría yo á esa buena se a si me lo mandara.

En el fondo era u mujer servicial y de buenos sentimientos a Águeda; pero había que disimularle el bastante entrometida, muy habladora y iosa como la más curiosa del mundo. Resu ba de todos estos defectos q mala nción ni perversidad, preguntando no debía, contando lo que no era menester y exagerando lo que contaba, solía armar á lo mejor en casa del vecino un caramillo de todos los diablos. Mi padre, á quien le estomagaban las personas curiosas hasta la

avidez, le tenía un poco de ojeriza y la pintaba con esta frase:—Esa parlanchina de Agueda es como la escoba: donde entra ha de levantar polvo.

Pues bien, esa tarde, inclinada por tan buena voluntad, me aguardó en los alrededores de la Plaza de San Felipe para entregarme un papel doblado de parte de Felisa. Sorprendido por lo imprevisto del caso, ni supe rechazarlo ni llegué á agradecerlo, porque la mujer, que llevaba su lección bien aprendida, desapareció de mi presencia sin más explicaciones. La curiosidad, sin embargo, me hizo apretar el paso y subir directamente á mi cuarto para enterarme de su contenido. Encendí luz á seguida, y de pie, con el sombrero puesto, el bastón debajo del brazo y la puerta entornada, me puse á leerlo con devoradora impaciencia. Era el tal papel una carta cariñosísima. Dábase en ella por enterada de todo cuanto había sucedido; sentía de corazón las consecuencias de mi caída; se declaraba en parte culpable, siquiera lo fuese de una manera involuntaria, y excusaba mi ausencia de tantos días, esperando, no obstante, que tendría breve término así que me hallara restablecido. Al final venía la firma en letra menuda y limpia, seguida de una rúbrica de enrevesados y numerosos rasgos en forma curialesca: *Felisa Plácer.*

Tras la lectura de esta carta empezaron de nuevo y con más fuerza que nunca mis torturas y vacilaciones. Los recuerdos de las pasadas locuras renacieron en mi alma con ese fecundo vigor de las plantas que retoñan en la primavera. Y gracias á que aún conservaba fresca y viva la impresión de los dolores sufridos, la promesa hecha á mi padre y las lágrimas derramadas en secreto por mi madre. Calmaba todo esto el ardor de mi sangre, al mismo tiempo que venía á paralizar los impulsos del corazón, esos violentos impulsos que en momentos dados me hubiesen lanzado á la calle en busca de la mujer adorada. En medio de esta horrible lucha que sostenía con mi pasión, tuve la idea de tomar la pluma y contestar con otra carta á la de Felisa. Fué sin duda una feliz idea, porque después de llenar las cuatro carillas del pliego, parecióme que mi imaginación volvía á su ordinario reposo. Decíale en mi carta, contando la historia de lo ocurrido, que no era yo libre para obrar con entera libertad; que por asuntos de familia debía salir algún tiempo de Zaragoza, y que ignoraba cuándo nos sería fácil vernos; que no olvidaría la nobleza de sus sentimientos, por más que no me atrevía á formular promesa alguna ni á concebir esperanzas de una próxima felicidad, puesto que había una cosa

superior á los deseos de ella que encadenaba por entonces sus brazos.

La propia Agueda sirvióme para remitir esta misiva á su destino. A los dos días recibí la contestación por el mismo conducto. En la contestación se mostraba Felisa ofendida, pero me perdonaba, ¡todo me lo perdonaba! con tal que subiera á verla para hablar de nuestros asuntos. Con una sola vez que subiera se daba por satisfecha y prometía no ser exigente. Después de meditar un rato sobre esta segunda carta, me quedé con las mismas dudas de antes. Estaba visto que no quería comprender mi resolución. ¿De qué modo salir airoso de este compromiso? Pensando en ello se me pasó la semana; pero al llegar el domingo, cuando salía de San Cayetano de oir misa, me tropecé con la Agueda, que me dejó otro tercer recado de Felisa. Era más largo que el segundo, y volvía á insistir, en medio de limpios y nutridos renglones, en su anterior petición: que le hiciera el inmenso favor de ir á su casa, que ella me lo agradecería como el mayor sacrificio que podía agradecerse á un hombre, y para tal caso me señalaba la hora, es decir, todas las horas de la tarde estaría esperándome en su gabinete.

Los únicos párrafos que conservo en la memoria de esta tercer carta son los últimos, por la sencilla razón de haberme sorprendido mu-

cho, sabiendo que los escribía una mujer. Poco más ó menos venían á expresar lo siguiente:—En este juego tan costoso y tan deseado del amor, vosotros no ponéis de vuestra parte más que un adarme de curiosidad y dos ó tres de amor propio ó de ostentoso orgullo. En cambio nosotras ¿qué ponemos? Pues todo cuanto somos y poseemos: el corazón, la honra, la conciencia, la estimación propia y ajena, la felicidad de toda la vida. ¿Es esto justo, Alberto mío? Tú, que te precias de amparar y defender la justicia entre los hombres, no habrás reflexionado lo injusto que eres conmigo. Yo no he estudiado como tú, pero me observo á mí misma y hallo que hay en la naturaleza de este afecto una cosa más fuerte que la ley, mucho más fuerte que las razones de familia, y sobre todo, más digna de consideración que ese pobre respeto humano, que nunca te hará feliz ni te dará un pedazo de pan el día que lo necesites.

Así concluía su carta. Ahora pregunto yo, como me pregunté entonces:—¿De qué condenado libro, porque Felisa leía algunos, de qué condenado libro habrá podido sacar esta mujer semejantes ideas?—Lo ignoro. Y te advierto al propio tiempo que, á pesar de lo que me impresionaron, tampoco en esta ocasión contesté. Pero ¡ay! no creas, amigo Grañén, que por eso

sentía menos la pesadilla de aquel delicioso sueño de cuatro meses. Buscaba en el estudio, al lado de la familia y en una vida apacible y retirada, la tranquilidad de espíritu que antiguamente disfrutaba. Era inútil. Alguna vez, al peinarme, me observaba con detención en el espejo y me parecía continuar ostentando, como antes, la misma careta pálida y lacia del convaleciente.

En cuanto á Felisa, viendo que respondía á sus cartas con el silencio, debió sentirse muy ofendida, pues ya no volví á recibir ninguna otra. Y hasta esta idea de su ofensa me causaba á ratos ún verdadero pesar. Sucedió que precisamente por aquellos días en que andaba á revueltas con mis tristezas, me llamó mi padre y me hizo vestir lo mejorcito, para presentarnos á los señores de Benedicto. Según parece, el dictamen que yo había emitido respecto al asunto de la Capellanía fué bastante acertado, y como parientes que eran de mosén Pablo, determinaron darme las gracias en su nombre. La cuestión jurídica, si mal no recuerdo, se reducía á la siguiente pregunta:—Si podía calificarse de laical, ó por el contrario, de colativa la Capellanía instituída por el fundador con carga perpetua de misas, que debían celebrarse en altar determinado, por presbíteros designados por el mismo y con la obliga-

ción de inscribirla en los libros de la catedral respectiva, poniendo los bienes bajo la vigilancia de la autoridad eclesiástica. Había que contar también con la obligación que señalaba á los presentados por los patronos: la de obtener del diocesano el título canónico y la colación, sin cuyos requisitos no podían hacer suyos los frutos.

Yo creí que una Capellanía con estas condiciones debía considerarse colativa, y en efecto, el tribunal me dió la razón al fallar, algún tiempo después, á favor de mosén Pablo. Como iba diciendo, me vestí de etiqueta, y entre doce y una nos dejamos caer en casa de los citados señores, que vivían en la parte más ancha de la calle Mayor. Agradóme el aspecto de esta vivienda, vieja, pero muy espaciosa, desde cuya entrada se divisaba un patio ancho y fresquísimo con cuatro columnas histriadas de piedra en sus ángulos. Puestos arriba, nos recibió en la sala principal don Francisco Benedicto y Saura, notario de la curia eclesiástica, hombre de unos cincuenta y seis años, de fácil y abundante palabra, bajo de talla, pero recio de cuerpo y de cabeza, con los ojos grandes y claros, la nariz caída, y ancha y lisa la frente. Figuróseme que era caballero amabilísimo en extremo, porque se preocupó de nuestros sombreros, nos proporcionó sillas,

y no permitió que nos sentáramos en la corriente de aire que habría establecida entre el balcón y la puerta de la sala.

A las primeras de cambio salió á conversación el asunto de la Capellanía, que, puesto en hábiles y expertas manos, llevaba camino de prosperar y salir adelante, con suma complacencia de don Francisco y de su pariente mosén Pablo, en cuyo nombre me daba las más expresivas gracias. Agradecile cortesmente tan delicada atención, y después de tocar diversos puntos, preguntóle mi padre por su señora é hijas. Bastó esto para que con gran apresuramiento se levantara el buen señor y saliera al rellano de la escalera, desde cuyo sitio lanzó dos rápidas voces de aviso.

No se hizo esperar el resultado, pues al poco rato se presentaron en la sala la mujer de don Francisco y sus dos hijas. Tras los saludos de costumbre y acomodados todos en nuestros respectivos asientos, pude fijarme en la cara de la señorita que tenía enfrente y que no era desconocida.—¡Diantre de parecido! ¿Dónde he visto yo esa cara?—preguntábame con creciente curiosidad, mientras mi padre, don Francisco y su señora se enzarzaban en las cuestiones suscitadas aquella semana entre el cabildo del Pilar y su Ilustrísima sobre no sé qué preeminencias honoríficas. De repente caí

en la cuenta: me acordé del despacho de diligencias, y pensé acertadamente que la joven que se me quedó mirando era la misma que se hallaba sentada á dos pasos de mí. Los ojos negros, tímidos y dulces como los de una cervatilla, me dieron la clave. Luego paré mi atención en su rostro pálido y fino, á semejanza del de una imagen; en aquel aire tan natural de modestia y en las demás partes de su persona, que conformaban con los recuerdos que permanecían grabados en mi imaginación. Fué aquello á la manera del que se encuentra en un salón con una hermosísima copia de la Concepción de Murillo, cuyo famoso cuadro contempló y admiró no há mucho tiempo. Su exclamación sería instantánea:—¡Ésta es aquélla! justo, la misma, la Concepción.—Así reapareció en mi memoria el recuerdo de la desconocida.—¡Ésta es aquélla!—me dije, y no me equivocaba. Me animé con esto á dirigirle la palabra, sintiendo en el fondo del alma esa mezcla de curiosidad, de extrañeza y de interesado anhelo que nos lanza en busca de emociones nuevas. El alma, igual que el cuerpo, apetecen por instinto la medicina que ha de devolverles la salud, y era natural que la mía, enferma y dolorida, buscase otro manantial más puro donde beberla.

Hablamos, pues, algunas generalidades.

Terció también su hermana en la conversación, pudiendo yo deducir de estas generalidades y de ciertos pormenores, que las dos jóvenes vivían en un retiro semi-conventual, ignorantes de lo que pasaba en el mundo y alejadas de las tertulias, saraos y teatros. Luego se conversó acerca de la próxima festividad de Nuestra Señora del Rosario, en atención á la cual fuimos invitados por los señores de Benedicto para ver la procesión desde sus balcones. Despedímonos al poco rato y nos acompañaron hasta la escalera, sobre todo don Francisco, á quien tuve desde luego por el más fino y amable de los notarios. Hallándonos ya en la calle, hablóme mi padre del régimen, costumbres y antecedentes de esta familia, que figuraba entre las morigeradas y patriarcales. El único defecto que se les atribuía, propalado y cacareado por las criadas, era el ser, lo mismo el amo que la dueña, excesivamente económicos, es decir, muy tacaños y muy *prietos* hasta en las comidas, que se hacían con peso y medida. —¡Si nos cuentan los garbanzos del cocido en esa bendita casa!—era una de las frases ponderativas de las criadas. Por lo demás, como cristianos viejos y personas honradísimas y cabales, no había que pedir cosa mejor.

Estas alabanzas de los señores de Benedicto se repitieron más tarde, de sobremesa, delan-

te de mi madre y del tío Faustino, que convinieron en lo mismo tocante á la bondad y formalidad de aquella excelente familia. Transcurridos ocho ó diez días, nos devolvió la visita nuestro amable notario, y al despedirse insistió en su ofrecimiento para que las señoras fuesen á ver la procesión del Rosario. Obligado, pues, á acompañar á mi madre y á Clara á casa de don Francisco, allí pasamos la tarde y parte de la noche por ser justamente á las ocho la hora de la procesión. Y allí mismo, asomados á los balcones, que ostentaban blancos tapices, al resplandor de los cirios y velas de los acompañantes, entre el rumor de una chillona música de paisanos que cerraba la comitiva de la cofradía, sacerdotes y mayordomos, nos comunicamos Engracia y yo nuestras primeras impresiones; estas primeras impresiones de simpatía, que son el preludio de un verdadero afecto. Bien asegura el refrán que el trato engendra cariño, y no quiero referirte ahora, con todas sus circunstancias, el modo de empezar y acabar nuestro cuento. Sólo te diré que, aconsejado de mis padres, entablé á las pocas semanas relaciones formales con la señorita Engracia Benedicto. ¿No era todo esto providencial, amigo Grañén?

IX.

Al oir aquello de providencial, no pude contener un repentino impulso de risa, que por fortuna no rebasó de mis labios. Era yo sobrado malicioso y pesimista para no sospechar que el padre de nuestro apóstol no tuviera tanta, ó más parte, que la Providencia en aquellas bien preparadas relaciones de su hijo. Esto no obstante, no trato de embaucar á nadie con una opinión particular mía, y sin que valga ni pese en el ánimo de mis lectores, dejo intacta á su buen juicio la impresión de la anterior pregunta. Si aquí hablara un Santo Padre, un San Agustín ó un San Juan Crisóstomo, ya me lo miraría mucho antes de soltar cualquier especie; pero no creo que puede haber temor cuando la tal especie la enjareta un estudiante aprovechado de Derecho. Hecha esta breve reflexión, vuelvo á escuchar al apóstol que, á ruego de su compañero, se acomodó en una silla, hacia el extremo de la mesa, y

continuó de este modo el final de su historia.

—Si no fué providencial, yo al menos lo tuve como una gracia especial concedida al que tanto favor y auxilio necesitaba para vencerse á sí mismo. Aquellas tristezas de que te hablé hace poco se renovaban sin cesar en el fondo de mi espíritu. Levantábame algunas mañanas con un malestar indefinible, con un decaimiento moral completo, como si me sintiera presa del romanticismo malsano de las novelas; de ese romanticismo que mira la vida con sarcástica amargura y soberano desprecio, juzgándola obra de un dios hipocondriaco que se goza en atormentarnos. A agravar tal estado había contribuído la misma Agueda. ¿Quién lo diría? Esta pobre mujer, sin intención preconcebida, siempre que me paraba en la calle había de sacar á cuento las gracias y bondades de Felisa: si la veía ó la dejaba de ver; si la había regalado ó la iba á regalar no sé qué baratija; si le preguntaba por mí ó era ella la que traía mi nombre á conversación... ¡Ah! sí, aquella señorita era tan hacendosa, tan amable, tan *despepitada*, que ella propia, la Agueda, podía jurar, aun con ser tan cristiana vieja como era, podía jurar que no conocía una sola, entre el *señorío*, que le llegara á la suela del zapato. En fin, amigo Grañén, Dios me lo perdone y la buena mujer también: aun cono-

ciendo su mucha cristiandad, tuve que hacerle la cruz como al diablo y escapar por otro lado en cuanto la veía de cien leguas.

Cuando no me bastaban para matar los recuerdos de aquel paraíso donde había vivido cuatro meses, ni el afecto de la que sería mi mujer, ni el buen ejemplo de la familia, ni el porvenir de una brillante carrera, comprende tú ahora el efecto de estas repetidas letanías que me rezaba la Agueda en alabanza de la otra. ¡Oh! pero el demonio de la tentación es el más tenaz, incansable y arrojado de nuestros enemigos. Estoy bien seguro de ello. Un domingo, en la misma iglesia de San Felipe, á tiempo de tomar agua bendita, se me acercó una mujer que yo supuse que sería una mendiga. Salimos fuera, y... ¡quién había de ser! la Agueda en persona, que, después de las preguntas de costumbre, me notificó en voz baja que un guapo subteniente de infantería paseaba la calle de Felisa con insistencia de enamorado. ¡Maldecida noticia! ¿Qué pasó por mí en aquel momento? Yo no lo sé. Se me levantó el estómago como si acabara de tragarme un veneno, y entráronme vehementes impulsos de abofetear á la Agueda, de correr á casa de Felisa, descargar en ella mi furia de una manera análoga y buscar, por último, al caballero subteniente para armarle camorra. Luego, en me-

dio de este horrible desasosiego, ya comprendí que iba á cometer un desatino de peores consecuencias que los otros, y me contuve.

—¿Quién es ese subteniente?—pregunté de pronto á la mujer, sin saber por qué lo preguntaba.

—Yo no sé, señorito... El vive en el castillo y pasa todos los días por la calle de Predicadores. Habrá visto en el balcón á la señorita y cátate que... pues, que le ha dado la *turruntela* de seguirla. Pero no crea usté que ella le haga caso por más que se acerque á hablarle... Nada, señorito, igual que si le *dijera truco*.

—Bueno, mujer, bueno. A mí no me cuente usted nada de eso, porque ni me interesa ni necesito saberlo. Además, llevo prisa. Con que... otro día hablaremos más despacio.

Algo sorprendida de este cambio, miróme la mujer en silencio sin atreverse á continuar su relación. Así logré quitármela de delante, apretando el paso y fingiendo ineludible perentoriedad. Ella nada sabía por mi parte de nuestras relaciones, ni creo que Felisa la hubiese impuesto en el secreto. Algo, tal vez, sospecharía de aquel rompimiento *sui generis* sin escándalos ni alborotos, observando que yo no frecuentaba la casa de Felisa á ninguna hora del día. Transcurrieron, si no ando equivocado, dos semanas en una tranquilidad relativa;

pero estaba de Dios que no había de gozarla por entero. Fué otra tarde, al oscurecer, cuando me salió Agueda al encuentro en las cercanías de la Plaza de San Felipe, y me detuvo con aquel aire de misterio con que acostumbraba á darme sus noticiones.

—Gracias á Dios que le veo á usté, señorito. Tenía más ganas de hablarle... ¿No sabe usté lo que pasa? Pues ha venido de fuera el marido de la señorita Felisa, que es un señor flaco y amarillo que parece que tiene *itiricia*. Anteayer me envió un recado la señorita y... si viera usté la pena que le ha entrado con esa dichosa venida. Es que hay hombres de tan mala sangre... Créalo usté, señorito, yo no lo conozco, yo no sé nada de lo que ha pasado con su mercé; pero á mí me da el corazón que ese señor no viene aquí con buenas intenciones... Porque usté ya sabrá algo de... según yo me he olido por algunas palabras de la señorita, estaban *desaparados*. Pues lo que yo digo: si usté está *desaparado*... por lo que sea, que no me meto en las acciones de nadie, ¿quién le manda á usté venir? Los hombres han de tener palabra y formalidad y uso de razón, porque nadie puede decir que está bien hecho eso de faltar una persona á lo apalabrado.

Oía yo con creciente ansiedad y sobresalto la charla de la Agueda, que no llevaba traza

de acabar tan pronto, si no le hubiese interrumpido con alguna que otra pregunta:

—¿Y para qué la llamó á usted la señorita Felisa?

—Me llamó... ¿qué para qué me llamó? pues mire usté, porque sabe muy bien que lo mismo mi marido que una servidora estamos *pa todo* lo que su mercé nos mande. Ella se sospechaba que su marido, el militar, iría á insultarla si á mano viene. Y eso tampoco es de razón: que un hombre, por malas razones que tenga, se propase á meterse á donde no le llaman. Lo que dice la pobre señorita: Si yo no quiero nada con él ni á buenas ni á malas, ¿á qué viene á mi casa?

—Pero para empeñarse en subir á su casa, debe tener algún motivo ese señor. ¿Usted no ha oído nada?—volví á preguntar á la mujer, presintiendo algo grave y temeroso al través de sus fatigosas perífrasis.

—Pues... yo le diré á usté. La señorita se negó á recibirlo en su casa, porque no siempre está uno para oir jaculatorias ni para que le vengan á *corromper la sangre*. Entonces el militar va y qué hace: pues le ha escrito un papel diciéndole que si se sabe que sube el subteniente á verla, irá él también allí, y se verán las caras. No, no, bien se conoce que el hombre es más bruto que el cospillo. Porque,

señor, si ves que no quieren nada contigo... pues, hombre, sigue tu camino, y otra vez será, ¡qué demonio! Pero no piense usté por eso que mi señorita se echó á temblar, ¡quiá, quiá! no, señor. La señorita es más fina que el coral, y le contestó con otra letra que decía... aguarde usté que me acuerde; pues le decía: —Yo recibo en mi casa á quien me da la real gana, porque quiero y porque puedo.—Y para que vea usté si la mujer tiene jarcias, va y qué hace: se encuentra en la calle con el subteniente, y le dice que si es un caballero, como lo parece, que le permite entrar en su casa cuando guste. Entendido que como un buen amigo, y nada más. No vaya luego á tomar el rábano por las hojas, porque *contra* más amigos, más claros.

De pronto paró la mujer en su conversación para limpiarse los labios con la punta del delantal, vicio muy común entre esta clase de gentes; y encarándose conmigo como si fuese á leer en mis ojos, me dirigió una sola pregunta, pero con tal naturalidad, que me quedé sin saber qué responder:

—¿Y usté no va por allí?...

Ya con la anterior relación me hallaba yo inquieto, perturbado, febril, con las ideas trastornadas, en un estado de ánimo difícil de expresar con palabras. El hombre de carácter

arrebatado y de buenos puños que presencia la encarnizada lucha de dos combatientes, siente hervir su sangre y siente irresistible impulso de lanzarse en medio de sus furiosas acometidas. La ira tremenda de los otros despierta la suya. Este sentimiento inconcebible y extraño, pues sólo sería natural en una fiera, podrá explicar en parte el desequilibrio que había producido en todo mi organismo aquel anuncio de guerra que me traían las últimas frases de la Águeda. Por el momento no me acordé de mi promesa, ni de mis relaciones con Engracia, ni de las lágrimas de mi madre: sólo tenía delante la imagen de Felisa, la sinrazón del marido y la aborrecida figura del subteniente. Mezclábanse en mi imaginación los atractivos de la mujer poseída con las amenazas brutales del hombre que no iba á respetarlos, junto con la insistencia del extraño, que defendía lo que no era suyo. El verdadero defensor debía ser yo mismo. Yo era el único llamado á reclamar, como de mi pertenencia, lo que allí se controvertía, lo que se disputaban unos á otros. Felisa era mía, porque su corazón y su inteligencia, su presente y su porvenir, me los había adjudicado por propia y generosa voluntad. Tenía la intuición clara y profunda de su apasionamiento. Me amaba desde el primer día, y ahora lo mismo

que antes. Así, pues, bajo el influjo de estas renacientes emociones, sin darme cuenta del valor de las palabras, despedí á la Agueda, diciéndole:

—Yo iré, yo iré por allí en cuanto pueda.

No estaba lejos de mi casa, de modo que aún subí la escalera preocupado y dispuesto á llevar á cabo mi proyecto. Senteme frente á la mesa y empecé á reflexionar con alguna más calma. El silencio, la comodidad, la vista de los objetos que nos rodean diariamente; los folios esparcidos sobre el cartapacio de badana; las plumas blancas, que aparecen como clavadas en los agujeros del tintero de loza; los libros de consulta, formando caprichosos grupos en los extremos de la mesa; el viejo velón de bronce, que desde el otro extremo esparce mansa y soñolienta claridad, todo este mundo pequeño es la representación inanimada de la realidad, que va penetrando por los ojos al mismo entendimiento para sosegarle y esclarecerlo. Sí, amigo Grañén, en ocasiones la razón no surge dél fondo de nuestra conciencia; más bien parece saltar, como la chispa, del choque de lo que vemos con lo que imaginamos. Así me sucedió á mí por entonces. Gradualmente me fuí serenando, y á tiempo de levantarme para ir á cenar, el proyecto de volver á casa de Felisa, de igual manera que los

personajes todos de aquel drama, se habían desvanecido en mi fantasía; veíalos tan lejos, tan lejos... que ya no me daban ni frío ni calor. La mirada indagadora de mi padre, luego que nos sentamos á la mesa, acabó de decidirme.

Todos los días, á la hora de las comidas, encontrábanse nuestras miradas. La serenidad de la suya venía á ser un gran confortativo para mi espíritu. Complacíame en extremo esta inalterable y afectuosísima unión de todos los individuos de la familia alrededor de su jefe. Pero yo no sé por qué aquella noche esquivé su mirada. Temía acaso que sorprendiera en ella algún indicio de aquel descabellado plan que había acariciado dos horas antes. Con este temor ya no cené á gusto.—¡Oh! no—me dije al entrar en mi cuarto,—basta de luchas y sinsabores. Será ésta la última vez que me ocurra pensar en semejantes disparates.

Sin embargo, á la mañana siguiente aún me duraba la triste preocupación de la víspera. Dos días después corrió en Zaragoza la noticia de un duelo verificado entre dos militares, en condiciones especiales y desusadas. Si pude allegar algunos pormenores exactos acerca de este suceso, los debo únicamente á la Agueda, con quien volví á tropezarme aquella misma semana. Suprimiendo, pues, sus muchos cir-

cunloquios y digresiones, he aquí el relato en esqueleto, digámoslo así, mondo y lirondo, tal y como ella me lo refirió:

El martes de aquella semana, los vecinos más desocupados observaron que un caballero bien vestido y buen mozo, de edad madura, de semblante ictérico, ceñudo, aunque con hermosos ojos negros, cruzó infinidad de veces por delante de la casa de Felisa. Esto sucedía entre seis y siete de la tarde. A esta misma hora venía de la parte del castillo un subteniente de infantería que apenas frisaría en los treinta años, de uniforme, con su casaca azul, pantalón ancho, espada y chacó cónico. Era también un guapo mozo, rubio, bigotudo, con cabello crespo, la tez encendida y como tostada, grande la cabeza, ancha la cara y los ojos azules y vivaces, medio envueltos por la carnosidad de los párpados; ojos que no carecían de atractivo, á pesar de verse acompañados de una nariz gruesa y semicuadrada. Traslucíase al primer golpe de vista algo de aleonado en el conjunto vigoroso de esta cabeza. Debía ser un temperamento sanguíneo, fuerte y sufrido, con ese temple de acero que adquieren estas naturalezas pletóricas en las fatigas y penalidades de la guerra.

Al llegar al portal de Felisa, alzó la vista y miró á los balcones del segundo piso. En el

mismo instante en que ponía el pie en el umbral, salió de no saben dónde, de algún callejón ó de otro portal, el caballero paseante, y, alcanzando al subteniente en el zaguán, lo detuvo por el brazo. Mediaron entre uno y otro recias palabras que los vecinos no llegaron á entender. Sólo vieron que el subteniente, abierta ya la puerta, levantó rápidamente la mano, señalándole al otro la entrada, y le hizo pasar delante. El portazo que siguió á esta breve escena pudo indicar á los curiosos la fuerza de las pasiones removidas en aquel encuentro. Arriba estaba la Agueda, que fué la que abrió la puerta y recibió á nuestros personajes. Salió al punto Felisa al oir los taconazos y las voces de éstos, y, dirigiéndose á su marido con soberana altivez, pues no era otro el caballero paseante, pronunció estas acres palabras:

—Señor don Marcial Morante, no le basta á usted, sin duda, insultarme por escrito, y sube á mi propia casa á empeorar su pleito. Sobre este apestoso asunto creo que hemos hablado bastante. Le hice á usted el favor de contestar á su carta, cosa que no debía, y ahora soy yo la que pago los vidrios rotos. Bueno, pues tenga usted entendido que será la última vez que esto sucede.

El aludido, que se había cruzado de brazos para escuchar á Felisa, soltó de repente un

taco, seguido de una palabrota tan fea, que no la escupiera peor un *arrobero*, ni un mozo de mulas, ni un desaforado gañán:

—¡Por vida del demonio! Eso me gusta. Tú tienes abierta la casa para los extraños y cerrada para los propios. Y vamos divirtiéndonos. Pero te advierto que esto va á acabar muy pronto. Ya me canso yo de...

—Si no tiene que acabar ni pronto ni tarde. Ya está todo acabado entre nosotros. Ahora espero yo de su cortesía que vuelva usted á tomar la escalera y se marche por donde ha venido.

Los ojos de Felisa al decir esto se habían agrandado, sus labios temblaban ligeramente y una palidez intensa cubría su rostro, afilado, escueto, casi desconocido en aquel momento.

—Ya comprenderás que no vine para marcharme, sino para quedarme. He cambiado de sistema de vida, y he resuelto vivir con mi familia, con la familia que la suerte me ha destinado.

—Por propia voluntad nos separamos,—repuso Felisa con serena energía.

—Por propia voluntad nos reuniremos.

—No será con la mía.

—Será con la tuya.

—Eso ¡jamás!

—Eso desde ahora mismo.

Felisa miró á su marido con indecible asombro, luego con estudiada fijeza. Aquel hombre de gallarda presencia, de amarillo semblante y airados ojos, llevaba de tal modo impresas la tenacidad y la decisión en su persona, que instintivamente se comprendía el alcance positivo de sus palabras. Rehízose, no obstante, Felisa, saliendo del círculo que parecían trazar las miradas iracundas de su adversario. Apoyó el codo en la esquina de una alta cómoda, sobre la cual estaba la luz, y volviendo á un lado la cabeza, como el que se siente cansado, pronunció, con la vehemencia de un profundo desprecio, esta frase:

—Yo no sé cómo se hará ese milagro.

Entonces avanzó don Marcial dos pasos, y asiendo del brazo á Felisa, la obligó á enderezarse mientras le decía con febril precipitación:

—¿No recuerdas que soy tu marido, necia, mil veces necia mujer?... ¿Que soy tu legítimo señor? ¿Que quiero vivir contigo? ¿Que tengo perfecto derecho para vivir contigo? ¿Que necesito vivir contigo, y que esto ha de ser así, aunque el infierno entero se empeñe en lo contrario? ¿No comprendes que vengo decidido á hacerme obedecer? ¿No comprendes que tengo de mi parte á la justicia, por más que yo me basto y me sobro para salir adelante con mi empeño?

En tanto que el marido repetía estas aceradas preguntas, Felisa parecía reflexionar sobre el móvil que á él le impulsaba, y no por cobardía, sino acaso por maravillosa y serena inspiración, varió su línea de defensa. No obstante, su exclamación de dolor fué sincera. Los dedos del marido se iban cerrando á cada pregunta, y á medida que aumentaba su coraje, como alicates de hierro sobre el brazo de su mujer, y llegó un momento en que ésta no pudo menos de lanzar un quejido:

—¡Por Dios, Marcial! suéltame... basta. Entiendo lo que buscas: prefieres que seamos los dos desgraciados á serlo tú sólo. Es un egoísmo que no me extraña, conocido tu carácter. Pero yo te suplicaría que lo pensaras mucho antes de consumar nuestra desdicha. ¿Necesitas parte de lo que nosotras poseemos?... Pues yo renuncio á la mía, te la cedo, y tómalo todo si es esa tu voluntad; pero déjanos vivir con sosiego. No nos arrebates el único bien que le queda á la mujer en este mundo, sea honrada ó zaherida, pobre ó rica: la paz, la tranquilidad. No apetecemos mi madre y yo otra cosa: que nos dejéis en paz unos y otros. Bastantes desdichas han llovido sobre nuestra familia por la buena fe de mi padre, por haber confiado en demasía en los farsantes de la política. Basta, basta ya de grescas y de belenes.

—Justamente por eso; por huir de los belenes es por lo que quiero tener casa y paz...

—Conmigo no la tendrás. Eso ya lo sabes tú bien.

—Es que quiero tenerla, es que debo tenerla. Y ahora ¿acabarás de comprender... mal rayo te parta?

—Yo no comprendo que una mujer que se estime pueda transigir con esa paz con que tú le brindas.

—¡Otro insulto! Calla, cállate, ó no respondo de estrellarte.

Y habiendo asido otra vez del brazo á Felisa, la zarandeó con tal fuerza y tan vigoroso empuje, que, perdiendo ésta el equilibrio, vino á doblar una rodilla en tierra, á punto de caerse del todo. Cuando tornó á levantarse tenía los ojos húmedos como si fueran á llenársele de lágrimas, y una palidez de loca que llegaba hasta desfigurar el conjunto de su rostro, casi siempre risueño y atractivo. Limpióse al instante con los dedos la única lágrima que había rebasado el borde del párpado inferior, y miró á su marido osadamente, con la cabeza erguida, buscando una frase, una palabra, una idea que expresara todo aquel odio que abrasaba sus entrañas y que ella quería arrojarle á la cara como algo que deja mancha. Pero era tan intensa y tan viva su emoción, que

todo lo dijo con la mirada, con la actitud, con la crispatura de sus manos; pero su boca no pudo articular una sola palabra, y tuvo que recostarse en una silla para ahogar los sollozos y detener el llanto.

A todo esto ya se había adelantado el subteniente, que permaneció durante la anterior escena retirado por prudencia en un extremo de la sala, en plena sombra, y dirigiéndose á don Marcial habló con voz tan clara y vibrante, que resonó como un toque de corneta en la amplitud del aposento:

—Estando yo aquí, no consentiré que un hombre ponga su mano sobre una señora sin decir que ese tal es un miserable y un cobarde.

Hubo, después de pronunciadas estas palabras, unos instantes de angustioso silencio. Felisa alzó la vista como si despertara de un sueño y se volvió hacia el subteniente, á quien había olvidado, ó poco menos, en las alternativas de aquella dolorosa lucha. El marido, que debía ser hombre muy bragado, se acercó á su interpelante, y poniéndole una mano en el hombro, repuso con admirable sangre fría:

—Caballero subteniente, eso que usted acaba de decirme le va á usted á costar el pellejo; así, sencillamente. ¡Voto á bríos! ¿Cómo se entiende? Desde que Marcial Morante ciñe

espada, no ha habido un hombre, ni uno solo, que se haya atrevido á tanto. Usted ignoraba, sin duda, que ese tal que usted dice es un coronel de lanceros...

Al oir la palabra «coronel,» debido á ese profundo respeto con que se miraba en nuestro ejército á un superior jerárquico, palideció un poco el subteniente; pero no tardó en recobrar su serenidad, observándose que en la frente y hacia el nacimiento del cabello le asomaba una vaga humedad que se transformó de seguida en menudísimas gotas de sudor. Mirando luego al coronel con respetuosa altivez y como si fuera á cuadrarse, contestó friamente á su réplica:

—Mi coronel, estoy á sus órdenes. Román Garcés de Santolaria no retira nunca sus palabras. Y puesto que aquí no hay graduación ni ordenanza que valga, sino dos hombres que quieren arreglar pronto sus cuentas, repito que estoy á sus órdenes.

—Eso es lo que yo deseaba. Mañana al amanecer... en la orilla del Huerva, detrás del molino de aceite.

Después de recoger su chacó, volvióse el subteniente hacia Felisa y estrechó su mano; de paso saludó al coronel, y se dirigió á la puerta. La Águeda le acompañó con la luz hasta cerca del zaguán. Cuando tornó á subir

observó que el marido, cabizbajo y tétrico como un condenado, ésta fué su expresión, se paseaba solo á lo largo de la sala. Felisa se había retirado á su gabinete. Mas al poco rato, sin hablar ni una palabra ni despedirse de nadie, enfiló la escalera; y á punto que la Agueda salía para alumbrarle, ya el coronel cerraba la puerta del zaguán con espantoso ruido.

Ahora, amigo Grañén, como último toque de verdad, te referiré algunas de las circunstancias que acompañaron al duelo. Sucedió, pues, que uno de los jornaleros que van con talegas á recoger las primeras aceitunas que se caen al suelo, reparó que en el claro de un olivar, próximo al Huerva, había dos hombres vestidos de paisanos. Estos dos caballeros se quitaron las levitas, arrojaron á tierra los sombreros, quedáronse en mangas de camisa, y armados cada uno de un sable, se pusieron en disposición de acometerse. Para no ser visto el citado jornalero, se agazapó en una zanja y esperó unos instantes. De esta manera pudo presenciar el lance. Según aseguró él mismo, fué cosa de contados minutos. Los dos contendientes se acuchillaron con una rabia que ni que fueran lobos, sobre todo el más fornido y grueso de cuerpo, aquél que tiraba á *royo*. Éste bailaba como un demonio, y empezó á repartir tajos con tal impetuosidad y de tan

buena gana, que hasta el mismo jornalero estaba poco menos que asustado. Su competidor, por el contrario, apretaba los dientes y arrugaba el ceño sin dejar de moverse y sostener vigorosamente el empuje del otro. Como esto pasaba al rayar el día, ó más bien al despuntar el sol, á esa luz blanquecina de la mañana, sobre el fondo verde oscuro de los olivos, el jornalero distinguía el cuello y la cara del más encorajinado rojos como pimientos, mientras el semblante del ceñudo parecía casi verde. De improviso, y como por ensalmo, éste dejó tendido al otro en tierra de un tremendo sablazo en la cabeza.

Entonces el jornalero, según consta en su declaración, se encaminó al molino de aceite, que distaba unos trescientos pasos, y avisó al encargado, pues el amo se hallaba en Zaragoza. Luego, del mismo molino, salió al momento uno de los mozos para dar parte al Juzgado. Fué también voz pública que el matador se había dirigido sin pérdida de tiempo, disfrazado de arriero, hacia los términos de Huesca, con intención de cruzar la frontera y ponerse á salvo. Lo cierto del caso es que nadie lo vió salir, ni la justicia logró tropezar con él al verificar las primeras indagaciones.

Dos años después, si mal no recuerdo, volvió á circular una triste noticia recogida de un

periódico francés. Daba éste cuenta de que á un señor Morante, coronel de caballería, rebajado del ejército por no sé qué y refugiado en Bayona, se le había encontrado cadáver en la ría, ignorándose si la desgracia fué por descuido, ó por suicidio, ó de mano airada, pues todas estas suposiciones cabían dados los antecedentes del sujeto.

Ya por entonces me hallaba yo casado con Engracia, y la noticia, así como el nombre del coronel, no me impresionaron ni con mucho lo que hubiera sido dos años antes. El matrimonio me había traído la paz del espíritu, esa panacea de nuestros afanes, tan necesaria para los negocios del mundo. Si no completamente dichoso, cuando menos disfrutaba de esos plácidos beneficios, de esas honestas satisfacciones que proporciona la familia y una honrosa profesión, cuyos trabajos se ven al fin recompensados con un feliz éxito. Yo acepté esta penosa carga como la aceptan la mayoría de los jóvenes: sin conocer su transcendencia ni la inmensa responsabilidad que envuelve. Era un deber, ó mejor dicho, un doble sacrificio: en honor del Sacramento, como católico; en aras de la patria, como ciudadano... ¿A qué hablarte ahora de los sufrimientos sin número que representa un solo hijo? De esas lágrimas derramadas en secreto en el rincón de una alco-

ba; de esas penas que nacen y mueren con nosotros; de esas luchas sostenidas de continuo con acerbo dolor de nuestro corazón; de esos egoísmos incipientes que vemos crecer á nuestro alrededor y que quisiéramos ahogar en su propia cuna...

¡Ah! la vida, la vida, amigo Grañén, ¡qué largo y doloroso calvario!

En cuanto á Felisa, y volviendo á echar una mirada retrospectiva á mi historia, faltaría á la verdad si no te confesara que el desenlace de su aventura marital me preocupó hondamente y por muchos días. Que no una, sino varias veces, me atormentaron durante el sueño fatigosas pesadillas, de las cuales despertaba agitado, cubierto de sudor, falto de aliento, á semejanza del temerario nadador á quien sacan de las olas exánime y medio asfixiado. Sin poderlo evitar, su imagen triste y melancólica se apoderaba de mi cerebro, aun en medio de las dificultades de un negocio ó de la resolución de un problema jurídico que llevaba consigo el porvenir de una familia. Notaba yo, al pensar en ella, que iba subiendo á mi rostro el calor de una gran vergüenza, como si hubiera contraído con la tal mujer alguna deuda ó hubiese cometido ignominiosa cobardía. Y tanto era así, que estuve á dos dedos de presentarme en su casa bajo la apariencia de un antiguo

amigo que iba á ofrecerle el consuelo de este afecto puro y desinteresado. Por fortuna, Felisa desapareció al poco tiempo de Zaragoza, y los años, el estudio, la familia, los intereses, la experiencia de la vida, han borrado por completo la influencia de aquella loca pasión de mi juventud.

—¿Y después... nunca más supiste de ella?—preguntó el compañero del apóstol, arrastrado por esta curiosidad de los espectadores, que quisieran asistir al final de todos los personajes vistos en escena, por más que la vida, en su natural desenvolvimiento, raras veces presenta soluciones rápidas y satisfactorias, á la manera de las comedias ó dramas, con exposición, nudo y desenlace.

Llevóse el interrogado los dedos al labio inferior para cogerlo con suave pellizco, en el entretanto que rebuscaba datos y reminiscias en su memoria.

—Iba á contestarte que no, pero ahora recuerdo que... allá por el año 48 desempeñaba yo la Fiscalía en la Audiencia de Granada... Saliendo una tarde á reunirme con mis compañeros de paseo el difunto canónigo Murillo, pariente del que fué Ministro, don Juan Acosta, uno de los mejores letrados del país, don Joaquín Ferrer, el magistrado Leiva y otros dos amigos, que éramos de los fijos en la Ca-

rrera del Darro, vine á cruzar por una calleja, cerca de la catedral, cuando hirió mis oídos una voz particular de mujer; una voz cuyo timbre me sonaba como música de antaño, y sobre todo, como música conocida. Volví la cara en seguida hacia el punto de donde había partido la voz, que era de un balconcillo abierto de par en par, muy bajo, á la altura del portal, de modo que fácilmente podían verse las personas que estaban en la habitación. En el mismo balconcillo, y detrás de los hierros, había jugueteando dos hermosos niños de unos cuatro á cinco años. Entreteníase el mayor en echar agua fresca sobre el pescuezo del pequeñuelo con un botijito de fino barro. La madre le sermoneaba desde adentro y le decía:

—Currito, ¿dejarás en paz á tu hermano? Si voy yo allá... verás como te remojo el tras con unos azotillos.

Por mera curiosidad crucé por delante y dirigí detenida mirada hacia el fondo. Aunque no con mucha claridad alcancé á distinguir á una señora joven, tendida más bien que reclinada en un cómodo sillón, con un libro abierto en la mano. Ya por la muelle indolencia de sus movimientos como por la palidez excesiva de su rostro, cabía suponer que esta joven y graciosa señora salía de alguna larga convalecencia. Vestía una bata ó túnica blanca que ape-

nas ceñía su talle y dejaba ver la entrada de sus dos brazos finos y redondos. Llevaba también los cabellos en un cierto desorden, sujetos con una redecilla de seda; pero, á pesar de este desorden, había tenido la coquetería de prenderse una rosa encarnada como el fuego en el lado izquierdo de la cabeza. Claro está que no tuve tiempo de examinar su rostro con bastante detención ni con la claridad precisa, á la luz cansada de la tarde, pero no sé por qué se me figuró que sus facciones eran las mismas de Felisa. Para no quedarme en la duda, volví á pasar segunda vez por delante del balconcillo misterioso, aunque sin ningún resultado. ¿Sería Felisa? Fuese ó no la misma, éste es el último recuerdo que conservo de aquella singular mujer.

Las tareas pesadísimas de mi profesión y las atenciones de la familia, no me dejaron tiempo ni vagar para dedicarme á este género de investigaciones. Así es que, aun habiendo residido dos años en Granada, nunca me acordé de preguntar á los bien enterados, ni tuve ocasión de enterarme por mí mismo.

Y ahora vuelvo á mi tema, amigo Grañén, y con la mano puesta en el corazón, me interrogo y digo:—Sin la autoridad de mi padre y sin aquel doloroso aviso del cielo, ¿habría completado mis estudios, ni ingresado en esta

difícil carrera? ¿Hubiera llegado á ser nunca un hombre de provecho, un miembro sano y útil para la sociedad?—Yo creo con algún fundamento que no, y en esto convendrás conmigo. Por lo demás, la vida es una prueba, y nadie tiene derecho á rebelarse contra esas desdichas inesperadas, de cualquier linaje que sean, puesto que todos, grandes y pequeños, pasamos por ellas. Afortunadamente, este gran proceso de la vida no se resuelve aquí en última instancia: nos queda siempre un Tribunal Supremo...

—¡Oh! sí, por fuerza—interrumpió el viejo compañero del apóstol, con la viveza del que siente recrudecerse, al tacto de extraña mano, el dolor de una antigua herida;—por fuerza que ha de haber otro tribunal, donde no pasen los amaños, bribonadas y tunanterías que pasan en los de aquí.

Dicho esto, sacó del chaleco un grueso reloj de repetición, de esos que nosotros llamamos *calderómetros*; enteróse de la hora, y exclamó con infantil naturalidad:

—¡Carape! ¿Sabes tú la hora que tenemos? Pues son las doce de la noche, más de más que de menos. No, y la verdad es que se ha matado bien el tiempo y que maldito el sueño que tengo.

—Yo estoy tan desvelado como si fueran las

doce del día—repuso el narrador,—y debe consistir en el café... Hemos hecho mal en tomarlo, cuando no estamos viciados en esta mala costumbre.

—Á esta hora, ó poco más tarde, podía estar uno durmiendo tan ricamente... Y Dios sabe cuándo te verás esta noche con los ojos cerrados,—añadió San Pedro mirando melancólicamente al otro apóstol.

Cogió este último un cuchillo de la mesa, y golpeando repetidas veces sobre una de las copas de cristal que estaban á su alcance, se dirigió al camarero, que no tardó en presentarse al llamamiento:

—Á ver, mozo, si nos acompaña usted con luz, á la fonda de Guinea. Ya sé que está ahí enfrente, pero á esta hora no se verá mucho.

Levantáronse ambos viejos de las sillas, recogieron sus altas y copudas *canoas*, echáronse sobre los hombros anchos sacos de abrigo, empuñaron recios bastones que tenían forma de *gayatas*, y de esta guisa esperaron al mozo que debía acompañarles. Volvió éste de seguida con farolillo en mano, y precediendo á nuestros dos apóstoles salieron del comedor. Al momento los vi cruzar la vía férrea, subir al andén, caminar unos treinta pasos en vaga oscuridad y penetrar, como dos figuras de linterna mágica, en el iluminado portal de la fonda.

X.

De allí á poco rato yo hice lo propio. Me encaminé á la fonda, pero nunca pude imaginar que mi traza de viajero trashumante, y aún más que todo mi estudiantil pelaje, me diese derecho á un aposento tan bien decorado, con espejo, cortinaje blanco en el balcón, cómodo y limpio lecho, con alfombra á los pies, y nada menos que en el piso principal. Sirvióme de introductora la misma garrida moza que tuve poco antes por simpática representación de la Libertad, en oposición con la vieja bandera del Absolutismo desplegada por el insigne apóstol. Después de colocar el candelero con bujía nueva sobre la mesa, preguntóme la moza si algo más deseaba, y como nada más desease de su servicio, cerró la puerta y me dejó solo.

Abrí de par en par el balcón, que por estar el cuarto en la parte posterior del edificio caía á un espacioso corral terminado por tapias á la derecha y una casuca vieja de dos pisos en-

frente. La noche nubladísima, aunque muy sosegada, convidaba á un profundo reposo; pero yo, que no me sentía con malditas las ganas de dormir, acerqué una silla á la mesa, saqué todo el papel de cartas que llevaba, puse la luz á mi izquierda, senteme con perfecta tranquilidad, eché agua al tintero reseco por el calor del día, y comencé á escribir punto por punto la historia que había oído referir en el comedor. Hay que tener en cuenta, como recuerdo haberlo dicho al principio, que la naturaleza hubo de dotarme de una memoria de las más felices. Á esto debía, al finalizar el curso, aquella hermosísima nota de *sobresaliente*, gracias á la cual pasaba yo por joven aprovechado, sin que el estudio me aprovechara una gran cosa que digamos.

Debido, pues, á esta especial contextura de mi cerebro, puedo asegurar á mis lectores que no se me escapó ni un solo concepto de los fundamentales y característicos que formaron la narración autobiográfica del viajero. Ciertas palabras y aun ciertos pormenores que acaso se extravasaron por la abundancia de la materia, no creo que cambien ni modifiquen el verdadero espíritu, la íntima esencia de esta sencilla crónica aragonesa. Y así como el café, el cambio de las horas, la diversidad del lugar, la presencia de un antiguo amigo, fueron

REESE LIBRARY OF THE UNIVERSITY OF CALIFORNIA

poderosos excitantes para que el viejo apóstol sacara á luz aquella única novela de su vida, del mismo modo vinieron á serlo para mí la apacibilidad de la noche y el vivo interés con que había seguido hasta la conclusión sus más vulgares peripecias. Sentíame ágil y dispuesto, llena la fantasía de los personajes evocados por el narrador, y con el buen deseo de conservar hasta el aroma, si posible fuera, de esa extraña vegetación nacída en el espacio de una velada, á semejanza de aquellas plantas celulosas y parásitas, cuyos esporos germinan en contadas horas.

En uno de los momentos en que me quedé parado buscando la frase pronunciada que parecía escaparse de mi memoria, observé que alrededor de la bujía volaba una mariposilla nocturna atraída por la claridad de mi cuarto al remontarse desde algún árbol vecino. Di un soplo y apagué la luz. Esta repentina oscuridad, inexplicable para el curioso lepidóptero, le debió dejar asombrado, porque aún estuvo revoloteando unos minutos por encima de mi cabeza. Luego agité el pañuelo para decidirle á salir del cuarto; y como no percibiese el menor rumorcillo, encendí de nuevo. Reanudada mi tarea clavé la vista en el papel, recordando por fin aquella maldita frase que se me escabullía.

De pronto, algo cruzó por delante de la llama, que me obligó á levantar la cabeza: era la tenaz mariposa, que mostraba singular empeño en morir abrasada. Molestado por este menosprecio de mis mejores intenciones, permanecí como un bobo con los brazos caídos contemplando aquel girar incesante en busca de la luz, aquel amor ciego y bestial del lepidóptero, que tenía algo de la pasión humana. Dos veces tocaron sus alas en la llama, y aún revoloteó por las cercanías con la pesadez y la torpeza del que corre con un peso superior á sus fuerzas. Cruzó por tercera vez, pero ya no le vi más. En el mismo instante llamóme la atención en la mesa un ruidecillo particular, como el andar de un pájaro sobre el papel. Había caído sobre las primeras cuartillas escritas, y allí se agitaba en intermitentes convulsiones, al igual de un prisionero que forcejea para escapar de las ligaduras de su enemigo. A ratos me mostraba su tórax velludo de color pardo de cuero y sus alas escamosas de visos grises, ya medio secas y consumidas; otras veces, al saltar, quedábase como tumbado panza arriba, y se le veía el abdomen puntiagudo, rayado, negruzco, con sus patillas finas y engarabatadas que temblaban ligeramente, acaso con las ansias de la agonía. En este momento tenía el miserable y feo

aspecto de un inmundo gusano recogido del lodo.

Luego cesó de moverse, y pensé para mí: por fin ha muerto. En su consecuencia, seguí escribiendo hasta acabar la narración, pues presentía que si en esta noche no le daba afortunada cima, ya nunca más hallaría ocasión de poner mano sobre ella. Al poco rato volví á oir el ruidecillo particular de antes, los movimientos convulsivos y desesperados del lepidóptero, que luchaba con la muerte. Hacíame el penoso efecto de un hombre á quien una terrible puñalada deja unos instantes de existencia. Y así concluí esta historia: al resplandor de una bujía que se consumía por momentos y oyendo el ruido del animalejo moribundo, revolviéndose sobre el papel con ese heróico instinto de conservación que nos ata á la vida.

Después de borronear las últimas líneas, abandoné el asiento y me asomé al balcón con ansia de respirar el ambiente de la noche. Una tenue claridad, que semejaba el reflejo de un cielo lluvioso, se extendía por el horizonte hacia mi derecha, mientras la parte opuesta continuaba anegada en opacas sombras sin el centelleo de una sola estrella. El alba debía estar á punto de romper. Oscura y silenciosa, como un escenario sin luces, la campiña de los alre-

dedores dormitaba en un profundo reposo. Allá, más lejos, Miranda, con su caserío de color gris de piedra, apenas visible en las negruras de la tierra, presentaba el aspecto de un rebaño de elefantes inmóviles, rumiando sosegadamente la menuda grama. Aún más lejos, en los últimos términos del cuadro, siguiendo las paralelas de la vía férrea, se distinguía una lucecilla roja como una pupila de fuego, que parecía irse dilatando á medida que acortaba la distancia: era un pesado tren de mercancías que avanzaba con algún retraso y sin gran rapidez hacia Miranda. Este espectáculo me trajo la idea del dulce sueño de la madrugada; y aunque no me sentía fatigado, me dispuse á acostarme, como el único recurso á que puede apelar un viajero joven que se encuentra sin luz y sin penas.

Confundido con los demás compañeros de fonda, á la mañana siguiente, entre doce y una, acudí al comedor. Ya nuestros dos apóstoles, al tenor de la gente madrugadora, habían despachado su cometido en la mesa, y debido á esta circunstancia llegué á enterarme de algunos pormenores interesantes para mí, que conocía algo de su historia. Sin duda que á mis compañeros hubo también de llamarles la atención la vestimenta, carácter y maneras de ambos viejos, y no faltó tampoco quien los

olfatease y conociera, puesto que se dijeron sus nombres al hablar de sus personas. El que yo titulaba San Pedro, por cierta semejanza con este apóstol, era un riquísimo propietario de Corella, llamado don Laureano Grañén, hombre de reconocida influencia en el país, sobre todo entre los labradores, que le tenían por muy zorro y muy ladino, y con el cual se contaba para una junta secreta de *notables* que iba á ponerse de acuerdo sobre la marcha actual del partido. Tales eran, por lo menos, los rumores que corrían, fundados, en su mayor parte, en los antecedentes políticos de don Laureano.

En cuanto al insigne narrador, á quien distinguí con el sobrenombre de San Pablo, se dirigía á Pamplona, en donde residía por esta época su familia, y en cuya Audiencia había sido Presidente de Sala por espacio de cinco años. Pero proclamada y triunfante la revolución del 68, fué de los primeros magistrados que pidieron la jubilación, huyendo de todo cuanto fuera roce y comunicación con la cosa pública.

Ahora, por vía de apéndice á mi viaje, añadiré las siguientes brevísimas palabras. Mis tíos me recibieron en Riverada locos de contento, á causa de las notas de aplicación que llevaba y el buen ejemplo que debía dar á mis

primos, que, entre paréntesis, eran unos excelentes muchachos; pero holgazanes y desaplicados como ellos solos. Por primera vez en mi vida me arriesgué á ir de caza con una magnífica carabina al hombro, una carabina de Lafaucheux que daba gozo verla. Y sea por *mor* de los tiempos azarosos que corrían ó por afición á las armas, muy natural en aquellos temperamentos de guerrillero, reparé yo al poco tiempo que la mayoría de los riveradeños guardaba muy á gusto su escopeta. Cuando salíamos de caza mis primos y unos cuantos amigos, por mucho que madrugásemos, nos costaba ímprobo trabajo tropezar con un pájaro de cuenta, es decir, con un par de perdices, una codorniz, unas tórtolas, cualquier *cogullada*, una chocha ó una tanda de tordos. El caso no era para menos ni debía asombrar á nadie, porque bien tirásemos hacia el monte ó bien nos detuviéramos en las viñas, siempre nos encontrábamos con un sinnúmero de cazadores que amanecían por todas partes como los hongos, al pie de una carrasca, detrás de un castaño, al lado de un espino, ó entre dos recias matas de romero. Y naturalmente, en buena aritmética, resultaba que enfrente de tantísima escopeta, las pobres aves debían estar en una aflictiva minoría.

Hasta tres meses después no tuvo noticia mi

padre de estas expediciones cinegéticas; pero en cuanto me echó la vista encima, el día que llegué á Zaragoza, me dijo que no era para todos los *jovenzanos* eso de meterse á cazador de primeras á buenas; además de que á mi madre, que era en extremo cavilosa, todavía no le había salido el susto del cuerpo desde el día que lo supo.

XI.

Han transcurrido ya trece años desde aquella señalada época veraniega. Al hojear hoy de nuevo estas incorrectas páginas de un estudiante, parécenme, aún más que en aquel tiempo, anacrónicos y fuera de lugar los personajes dibujados en ellas. Veo, sin embargo, cómo tornan á vivir y resucitan llenas de color las viejas figuras que pasaron ante mis ojos, y no hallando que el cuadro corresponda á los retratos hechos, busco la explicación de este fenómeno moral en la misma agitación y barullo de la época. La idea revolucionaria penetra como un torbellino en los mundos pequeños y familiares que todos conocemos, y remueve hasta el fondo esta sociedad española, más apegada que ninguna otra de Europa á la santidad del cocido, es decir, á las cosas rezadas y sabidas. Este tremendo combate de las ideas, una segunda guerra civil, las pasiones desencadenadas, los acontecimientos ilógicos, precipitados, sin cauce ni tregua alguna,

sacan de su ordinaria escena á los hombres más metódicos, oscuros y llenos de preocupaciones, á esos hombres que, al igual de los crustáceos, viven en profundidades tenebrosas ó en orillas solitarias, lejos del movimiento ascendente de nuestro siglo. Y sucede que, al estallar la tormenta, éstos mismos, por tímidos que sean, invaden las calles y se alzan de pies para ver pasar á los alborotadores de enérgica y dura fisonomía, y oir la voz de los tribunos que, transformándose de repente en hombres de Estado, van á dirigir los destinos de la nación. De aquí el tropezarse con situaciones inverosímiles, ó con personajes que llevan como estampado y adherido á su manera de ser el carácter, el sello histórico de una época que pasó para no volver, pero bajo cuyo imperio, ideas y sentimientos todavía se agitan y respiran.

Por lo que toca á la presente historia, novela ó llámese como se quiera, bien desearía yo acrecer su interés, añadiendo alguna bonita aventura ó tejiendo una más complicada trama; pero mi conciencia de sincero narrador no me lo permite. Unicamente, por ser el primero que la saca á luz, me atrevo á bautizarla con el título caprichoso que lleva, si bien con el temorcillo y sospecha de no haber acertado. Ateniéndome, como buen cristiano, á las tra-

diciones bíblicas, creo que la verdadera felicidad del hombre anidó en el Paraíso; pues bien, deduzco yo de esta creencia que, así como aquella envidiable dicha tenía su cortapisa, la de comer manzanas dulces, de igual manera cualquier estado feliz en que nos hallemos habrá de traer consigo una traba, restricción ó inconveniente que anule parte de ese dichoso estado. Esta nota de lo imperfecto y restrictivo, es la característica de toda obra humana, contando con que la felicidad es también obra propia y exclusiva del hombre.

Consideradas las cosas de este modo, vuelvo los ojos al personaje que acaba de historiar los sucesos de su vida: le veo joven y vigoroso como un antiguo atleta, cogido en las vastas redes del amor por una de las más donosas y apasionadas hijas de Eva; le veo con bastante ingenuidad y pureza de sentimientos para ser feliz y con las creencias indispensables para que el respeto impuesto por la familia se convierta, por necesidad, en ese impedimento, condición ó traba á que me referí hace poco.

¡Ah! si por un instante lograra convertir mi pluma en el maravilloso pincel de Velázquez, habríais de darme la razón cuando os lo pintara acompañado de Felisa en alguna de sus campestres correrías. Yo los distingo desde luego recorriendo las pintorescas márgenes del

Gállego; atraen mis miradas con encanto sus trajes típicos, anticuados, de más carácter y de colores más vivos que los nuestros, sobre todo el de ella, trajes y personas que Goya, otro insigne maestro aragonés, trazaría con dos manchas sencillas, pero brillantes y ricas en matices. Estas manchas llegarían á obtener por la fuerza del dibujo, por las actitudes de los amantes colocados en el paisaje, por el ambiente moral que sólo á los grandes artistas es concedido expresar, esa transfiguración inexplicable, por la cual sabemos lo que esos personajes representan y sienten. ¿No es la verdad artística la única conductora de la simpatía? Por eso simpatizamos con ellos, porque comprendemos su felicidad al verlos cruzar solos y contemplativos bajo el fresco ramaje de los álamos, buscando entre retamas, espinos, romeros, hierbajos innominados y espesísimas mimbreras, opulenta vegetación de aquellos sotos, un sitio cómodo y ameno donde reposar, dar rienda á su imaginación y entretejer temores con esperanzas.

En el fondo del cuadro, la corriente del Gállego, que forma á veces por la anchura del pedregal, apacibles remansos, toma el color mate del acero con reflejos azules; pero si se levanta la vista, al través de las ramas entrelazadas, se divisan los campos de trigo de un

amarillo tostado, los tonos terrosos de algún caserío, los verdes intensos, plácidos y variadísimos de los sembrados, y encima de éstos, hacia los confines del cuadro, sobre masas oscuras y verdosas, las líneas de un gris azulado de los montes que aparecen á lo lejos como una caprichosa valla de lapizlázuli, levantada sin orden ni concierto por los campesinos. Algo más arriba un cielo de Junio claro y limpio, aunque iluminado por las flechas de oro del Poniente, anuncia con sus fulgores rojos y su transparencia de ámbar otro sereno día de primavera. Para el que ama bien y ama fuerte, ¿no es éste un rincón del Paraíso?

Después que los dos amantes han abandonado este solitario rincón, al salir de nuevo al camino, ven las innumerables cúpulas de los templos y las esbeltas torres que descuellan con legendaria gallardía sobre el macizo recinto de la ciudad. Aún están en pleno campo. Pero al atravesar las calles, oscurecidas por las primeras sombras de la noche, debe sentir Alberto que la sombra de su padre, todavía más densa, empieza á ennegrecer sus esperanzas. El temor entretejido con estas esperanzas llena toda la urdimbre, enfría los ardores de la pasión, turba su dicha y le obliga á pensar en el deber.

Apuntando alguna idea sobre el joven Al-

berto, no es posible pasar por alto la influencia de su padre, que bien podemos decir que es todo un padre y señor mío. Figura que se mueve en la sombra y habla poco. Sin embargo, conocéis la inmensa amplitud de su autoridad, que tiene para el buen catador sus dejos y saborete de aquella terrible *potestas* romana que anulaba la personalidad del hijo. Educado Alberto en esta escuela de extremado rigor, no conoce con claridad su extensión, ni se atreve á discutir los actos de su padre, ni á estudiar su plan de batalla, contribuyendo también á ello sus ideas religiosas y el profundo respeto con que lo mira. Y á la verdad que es magnífico este plan de batalla con que ataca, vence y maniata al rebelde. Ya habréis visto cómo echa mano del amigo íntimo para aconsejarle, cómo le amenaza, le pone cara *feroce*, le señala las horas en que ha de retirarse y cómo le coloca en un manso entredicho, aislándole en cierto sentido de la familia.

Después que la escapatoria y la caída del hijo le revelan la fuerza viva y persistente de la pasión, se resuelve á casarlo, pensando para sí: «¿Necesitas mujer? Pues yo te la daré.» Y en efecto, le abre el camino que ha de conducirle al pié del altar, sin que Alberto recele nada de aquella tan admirable coincidencia de encontrarse frente por frente de la única mujer

en quien había fijado sus ojos. Por fin, éste entra en relaciones con Engracia Benedicto, y aunque el drama presentido y realizado en casa de Felisa despierta en su corazón gérmenes dormidos, ya el tiempo, bálsamo eficacísimo, y la carencia absoluta de trato, han cicatrizado su herida, por lo cual á nada se decide.

Felisa, la mujer que con tanta franqueza se descubre y ama, debe ser otra figura simpática á los ojos de los lectores jóvenes. No ha comprendido Alberto, sino de una manera confusa y como por instinto, la originalidad, el carácter, el temperamento de este delicioso tipo femenino. Para un estudio fundamental nos faltan también los datos fisiológicos, cada día más importantes, por lo cual el retrato de la mujer resulta incompleto, á nuestro humilde juicio. Ciertamente que no peca de vulgar la que, engañada en sus ilusiones de soltera, rechaza por dos veces las pretensiones del hombre que fué su marido, comprendiendo que entre el carácter extravagante y atrabiliario de éste y la delicadeza apasionada de su corazón, unida á la cultura de su espíritu, media un abismo que ningún sacrificio puede llenar. Entiende, que la paz y la concordia selladas en común no habrán de ser nunca más que una efímera tregua de cinco, siete ó nueve meses.

Su marido viene á ser como un oso hecho hombre, con la inquieta imaginación de un chorlito. Por lo tanto, ¿á qué cansarse en vano?

No cabe, pues, alianza entre la fuerza loca que no reconoce límites á sus caprichos, y la gracia de una á modo de infancia prolongada tan viva en sus aborrecimientos como impetuosa en sus amores. Esta tenacidad del odio llega hasta el extremo de admitir en apariencia un nuevo amante, antes que abrir las puertas de su casa al recién venido esposo. De aquí surge el drama, ó sobreviene el conflicto, como decimos ahora, que es el choque de dos furibundas pasiones; y aquella gentil y encantadora mujer, que hubiera labrado la felicidad de otro hombre, desaparece de la escena llevando como única sombra y remordimiento la desdicha del amante que muere en su defensa. Y no obstante, es una figura tan humana, tan femenina y apasionada, que la imaginación del espectador la ve partir de la escena con tristeza; quisiera que la mujer que divisa Alberto en Granada, en el fondo de un entresuelo y al través de los hierros de un balconcillo lleno de macetas de flores, fuese ella la propia Felisa, casada y dichosa en medio de aquellos dos hijos concedidos al último amor.

Los demás personajes son ya demasiado se-

cundarios para que debamos insistir sobre ellos. Pero antes de dar fin al relato, deseo comprometerme con una solemne promesa; y es que si mis lectores acogen con benevolencia las presentes páginas, que un antiguo compañero mío de estudios publica bajo su cuenta y riesgo, me atrevo á asegurar que no serán las últimas que arranque de mi legajo de estudiante. Esto significaría, á mi entender, que el juicio formado acerca de los hombres y las cosas que he conocido, no va tan descaminado ni se presenta tan desnudo de *miga*, que merezca el más estupendo y soberano desprecio. Pues en estos tiempos premiosos y perturbados que corremos, fuerza es repetir con frecuencia la frase de aquel pordiosero ciego que, no contando en su penuria para el cambio de dos cuartos, exclamaba muy compungido:—¡Qué desgracia! Hasta para pedir limosna hay que tener dinero,—la cual frase puede muy bien traducirse y servir á nuestro propósito, diciendo que hasta para tener ingenio se necesita *buena sombra* y no poca fortuna.

BALTASAR BESCÓS,
Licenciado en Derecho.

BOCETOS

EL EQUINOCCIO DE OTOÑO.

I.

Cuando Alejandro entró en su despacho, ya en el fondo de la chimenea chisporroteaban recios troncos de encina en medio de intermitentes llamaradas que iban envolviéndolos por ambos costados. Y sea porque acabara de levantarse, ó porque la temperatura del cuarto se mantuviera muy baja todavía, sintió un ligero escalofrío en la espalda apenas se dejó caer en uno de los dos sillones de yute de apagados colores, puestos á uno y otro lado de la chimenea. Luego tuvo pereza hasta de alargar la mano y coger el libro que había quedado abierto desde la noche anterior sobre la mesa. Aunque, bien considerado, no era pereza, sino cierto estado de su espíritu que venía á paralizar la voluntad en el momento en que se iniciaba el menor deseo con esta improvisada serie de reflexiones: ¿Y para qué cambiar de postura? ¿Qué satisfacciones te proporciona?

¿Qué beneficios grandes ni pequeños te reporta? ¿Cuáles serán las consecuencias de no continuar tu estudio? El mundo seguirá su marcha lentamente sin que tus actos intervengan para nada. Y acudía á su memoria una paráfrasis del dicho de Bossuet: «El hombre se agita, pero las cosas se mueven por sí solas.» ¿Qué energía, por grande y poderosa que aparezca, podrá retardar ni acelerar el curso de los acontecimientos humanos? Ninguna.

Reflexionando sobre esta impotencia desconsoladora en que se halla el hombre entregado á sus propias fuerzas, oyó de improviso el ruido de un carruaje que debió parar á la puerta de su casa. Unos minutos después sonó el timbre y se presentó el criado para anunciar á don Máximo Álvarez Güemes. No le extrañó á Alejandro su presencia á esta hora de la mañana, porque don Máximo, como médico y hombre de estudio, solía madrugar algo más de lo que acostumbran los honrados madrileños. Además, era amigo, mediaba entre ambos gran intimidad, y claro es que á cualquier hora del día había de recibir su visita con agrado.

No venía en esta ocasión como médico, sino á recomendarle un asunto del Profesorado que correspondía á una de las secciones del Ministerio de Fomento, donde Alejandro Bárce-

na, como empleado de alguna categoría, hombre político y antiguo periodista, tenía valiosas influencias. Sin embargo, lo encontró tan decaído y preocupado, á pesar del constante buen humor que había sido su mejor musa, que una vez sentados y encendidos los cigarros, después de indicarle el objeto de su venida, le interrogó sobre su salud de un modo indirecto, como sabe hacerlo un amigo:

—Conque, amigo Bárcena, ¿cómo se vive por estos barrios? Esto es un poco solitario, un poco triste, pero es sano: aires puros, buen sol, buena ventilación... Supongo que estarás satisfecho del cambio.

—Si he de confesarte la verdad—repuso Alejandro,—aquí seguiré, porque tanto monta vivir en este extremo, como en el otro y como en el centro de Madrid. Para mí no existe ninguna diferencia.

—Entonces, no comprendo por qué dejaste la calle de Preciados por la soledad del Barrio.

—Pues es muy sencillo. Hace diez meses me preocupaba la elección de un sitio retirado y á propósito para los trabajos de gabinete. Ahora, sin saber por qué, lo mismo esto del sitio que otra porción de cosas, me tienen completamente sin cuidado. Nada, maldito lo que me interesan, ya te digo. Y más todavía: de todo

cuanto pasa en el mundo se me importa un comino. Amigo Güemes, la hora de la decadencia ha sonado para mí, ó yo no lo entiendo. Escribo, leo, estudio, voy y vengo de la oficina, obro y hablo como un autómata, sin interés, sin ambición, sin ningún género de estímulo. A semejanza de aquél que ha caído en un pozo, yo caí en una lastimosa indiferencia. Si esto no es una enfermedad, es la cosa que más se le parece. Nada me falta, aunque eche de menos multitud de caprichos. Con una posición desahogadísima, soltero y sin obligaciones, he disfrutado del mundo como cualquiera de mis semejantes, y aun mucho más que la inmensa mayoría, porque me he reído de todas las vulgaridades y ridiculeces humanas sin haber pasado por ellas. Y no obstante, hay ratos en que siento un cansancio enorme, ó un enorme vacío, algo así como el principio de una anemia moral que me imposibilita para las funciones más comunes y fáciles de la inteligencia. ¿Estaré realmente enfermo?

—Tú habrás cumplido los cuarenta y siete... —acentuó Álvarez Güemes echando el cuerpo hacia adelante, aunque con la naturalidad del que cambia de posición para observar de más cerca el rostro de su amigo. Este rostro de una severa pureza de líneas, escueto y descarnado, teniendo por remate una cabeza esbelta,

algo abovedada y escasa de pelo, que recordaba, á cierta distancia, el busto simbólico y expresivo de Julio César; este rostro, decimos, revelaba al sagaz observador la vida agitadísima del hombre político, los placeres refinadamente caprichosos del soltero rico y las vigilias forzosas y prolongadas del periodista que tantas veces ha visto despuntar el día con la pluma en la mano, aterido de frío y de cansancio. Y en aquel momento, hasta el recio gabán de color de tierra en que estaba envuelto nuestro personaje parecía destinado á envejecerlo, porque era una nota fría de color que le robaba la escasa frescura y animación de su fisonomía. Así que, no cuarenta y siete, sino muchos más de cincuenta aparentaba al primer golpe de vista. Sin embargo, él mismo repitió con serena voz la fecha:

—Cuarenta y siete y... meses. Qué, ¿será una vejez prematura?

—Eso debe ser lo que un amigo mío, curioso observador de los fenómenos morales, llamaba *el equinoccio de otoño*.

—¡Diantre! ¿Con qué se come eso?

—Yo te explicaré ese fenómeno de la manera que él lo veía, y tu buen juicio comprenderá de seguida lo que hay de exagerado, de falso ó de imaginativo en sus pormenores. Creo, sin embargo, que en el fondo existe mucha

verdad, y convendrás conmigo en que el tal observador no era rana.

—Convendré desde luego en que ese amigo tuyo sería todo un señor pez, con tal que me dé alguna luz sobre esta preocupación mía.

—No me negarás—continuó don Máximo,—que en la naturaleza humana, lo mismo que en la física, se presentan fases, períodos, evoluciones, que llamamos críticas, porque señalan una tendencia nueva, ¿no es eso? Pues bien, el hombre-cabeza, tipo característico de este cuarto de siglo que atravesamos, no vive más que de ideas. En su juventud carece generalmente de pasiones: son vicios más ó menos costosos los que le aprisionan, los que le seducen, los que le detienen en su camino. Pero aun suponiendo que alimente una gran pasión, trata al momento de sofocarla como una fiebre intensa, con la cual no se va á ninguna parte: es un estéril episodio de la vida, y nada más. En las otras fiebres, que revisten formas de pasiones, no entra para nada la sangre. Tales son la ambición política, la fiebre del dinero, la de crearse una posición brillantísima, este afán de comodidades y refinamientos sociales, este furor de aparentar riquezas y boato que no existen... Y no obstante, repara tú cómo todo esto lanza al hombre-cabeza á la lucha, al agiotaje, á los grandes negocios, al estudio

de los medios reprobados, á una excitación cerebral continua, á un estado excepcional que se caracteriza por un consumo excesivo de fuerza nerviosa. La vida tomada de este modo, no es la posesión pacífica de sí mismo, sino un desordenado derroche de todas nuestras facultades y energías. La máquina se lleva á todo vapor. Por regla general, este hombre-cabeza no se casa.

—Hay muchas excepciones, amigo Güemes.

—Ya digo que por regla general. No se casa, ó si se casa vive fuera de las grandes afecciones de la familia. Al frisar en los cuarenta, nuestro terrible otoño, y algunas veces antes, la tendencia al equilibrio se impone como una legítima necesidad. Se le ha dado todo al cerebro, y el corazón, es decir, los sentimientos reclaman también su parte. Son contadísimos los hombres que se escapan y salvan de la influencia de este secreto equilibrio reclamado por la naturaleza.

—¿Me permites una observación?—preguntó Bárcena incorporándose perezosamente en el asiento.

—La que gustes. No creas que se trata de un discurso.

—Cuando hablaste de ese equilibrio que aparece en la madurez y se impone como una necesidad, me ha dado en la nariz un cierto

olor de propaganda... No sé por qué se me figura que ese amigo tuyo no iba de buena fe en esto del equinoccio.

—¡Hombre, por Dios! ¿vas á dudar hasta de lo más inocente?

—No; me explicaré. Al decir de buena fe, me refiero á que bien pudiera ser uno de estos *burgueses* de cortos alcances, que entretienen el tiempo aconsejando á los demás que acaben por hacer lo que hicieron ellos. Estos hombres te citan hechos que por lo regular son invenciones, te explanan teorías que no son suyas, y como su objetivo es el preparar las gentes al santo matrimonio, todos los medios les parecen excelentes. Conozco, pues, el resorte. No bastando hoy por hoy la moralidad sola para convertir á los infieles, apelan á la higiene, á la estadística, á la medicina, en fin, á cualquier cosa de esas que tengan algún viso científico.

—No se trata de apelar á nada, vamos—repuso Álvarez Güemes con la gravedad que solía tomar á la cabecera de los enfermos.—Cuando este amigo me comunicaba sus observaciones, no era todavía casado.

—¡Ah! pero después...

—Déjame concluir. El fenómeno lo estudió primeramente en sí mismo; luego, generalizando, pasó á observarlo en la inmensa mayoría de

sus amigos. Había vivido en los azares de esta política española que no tiene pies ni cabeza, y alejado por completo de todas las afecciones de familia. De repente, un día se encontró atacado de un cansancio particular, de un aburrimiento sin nombre, que le puso en el caso de estudiarse con alguna detención, como el individuo que se siente con los primeros síntomas de una hepatitis.

—No sería médico ese amigo tuyo.

—Un simple aficionado, un verdadero amante de la ciencia, como todos los grandes observadores de este siglo que estudian al hombre. Además, era de un carácter alegre, burloncillo, un poco escéptico; hombre que no perdonaba, para sazonar con pimienta sus teorías, las flaquezas del prójimo, y aun menos las de las prójimas. Según él, la mujer tenía que ser forzosamente muy *rematada* ó muy boba. En esto no admitía término medio. Y en todo caso prefería las perfidias de las equívocas, á la santa ignorancia de las tontas. Esta santa ignorancia de las trapacerías del mundo, que algunos padres de familia ponderan tanto, le ponía furioso. Y sin embargo, al cumplir los cuarenta y cinco inviernos, nuestro amigo varió de modo de pensar de los pies á la cabeza. Él, que era alegre, tornóse triste; él, que desconfiaba del bello sexo, se abonó á media do-

cena de reuniones; él, que había proclamado la soltería como de rigor para los hombres políticos, acabó por casarse. Ahora, amigo Bárcena, apunta este detalle, que es de primer orden. Por regla general, los marrajos de cierta edad buscan jovencitas tiernas: él buscaba también una mujer joven que le llevase la virginidad del alma, la frescura de las impresiones sociales, el pudor de la que no ha sido estrechada en los bailes por los abrazos de cinco mil solteros; en fin, una muchacha honesta y recatada, digna mujer de su casa. Pues bien, encontró lo que deseaba; pero este prodigio de la floricultura doméstica era tonta de remate.

—¡Oh! ¡oh! ¡hay Providencia!—exclamó Bárcena después de aplicar dos palmaditas á las rodillas de su amigo;—pero mucha Providencia.

—Nuestro hombre no podía presentarla en ninguna reunión que no fuese de completa confianza. Estando en conversación, cualquier idea nueva, original, de esas de punta, le causaba á la jovencita una espantosa hilaridad; soltaba la carcajada, es decir, las carcajadas, porque en empezando no sabía acabar, y se reía y se reía como una boba.

—Naturalmente, como lo que era.

—Esta es la parte fea y ridícula de la co-

media; pues, como toda obra humana, tiene su anverso y su reverso. *Femina duplex...*

—Yo diría: *Femina anguis.*

—Espera, espera; no hay que precipitarse. El anverso lo constituye el mejoramiento del amigo que recobró su buen humor, que tuvo un hijo hermosísimo y es feliz dentro de su casa. Habrá algunos que se reirán de la simplicidad, ó más bien, de la ingenuidad de su mujer; pero él se venga burlándose de la malignidad de los necios. Porque, créeme, amigo Bárcena, son necios todos los que, dándose aires de suficiencia, suponen el engaño sin haberlo visto.

—Pero ¿no quedamos en que era tonta?

—*In illo tempore*, como dice el Evangelio. Y vamos por partes: á cierta edad, que no está determinada por el Catecismo, la mayoría de las jóvenes padecen achaques de bobería. Esto es muy natural, dado el ambiente social en que vegetan; pero luego, en cuanto ellas se orientan, no se encuentra una boba ni por un ojo de la cara. Claro es que las hembras instruídas y cultas escasean en nuestro meridiano; que el buen juicio y la sensatez no suelen ser sus principales dotes; pero en lo referente á su negocio, á la propia conveniencia, á la vida de la familia, te aseguro que saben lo bastante.

—Bien, hombre, no niego que haya buenas truchas; pero yo vuelvo á lo otro. Me escamó un poco aquello de los necios; ¿no era una alusión, amigo Güemes? —preguntó Alejandro sonriendo maliciosamente.—Porque hay cosas que no necesitan verse para...

—No aludo á nadie—repuso el doctor con la misma seriedad de antes, puesto ya de pie y en actitud de despedirse;—pero la amistad debe ser franca. Aun á riesgo de que te parezca ridículo, protesto con todas las fuerzas de mi alma contra esa ligereza de juicio, que ha llegado á ser el santo y seña de ciertos escritorzuelos ingeniosos que nunca se elevarán á talentos. Y protesto contra éstos, porque son desgraciadamente los que más influyen en la opinión general. Después, lo lógico es que lamente de todas veras el que entendimientos nobles y robustos, como el tuyo, sufran el contagio.

—¡Qué contagio ni qué calabazas! Puesto que lo tomas con tan buena fe, te voy á contestar con la misma ó parecida. Volvamos al ejemplo de tu amigo Laporta. Por excesivo optimismo con que juzguen las cosas de este planeta, ¿crees tú, en buena lógica, que Laporta sea feliz en su matrimonio? Quisiera filtrarme como un cuerpo líquido; introducirme milagrosamente, como el Comendador, por las paredes de su casa, y oir sus disputas, y atisbar

sus malas caras, y profundizar en sus odios, y sorprender su eterna desventura. Te digo que es imposible que un hombre de entendimiento no maldiga mil veces, á cada minuto, el lazo que le obliga á soportar la carga de una imbécil.

—¿Y qué contestarías si te dijera, queridísimo teórico, que yo mismo, Máximo Alvarez Güemes, entrando en la casa como médico, he observado el acuerdo con que marchan?

—Contestaría—repuso Bárcena abandonando el cómodo sillón y poniéndose de pie como su amigo,—contestaría que existe un espejismo social, como el espejismo que se produce en las llanuras africanas, gracias al cual acostumbran á verse engañados hasta los más listos; contestaría que la comedia del matrimonio es la mejor desempeñada de todas, porque á todas horas del día se representa; y por último, que un hombre de talento encuentra suficiente compensación en salvarse del ridículo para no sacrificarle las legítimas espansiones de la amistad.

—¿De qué modo lograría probarte lo contrario?—preguntó Alvarez Güemes, llevándose la mano á la frente y quedando en la actitud del que reflexiona profundamente.—A peso de oro pagaría yo con gusto una carta, una revelación, cualquier papel ó documento interesante que nos sirviera de prueba.

—Sería preciso que poseyéramos un fonógrafo especial, invisible ó poco menos, pero de extraordinaria potencia, y que, colocado en la habitación de los esposos, pudiera después repetirnos sus conversaciones más reservadas y secretas. ¿No te parece una bonita idea la del fonógrafo?

Sin dejar de reflexionar Alvarez Güemes puso la mano sobre el brazo de Alejandro y le contestó á su vez:

—Me parece admirable, pero voy á la zaga de otra mucho más realizable. ¿Tienes una persona de tu confianza y bastante discreta para encargarse de una comisión que nos sacaría de dudas?

—¿Una persona de mi confianza?... Antonio, mi criado...

—Justamente, Antonio. Es un muchacho listo, prudente, reservado, que siempre me agradó. No me acordaba de semejante pícaro. ¿Y por dónde anda ahora?

—¡Cómo! ¿Ya quieres enterarle?... ¡Qué diablo de viveza!... Calma, doctor, calma. Estudiemos nosotros ese medio, que si el medio es bueno... tiempo sobrará para realizarlo.

—Es verdad; soy un poco impaciente... me conozco. En fin, iba á decirte que la casualidad es á veces tan oportuna que espanta aun á los más despreocupados. Figúrate que el ami-

go Laporta me ha repetido en dos ó tres ocasiones que nos hemos tropezado en el tranvía este mismo encargo: cuando tenga usted noticia de un criado de buenas cualidades, mándelo usted á casa. ¿Ves qué coincidencia? Y ahora me ocurría que la ocasión no puede ser más propicia. Yo recomiendo á Antonio al amigo Laporta. Tú le previenes con anticipación para que observe con la mayor cautela la intimidad de los cónyuges. No hay necesidad de ponerle al corriente de nuestro litigio, ¿no te parece? Si tú tienes en él completa confianza, á mí me basta eso. Por mi parte, confío en tu imparcialidad como confiaría en la de mi hermano.

—Aceptado. No se hable más del asunto—afirmó Alejandro Bárcena frotándose las manos como el que acaba de realizar un buen negocio.—He aquí algo nuevo que me saca de mis casillas, es decir, de este incomprensible aburrimiento, de este equinoccio de otoño, como le llamaba el señor Laporta. En cuanto recibas las primeras *bombas*, me avisas por el correo interior. Antonio irá á hacer su papel por un mes, dos meses ó tres, ó lo que sea preciso.

Álvarez Güemes le tendió la mano en señal de despedida, y ambos amigos salieron juntos del despacho. Cuando volvió Bárcena, pocos minutos después, ya parecía otro hombre: Cé-

sar viniendo vencedor de las Galias, aunque no por eso dejó de arrellanarse en el sillón, dominado por aquella singular pereza, compañera inseparable de la hipocondría. No obstante, el plan se llevó á cabo tan perfectamente, que á los quince días justos Antonio se hallaba admitido como criado en casa del señor Laporta. En la vida privada de éste no había misterio grande ni pequeño que necesitase la reserva de todos los momentos, por cuya razón pudo observar Antonio su régimen, estudiar su carácter, escuchar detrás de las puertas los altercados entre marido y mujer, y llegar por este camino hasta donde alcanza una persona extraña.

II.

Pronto transcurrieron dos meses. Si se alargó algún tiempo más el término de prueba, fué porque el señor Laporta no sospechara lo más mínimo de esta chistosa trama. Por último, hubo que recurrir á una fingida fiebre que postró en cama al criado, y que sintiéndose, según les dijo, enfermo de mayor gravedad de lo que ellos creían, decidía volver á su país para recobrar la salud por completo. De este modo logró salir de casa del señor Laporta sin des-

pertar el menor recelo. Acaso el mismo aspecto de Antonio, que era un muchacho flaco y descolorido, de éstos que pueden muy bien pasar por enfermos crónicos, contribuyó á dar extraordinaria apariencia de verdad á su fingimiento.

Había empezado la primavera. Alejandro estaba una mañana en su despacho hojeando unos libros recientemente publicados, cuando le sacó de su entretenimiento la voz de su amigo Güemes. Corrió de seguida á la puerta, y pronunció la sacramental palabra:

—Te esperaba hoy mismo. Ya sé que ayer estuviste de consulta y no te fué posible escaparte.

—¡Ah, gran tunante! te encuentro más animado que de costumbre. Tú debes tener noticias...

—Ninguna. Y no seré yo quien te lo pruebe.

Diciendo esto tocó el timbre de la mesa, y se presentó el criado con su cara escuálida y larguirucha de inteligente lebrel. Bárcena indicó con la mirada al doctor, y añadió:—El señor Álvarez Güemes sospecha que me haya adelantado á tomar noticias de lo que debe ser un secreto todavía.

Antonio afirmó muy seriamente que no se había hablado ni pizca del asunto, y que la prueba continuaba como cerrada y sellada

para ambos contendientes. Dióse don Máximo por convencido después de tan rotundas afirmaciones, manifestando que estaba dispuesto desde luego á escuchar la sentencia. Concedida la palabra por Alejandro á su criado, éste pudo empezar la historia de su desempeño:

—El señorito—dijo Antonio volviéndose á Álvarez Güemes,—antes de entrar me aconsejó que procurara intimar con la cocinera, que lleva tres años en la casa, y algo sabría de... lo que allí se guisara. La cocinera era una vizcaína de unos veintitrés años, fresca, apetitosa, con una cara de cielo que no había más que pedir. Comencé á decirle chicoleos, y aunque tenía su novio en Durango, no por eso dejó de mirarme con buenos ojos. Después, ya la pellizcaba en el brazo...

—Vamos, vamos, haz favor de abreviar y no te metas en dibujos—interrumpió Alejandro con alguna aspereza, —que no estamos ahora para perder tiempo.

—Dispense usted, señorito... es que charlando de lo bueno se me olvidaba lo principal. Pues voy al caso. Por lo mucho que he guipado, y por lo que me contó la cocinera, yo creo que los señores de allá se quieren como dos animales, salva la comparación. Ella es un pedazo de pan, de pan de Viena; pero á mí me parece demasiado sosa, *ni fa ni fu*, para

veinticinco años que ha cumplido. En cuanto se sienta en el sillón, le entra un *déjeme usté estar*, que no hay Cristo que la levante. El señorito es otro carácter. Yo, por lo que oí hablar á unos y á otros de los que van á la casa, me huelo que el tal hombre ha debido ser un pillo de playa de primera.

—Salva la comparación,—añadió Alvarez Güemes.

—Sí, señor... salva—repuso el criado mirando atentamente al doctor, que le escuchaba con la cabeza inclinada.—Pero la verdad se ha de decir: la verdad es que el señorito no hace nada en la casa sin consultarlo antes con la señorita. También yo le he escuchado desde la alcoba del gabinete que tiene puerta de escape, y me hacía mucha gracia esta *filadelfia*. Entra, y dice:—Oye, Mercedes, porque la señorita se llama Mercedes, ¿qué te parece que hagamos con esto? No sería conveniente tomar la embocadura por la izquierda?... Entonces resultaría esto, lo otro y lo de más allá. Pero si la tomamos por la derecha, va á resultar lo contrario. ¿Crees tú lo más acertado lo primero ó lo segundo?—Y así está mi hombre una hora. Lo chistoso del caso es la paciencia que tiene. Una tarde, por no sé qué visitas de pésame que habían de hacer juntos, hubo sus palabras entre marido y mujer, y vinieron

bastante enfadados de la calle. Era esto al oscurecer. Recuerdo que, como la señorita se halla en los primeros meses de embarazo, se sentó en la *marquesita* sin desnudarse. Yo me colé por la puertecilla de escape á la alcoba, y me puse en acecho. Había olido un poco á chamusquina, y... claro... Pero, ¿querrán ustedes creerlo? Después de sacar otra vez la cuestión de si había necesidad ó no la había de hacer la visita, de si era temprano ó era muy tarde, de si patas arriba ó patas abajo, él se tumbó al lado de la señorita, y le dijo estas mismas palabras:—Tienes razón, mujer. Debí comprender que en ese estado había de causarte mil molestias el subir sesenta y cinco escalones; que el cansancio te pondría de mal humor; que lo mismo sería volver mañana... Nada, chica, que soy un rinoceronte y no sé que merecía por dejarme llevar de mi genio. Dispénsame, Mercedes, dispénsame por la presente. Yo te juro que no volverá á suceder. ¿Pero ves con qué facilidad un hombre obcecado degenera en un hipopótamo? ¿Me perdonas, queridita mía?—Luego la abrazó repetidas veces, y le propinó unas cuantas carantoñas hasta conseguir que la otra se sonriera y le contestase bromeando: —No seas tonto, ni te preocupes de semejante pequeñez. Después de todo, el paseo me conviene. Verás

tú con que apetito me como mi ración de langosta. — *¡Caráspita!* ¿tenemos langosta? ¡Oh placer! pues doblo, doblo, quiero decir, que añado mi apetito al tuyo—exclamó el marido saltando en la *marquesita* como un chiquillo delante de una caja de bombones de la Mahonesa. Y así como esta agarrada he visto otras muchas, donde mi hombre ha cantado la palinodia como cualquier pacientísimo paleto. Yo creo que el señorito está un poco chiflado.

—No es mala chifladura la que tiene—repuso Álvarez Güemes mirando de reojo á su contrincante.—El caballero Laporta es feliz en lo que cabe, porque no ha olvidado dos reglas generales que confirman las raras excepciones que se encuentran. Primera: la mujer es el animal bimano más educable que se conoce. Segunda: la imbecilidad de las hembras no es absoluta más que en los casos de enfermedad mental, idiotismo declarado ó en las desviaciones monstruosas de la naturaleza. Estas desviaciones son también raras y constituyen lo que llamamos fenómenos. He vencido, amigo Bárcena; pero no quiero abusar de la victoria.

—Ya puedes irte—dijo Alejandro á su criado. — Tu misión ha terminado por ahora.

Cuando éste hubo desaparecido, volvióse á su amigo y añadió con alguna viveza:—Tú no

has vencido, ni mucho menos. Lo que hay aquí es que el señor Laporta es un excelente cómico, y además un marido resignado. ¿Qué le va á hacer el hombre, si la cosa no tiene remedio?

—No es eso, no es eso. Permíteme que insista, amigo Bárcena. Lo que yo observo es que juzgas por teoría; que deduces los hechos según tu lógica. ¡Qué disparate! No es la lógica la que gobierna el mundo; que si con lógica, ó siquiera con sentido común, se procediera y se juzgara, no andaría como anda seguramente.

—Pues alguna ley debe regir este desenvolvimiento gradual y progresivo de las acciones humanas. ¿Comprendes mi idea? Podrá existir una especie de norma egoísta y caprichosa, aplicable al individuo en particular; pero en el mundo, en la sociedad, en la familia, es lógico lo que sucede, y con la lógica ha de juzgarse.

—Ya veo, ya veo, amigo Bárcena, que se necesitan milagros para convencer á los incrédulos, y á eso no hemos llegado todavía los médicos. Y aun así. Lo habías de ver con tus propios ojos, lo habías de tocar, lo habías de gustar, y te quedarías dudando. Por consiguiente, es inútil que nos fatiguemos en discutirlo. Los teóricos sois de esa conformidad.

Os coge la teoría como pudiera cogeros la viruela: dejándoos señalados para toda vuestra vida.

Álvarez Güemes, que seguía paseando por el despacho, miró la hora en su *remontoir* y se despidió de su amigo.

—¿Tan pronto?—preguntó Alejandro.

—Cuando haya recogido algunos datos que me faltan, se continuará. Por supuesto, sin convencernos.

—¡Ah! eso desde luego.

MADRID, Abril de 1885.

EL LUTO.

(APUNTES DE PROVINCIA.)

No hará todavía quince años, el trayecto de *Azaratbona* á *Latudes* se recorría en unas pequeñas diligencias que no llevaban más que ocho asientos en el interior y cuatro en la berlina; el cupé ó imperial se destinaba únicamente para los equipajes. Por aquella época se me había comisionado como ingeniero para el estudio de una carretera nueva que enlazase estas dos hermosas villas con *Cerverín*, situada al otro lado de la Sierra, y punto importante por la afluencia de ganados, vinos y maderas. Con este motivo hacía yo frecuentes viajes, casi siempre los sábados, con la idea de pasar el domingo en Latudes, donde tenía mi familia. Aunque el trayecto se recorría en tres horas, poco más ó menos, los viajeros habían de madrugar por necesidad si querían tomar billete para el primer tren, que llegaba á Latudes á las nueve y media.

Uno de aquellos sábados, al entrar en el *Pa-*

rador Real, á eso del amanecer, vi que éramos bastantes, y pude observar en mis compañeros de viaje cierto movimiento de prevención ó de protesta, cosa que á la verdad no me extrañó, porque es instintivo en gentes que suspiran por una comodidad ya muy problemática y que, repartida entre muchos, debe tocar á menos. Pensando en esto esperé largo rato, hasta que, enganchado el tiro, volvióse el mayoral hacia los del primer grupo y les dijo como de mala gana:

—Cuando ustedes quieran.

Unos tras otros nos acomodamos todos en el coche y nos pusimos en marcha. Después de una hora de camino, con más luz y alguna conversación, ya pude apreciar la traza y catadura de mis compañeros. Conocí al señor canónigo Urrutia, por su largo balandrán negro, cuando subía á la berlina acompañado de su sobrino. Detrás de éste se instalaron dos señoras jóvenes, muy compuestas, con abriguillos de seda y grandes sombreros; compañía que no debió ser muy agradable á nuestro prebendado, hombre obeso, que necesitaba para él solo dos asientos. En el interior formábamos también número completo, un empleado en correos que iba destinado á Cerverín, uno de los cobradores de contribuciones de Latudes, dos caballeros particulares que tenían parientes en

Azaratbona, un estudiante de leyes que volvía á Zaragoza, y por último, en el rincón de la derecha, un caballero joven, dedicado en cuerpo y alma al cuidado de su compañera de viaje, una señora de edad, flaca y descolorida, á quien apenas se le veían los ojos. Llevaba arrebujada la cabeza con una toquilla azul de lana, que entonces llamaban *nube*, y traía además sobre los hombros un rico mantón de abrigo que le envolvía todo el cuerpo.

A cada momento volvíase el joven hacia la señora y le preguntaba con cariñoso interés: —¿Cómo te encuentras? ¿Vas bien? ¿Sientes frío?... ¿Quieres que desdoble mi capa y te la eche á los pies?...—Este viajero vendría á contar de veintiocho á treinta años: era moreno, un poco pálido, delgado, con un bigotillo fino como la seda y una perilla negra, todo lo cual, unido á su natural gallardía y desembarazo, le daba un aire militar muy marcado.

Pasadas ya dos horas, y cuando la conversación se generalizó como de costumbre y los caballeros particulares sacaron su provisión de chocolate, roscas tiernas y una garrafita de agua de la fuente del Rebollo, dirigióse uno de ellos al viajero que parecía militar y le preguntó:

—¿Va acaso enferma su mamá de usted?...

—No es mi madre, caballero—repuso el in-

terrogado con esa natural finura que revela al hombre de verdadera educación,—es mi mujer... Y en efecto, aunque va bastante delicada, no creemos que sea cosa de cuidado.

Tales palabras dejaron mudo al curioso, y á los demás con el mayor asombro del mundo. Hubo en el coche unos instantes de silencio, durante los cuales se oyeron claramente los chasquidos del látigo del zagal azotando los caballos que acababan de emprender al galope una cuesta, la cuesta más larga y penosa del camino. Al mismo tiempo oimos las voces de las señoras de la berlina horriblemente alarmadas de aquel rodar vertiginoso del coche y del consiguiente vuelco que tenían ya como seguro.—¡Esto es una atrocidad, señor! ¿A qué conduce esta locura?... ¡Mayoral, por Dios, modere usted esos caballos... esos caballos!...

Después de este levísimo incidente, uno tras otro, la mayoría de los que íbamos en el interior, paramos nuestra atención en la señora del joven. Ya con la luz del naciente sol se veían sus facciones ajadas y descoloridas; pero que debieron ser en algún tiempo de esa graciosa incorrección y de esa agradable palidez que suelen conservar en los rostros de ciertas mujeres la animación y el brillo de la juventud. Cierto que la enfermedad, sea cual fuere, no la había hecho sufrir sin envejecerla; pero

si algo resplandecía aún severo y hermoso en su fisonomía, eran los ojos; y este último resto de su belleza debía satisfacer á su joven marido, porque en aquéllos era donde él trataba de adivinar los pensamientos tristes ó risueños de la enferma.

Será una presunción mía ó una cavilosidad de mi imaginación; mas al observar de nuevo á mis compañeros de viaje, hubiera apostado, sin temor de equivocarme, á acertar lo que pensaban en su interior de aquel joven: los caballeros particulares, que eran indudablemente solteros, le miraron con irónica curiosidad como á un animal raro ó salvaje, que no se encuentra más que en la Groenlandia; el cobrador de contribuciones, como hombre muy maduro, veía en el fondo de aquel matrimonio un bonito negocio, y sonreía de vez en cuando al volver la cabeza, de tal manera, que sus sonrisas parecían tomar en sus gruesos labios cierto reflejo metálico; en cambio el empleado en correos, á quien su temperamento flemático lo traía sumido en una perpetua sonnolencia, les dirigía miradas de suma complacencia y hasta de envidia; pues para él eran personas independientes, ricas y de posibles. ¿Qué importan diez años más ó menos cuando uno no depende de su trabajo?... Por último, el estudiante era acaso el que estaba en el secreto de

la tal rareza por ser del mismo Azaratbona y conocer á la familia: fué el único que no se mostró sorprendido ni escarabajeado por la curiosidad cuando la contestación del joven. Todo lo dicho no impidió que la conversación continuara como antes, y que después de un rato llegáramos sin mayores peripecias á la villa de Latudes. Paró el coche delante de la fonda de la *La Iberia*, y aunque esperamos todos que bajara la enferma, su marido nos suplicó que pasáramos delante:—Es mejor que bajen ustedes los primeros... Sí, sí, háganme ustedes ese obsequio.

En cuanto estuvimos fuera, saltó él de seguida, recibiendo á su mujer en el estribo, cogióla en brazos como á una niña y la dejó sobre el suelo; luego le dió el brazo preguntándole cariñosamente si se había fatigado, y así muy despacio entraron en la fonda. Allí debieron quedarse un día, puesto que cuando volvimos á reunirnos en la estación de Latudes, eran ellos solos los viajeros que faltaban.

—¿Usted conoce á esos señores que vinieron en el coche con nosotros?—preguntó uno de los caballeros particulares al estudiante.—Mediano color trae la enferma... ¿Se sabe de qué padece?...

—No andan muy acordes en ello los facultativos—repuso el estudiante con más sorna y

énfasis de lo que podía esperarse de sus pocos años.—Al principio creyeron que sería indicios de embarazo: se le había hinchado el vientre, padecía náuseas, inapetencia... ¡Figúrese usted! Para el marido lo natural fué pensar en eso mismo... en lo del embarazo. Pero otros opinaban que á su edad... ¡Figúrese usted! Lo cierto es que la cosa pasó adelante, y así ha quedado con su hinchazón, que ni crece ni mengua... Por eso van á consultar ahora á un médico de Zaragoza que entiende mucho de hinchazones.

—La mujer será rica, y hacen bien en gastar su dinero por la salud,—apuntó el empleado en correos.

—Ella es de buena familia, pero no rica. Según cuentan, antes de casarse él era un completo tronera; había heredado del padre un gran zurraco de peluconas y no se cuántos olivares, viñas y otras tierras. Luego se metió á jugar, se llenó de deudas, y si no se casa tan pronto, me lo dejan por puertas. Las gentes dicen que ella lo supo sacar de todos esos belenes... yo como no lo he visto... Otros cuentan otra cosa, y ¡vaya usted á atar cabos!

—Lo que es ella debía ser rica—afirmó el cobrador guiñando el ojo á los caballeros.—A mí no me vengan con historias... porque sin anzuelo no se pesca. Y ustedes lo han de ver

un día, si viven, como que eso es lo natural: si la vieja se muere de la hinchazón, mi hombre se buscará una joven que haga buena pareja con él, y se casará. Francamente, yo haría otro tanto. Si no ¿para qué sirve el dinero?

—Pero ¿ustedes repararon en lo mimoso que andaba el marido?—apuntó el más joven de los caballeros particulares.—A mí me daba ya grima... por no decir otra cosa. Se conoce que el morenillo es un lagarto de primera...

—Naturalmente, señor—añadió el cobrador;—él dirá: para lo que ha de durar...—Además ¿tienen hijos? ¿No? Pues no habiendo hijos sería muy tonto si no consiguiese que lo nombrara su heredero.

Esta última idea, tan brutal en la forma como en el fondo, produjo en mi ánimo tristísimo efecto, un efecto contrario al de mis compañeros, á quienes hizo reir. La viva curiosidad con que había visto cruzar hacia la fonda al marido, llevando del brazo á su pobre señora, transformóse de repente en un caluroso respeto, cuyo sentimiento me inspiró la conveniencia de cortar la conversación lo antes posible.

—Señores, á mi entender—les dije,—todo ello no pasan de ser suposiciones, porque ninguno de nosotros lo conocemos personalmente. Yo, á lo menos, es la primera vez que me tropiezo con él.

—Cierto, cierto. Y el señor también—añadió el más maduro de los caballeros aludiendo al cobrador. Todos opinaron igual, y esto cerró el debate.

Al verano siguiente, habiendo empezado los trabajos de la nueva carretera, me trasladé con mi mujer y los niños á Azaratbona. Tuve también en cuenta la frescura del país, á donde no suelen llegar los extremados ardores de la canícula por su proximidad al Moncayo. Alquilé, cerca ya del campo, en un extremo de la población, una casita de dos pisos, cuyos balcones de la parte posterior caían á una frondosa y extensísima huerta. De vez en cuando, y hacia el oscurecer, veíamos cruzar los senderos solitarios á un hombre joven todavía, de gallarda figura y vestido de riguroso luto. Como le veíamos por entre el ramaje y á la hora del crepúsculo, no podíamos distinguir sus facciones. Sin embargo, una tarde se aproximó tanto á las tapias que no tardé en reconocerle con gran asombro mío. Llamé de seguida á mi mujer y le dije, señalándole al paseante desde el balcón:

—Mira, fíjate: aquél es el joven de la diligencia; ya recordarás que hemos hablado de él muchas veces. Me despertó la curiosidad de un modo...

Mi mujer, aún más curiosa que yo, preguntó

al otro día el nombre y antecentes de nuestro vecino. Supimos, por lo tanto, que se llamaba Enrique Mendivil; que, en efecto, se le había muerto la señora en Zaragoza, y que él vivía solo y retirado de la sociedad en su casa, con dos criadas y la familia del hortelano. No dejó de sorprenderme semejante soledad; aquí ya no cabía fingimiento: era un luto verdadero, un pesar real y positivo que se ocultaba á las curiosas miradas del vulgo. Mi mujer encontró desde luego esta conducta digna de respeto, y desde aquella tarde, uno y otro seguíamos sus pasos por la huerta con extremada simpatía. El, por su parte, debió advertir nuestra presencia en los balcones, porque al cruzar cerca de la tapia levantaba la cabeza y nos miraba melancólicamente. ¿Le molestaría nuestra curiosidad, ó adivinaría, por nuestra expresión, que éramos admiradores suyos y copartícipes de su pena? Lo ignoro. Pero fué el caso que un domingo, al salir de la iglesia, nos reconoció y se apresuró á saludarnos. Devolvímosle cortesmente el saludo, y éste fué el primer paso para que cierto día, desde la huerta, nos dirigiera la palabra. Después se empeñó en que los niños, como vecinitos suyos, bajaran á corretear un poco... Tras los niños bajamos los mayores, y nació la amistad. No tardé á comprender que era de un carácter afable y bondadoso,

hombre de gran sensibilidad y de ingenio natural, aunque con escaso cultivo. A pesar de su carácter noté, asimismo, que guardaba una completa reserva sobre los más insignificantes asuntos ó pormenores de su familia. Sólo cuando hacía ya dos meses que nos tratábamos, le recordé una tarde el primer viaje que hicimos juntos de Azaratbona á Latudes, y esto me dió pie para hablarle de su señora. Al principio se expresó con cierta vaguedad, como esquivando el tema; pero al insistir yo con el recuerdo del cariño que él la prodigaba durante el viaje, con la admiración de todos nosotros, Enrique pareció conmoverse, inclinando levemente la cabeza. Luego alzó la vista, y, mirándome con alguna fijeza, me dijo:

—No había por qué ocultar un sentimiento tan natural ni aun delante de los extraños... Á cada momento recordaba lo que debía á Teresa, y estremecíame el peligro, todavía lejano, de perderla. Pero esto no puede usted apreciarlo bien sin algunos antecedentes. Educado en una tolerancia sin límites, como único varón y como hijo de viuda rica, se me consintieron los mayores caprichos y extravagancias. No quise estudiar ni ocuparme de ningún trabajo serio en esa edad en que el muchacho debe aprovechar sus aptitudes: así es que á los veinte años me vi con todos los vi-

cios que puede tener el libertino más grande de Azaratbona. A los veinticinco no me quedaba una sola finca de mi patrimonio que no estuviera hipotecada... Por medio del juego iba, pues, derecho á la miseria, y tal vez al envilecimiento. En aquel tiempo, y cuando me venía la *mala*, solía acudir á la tertulia de unos amigos con no santa intención. Hallaba yo allí á una jovencita que me parecía de fácil conquista, y era éste otro entretenimiento de no peor género que los demás. En esa tertulia conocí yo á Teresa, y la primera palabra que me dirigió fué un reproche. Sorprendiendo nuestras miradas, me dijo al sentarme á su lado y sin que nadie lo oyera:—No creí yo, don Enrique, que los calaveras como usted se rebajasen á conquistas tan fáciles como la de esa pobre muchacha, tan corta de alcances como de fortuna...—Me llamó la atención tal advertencia; y fijándome en aquella mujer de unos treinta y cuatro años, de tan agradable y animadísimo rostro, pensé y me dije: «bueno, tú me buscas, pues tú me encontrarás;» y desde aquella noche le dediqué mis obsequios y piropos con la misma intención que á la jovencita. El resultado fué que de vencedor me convertí en vencido, y me casé enamorado de su rostro lo mismo que de su alma. Era una santa mujer, que sin una mala palabra, ni un enfado, ni el más pe-

queño disgusto, supo convertir un libertino en un hombre de honor. Para mí fué mujer, madre y amiga; ¿qué más puede apetecer un marido que este humano prodigio del amor?... Pero Dios no consintió que nuestra felicidad durara más de seis años: al sétimo cayó Teresa enferma, y así estuvo sufriendo por espacio de quince meses, hasta que la naturaleza no pudo más. Esos seis años, ¿cómo no recordarlo? ¡fueron los años más felices de mi vida!

—¡Ah! pero usted es joven todavía—me atreví á indicarle;—no hay que desesperarse por...

—Nuestra felicidad, ó á lo menos lo que tomamos por nuestra felicidad, es como la juventud: no se disfruta más que una sola vez en la vida. Yo así lo creo, aunque bien pudiera equivocarme. De cualquier modo que sea, la memoria de aquella mujer siempre será sagrada para mí, y no pienso quitarme el luto en muchos años. Tampoco espero que venga á llenar este vacío de mi corazón otro afecto más puro, otros recuerdos más dulces, otra pasión más...

En este momento se acercó á saludarnos el hortelano, y la conversación quedó interrumpida con su presencia. Después ya no se presentó ocasión propicia y oportuna para tocar, ni aun incidentalmente, aquel delicado tema.

Transcurridos algunos meses, las circunstancias políticas nos obligaron á abandonar los trabajos empezados. Estalló la guerra civil, y la provincia tuvo que formar nuevos presupuestos, entre los cuales no estaban incluídos los de la carretera. Volví, pues, á la capital con mi familia, y allí estuve empleado en diversos trabajos unos tres años. Pero al comenzar el verano, me comisionó la Diputación para rehacer y estudiar el expediente de la suspensión de la carretera, cuyas cuentas no aparecían conformes con los documentos presentados. Apenas despaché mi comisión en Azaratbona, la primera persona por quien pregunté al secretario del Ayuntamiento fué por don Enrique Mendivil.

—¡Cá! si usted no lo conocería, con lo cambiado que está. Se ha convertido en jardinero, en labrador, en fraile, en todo menos en lo que era antes. Le dió la manía por ahí, y quién sabe si acabará por otra cosa peor. En fin, vive muy metido en su huronera, y no se preocupa más que de la administración de su patrimonio. Sin embargo, estos días se le ha visto acompañando á una señorita joven y no mal parecida... Pues con esto... ya sabe usted lo que son aquí las gentes: se ha hablado de boda y de no sé qué. Luego salen con ese cantar.

Por curiosidad volví á preguntar en el *Pa-*

rador Real, donde me hospedaba, y ya vi desde luego que el secretario no estaba bien enterado de la familia de don Enrique: aquella señorita joven y no mal parecida era su hermana.

Según dijeron también, él no vestía ya de negro; pero ¿qué más luto que aquel extraño aislamiento á que se había reducido, aquella existencia monótona tan semejante á la del tejón ó la de cualquiera de esos animalejos que pasan su vida horadando la tierra?

Noviembre 1885.

LO INVEROSIMIL.

Una niebla intensísima y fina humedecía el empedrado en aquella hora avanzada de la noche, de tal modo, que los transeuntes resbalaban como si anduvieran sobre hielo. La escasa claridad que se distinguía al final de la calle, salía de las cuatro ventanas del café Americano, donde se servían almuerzos y comidas y cuya especialidad eran las ostras frescas. De pronto se abrió la puerta de cristales y aparecieron cinco ó seis hombres hablando y disputando en alta voz, con los puros encendidos en las bocas y la capa sobre los hombros; algunos se habían embozado antes de salir á la calle.

Continuaron charlando todos á la vez hasta que uno de ellos alargó la mano y dijo:

—Señores, se continuará mañana. La noche no está para bromas.

Entonces la dispersión fué general: dos de los embozados tomaron calle arriba, otros tres se dirigieron hacia el callejón de enfrente y uno sólo se encaminó pausadamente y como sin

rumbo fijo al centro de la población. Al llegar á la calle de Gravina vió venir una mujer hacia donde él estaba, y esperó. Aunque no era muy viva la luz de la farola y no pudo distinguir el rostro de la transeunte en todos sus pormenores, el conjunto, ó más bien el aire de su cuerpo, le agradó sobremanera y echó á andar detrás. No iba ella tampoco de prisa y le dió tiempo para cruzar al otro lado de la acera y observarla de perfil. Comprendiendo, al momento, la maniobra del embozado, volvió la mujer la cara y le miró dos ó tres veces. Así anduvieron un rato; pero, al fin, tornó el otro á cruzar la calle y se colocó á su derecha.

—Si mi compañía no le fuese á usted molesta—murmuró el embozado.—La mujer calló sin adelantar el paso.—Una mujer tan bonita como usted no debía ir sola á estas horas... para tales casos no falta nunca un caballero, que se brinda galantemente. Por ejemplo: yo mismo si no le parece á usted mal.—La mujer continuó en el mismo silencio, por lo cual el embozado insistió de nuevo:—Algo habrá que la obligue á andar tan sola, y si usted me lo dice y la cosa lo vale, me retiro al momento. Ya ve usted que soy inmejorable.

—La necesidad,—contestó la interpelada con una voz tan dulce y tan femenina que el otro quedó encantado.

—¿La necesidad? Es extraño... Sin embargo, yo la ofrezco á usted la mía y usted no se digna aceptarla.

—Compañía de... cinco minutos. No, gracias.

—Hasta donde usted quiera, hija mía... Crea usted que un hombre más desocupado que yo á estas horas no le encuentra usted ni con candil. Mire usted, yo la acompaño hasta su casa, y luego subimos, y luego dispone usted de mí hasta la hora que guste. Nadie me espera en casa, yo á nadie espero, aquí paz y después gloria, ¿no le parece á usted?

—Lo que me parece es que debe usted hablar hasta por los codos.

—¿Por los codos? Dios me libre; no hay cosa más fea que eso, sobre todo teniendo las manos sueltas.

El embozado intentó abrazar á su compañera, que se escapó de su lado adelantando el paso. Desde este momento su conversación tomó un tono de broma entre intencionado y ameno. A pesar de esto, al llegar á la calle del Tesoro, detúvose la mujer y se encaró con su acompañante, rogándole que continuara su camino. Insistió el otro, y sólo en fuerza de infinitas súplicas y ruegos consintió en que subiera con ella por mera curiosidad. Era el cuarto interior y muy reducido, pero limpio y aseado,

circunstancia en que no reparó el acompañante, distraído como estaba con lo imprevisto de aventura. Vió únicamente un sofá de paja, sentóse en él é hizo sentar á su lado á la compañera. Mirándola entonces con gran detenimiento quedóse todavía más asombrado: representaba escasamente veintiséis años, y había en su rostro, en sus maneras y en toda ella un sello de distinción, juntamente con algo que parecía como exhalarse de su cuerpo, casto y plácido atractivo aun para los más indiferentes. Cuando se quitó la toquilla de lana vió su cabello negro y abundante, que se enroscaba sin artificio sobre su cabeza como una corona de ébano. Aquello causó al caballero tan extraña impresión, que le cogió ambas manos y se las besó. No opuso ella resistencia alguna, porque hacía rato que se había quedado como pensativa y preocupada. Oyóse en este instante un leve rumor; quiso él besarla en el rostro, pero se apartó prontamente y empezó á sollozar. No contaba nuestro caballero con semejante desenlace; y temiendo que hubiese algo de comedia, muy propia en cierto género de mujeres, le quitó con aspereza la mano del rostro, y le dijo:

—Vamos á ver, ¿á qué viene esto ahora? ¿Cree usted que yo sirvo para paño de lágrimas?

Realmente por aquella mujer pasaba algo, puesto que examinando con atención su semblante, observó que su aflicción no era fingida ni mucho menos. Oyóse de nuevo el rumor de antes que sonaba como una respiración igual y lenta, á veces imperceptible, y el hombre se puso de pie. En seguida lanzó una mirada á su alrededor, y echó de ver entonces el miserable pedacillo de estera que había bajo sus pies, las tres sillas únicas del cuarto, la máquina vieja de coser y el veladorcito con cubierta de hule, que componían todo su ajuar y denunciaban la miseria y penuria de la dueña. En el fondo del cuarto había también una alcoba; dirigióse allí el caballero, entreabrió la cortina y vió una cama, sobre la cual dormía un niño de dos á tres años. El niño sufría, sin duda, con alguna pesadilla, y su quejido reiterado de rato en rato era, en efecto, lo que había llamado la atención del acompañante. Volvió éste á la salita, algún tanto cohibido por lo que aquello significaba, y alzando la cabeza empezó á mirar los cinco ó seis cuadritos de fotografías que adornaban la pared.

Luego se fijó en un retrato que despertó su curiosidad; tomóle á seguida en la mano y pareció como sorprendido.

—Este retrato... yo he visto esta cara en otra parte... hace tiempo, muchísimo tiempo,

aunque no recuerdo dónde. ¿De quién es este retrato?

Miróle la mujer con gran tristeza, y contestó:—Ese, de mi marido.

—Su marido de usted ha estudiado en Valencia, se llamaba Juanito Pedralls, era profesor de piano, compositor, un hombre muy circunspecto, muy estudioso, muy buen muchacho, ¿no es eso?

La mujer alzó el rostro pálido y todavía lloroso, y preguntó con ansia:—Ese mismo. ¿Lo conocía usted?—Ante la afirmación del acompañante enjugóse ella los ojos, y añadió: —Vivíamos allí, sí, señor; pero su padre se casó de nuevo, tuvimos que sostener un pleito, gastamos nuestros ahorros, y creyendo acertarlo, nos vinimos á Madrid... Pedralls era muy perezoso, ya usted sabe: no tenía ya otro mayor defecto; luego no quiso buscar relaciones, como yo le aconsejé, y apenas encontraba trabajo. En el café del Sur mi marido conoció á una mujer de malos antecedentes, y se encaprichó de tal modo, que desapareció de casa de la noche á la mañana. Después de ocho meses de abandono, una tarde lo subieron á mi cuarto entre dos amigos, enfermo y completamente transformado. Tuvo un segundo ataque de asma, y murió á los quince días en mis brazos...

—¡Es asombroso!—murmuró el acompañante á media voz.—Un hombre tan circunspecto y tan metódico...

—En medio de esta horrible desdicha, Dios me dió bastante salud y bastantes fuerzas para continuar trabajando en casa de una familia extranjera, donde pasaba el día. Sin embargo, uno de los dos hermanos, pues eran más bien dos familias que vivían reunidas, se propasó más allá de lo que permite el decoro, y tuve que abandonar este refugio. Después compré una máquina barata, y cosía en mi cuarto toda clase de ropa blanca que me proporcionaban en las tiendas. La tarea era larga y pesada: muchos días de las cinco de la mañana hasta la una de la noche. Lo único que me infundía valor era la vida de ese niño que duerme ahí dentro. Cuando llegó el verano escaseó la obra, y apenas ganaba para pagar el cuarto. Los hombres no han pensado nunca en la pobre mujer, viuda ó soltera, que se queda sola, abandonada á su suerte y quiere ganar el sustento honradamente... Todo el trabajo se lo llevan ellos. Esta noche me hallaba tan agobiada, tan triste, tan desesperada, que han cruzado por mi cabeza los más extraños desatinos, las ideas más horribles que pueden ocurrir á una infeliz mujer... Transigía con todo, con todo ¡Dios de mi alma! con tal que ese

niño pudiera vivir y no pasara por estas angustias que ha pasado su madre.

Después de expresarse así, la mujer inclinó levemente la cabeza y miró al suelo sin sollozar, sin suspirar siquiera. Su acompañante, que aún seguía de pie, la observó de soslayo, y aquella triste resignación le conmovió más que su relato. El dolor mudo, trágico, sereno, no se finge... No hay actor en el mundo que remede con exactitud esa contracción imperceptible de los labios, esa relajación y esa laxitud del rostro que refleja el desconcierto interno del espíritu. La posición del hombre en aquel instante no podía ser más desairada, mientras reflexionaba sobre el verdadero motivo que le decidió á subir al cuarto. Aproximóse al velador y dejó en él dos monedas de plata; pero luego volvió pasos atrás y recogió las monedas. No podía él darle una limosna, por espléndida que fuese. Pretextó, pues, lo avanzado de la hora para terminar de un modo ó de otro tan extraña velada, y se despidió de ella hasta el día siguiente.

Tal vez en otra ocasión, y tratándose de una mujer menos bonita y agradable, no hubiera vuelto nuestro hombre á pensar en la anterior aventura, pasado ya el primer arrebato ó curiosidad; pero es lo cierto que cumplió su promesa. Iban á dar las cinco de la tarde cuando

Eulalia, que tal era el nombre de la desconocida, oyó llamar en la puerta. No esperaba, sin duda, semejante visita, y apenas acertaba, al saludar, con las primeras y más vulgares palabras. Estaba como avergonzada en presencia de su acompañante. Entonces supo que se llamaba Carlos Villarreal. Era éste un hombre alto, rubio, fornido y muy simpático, aunque algo frío y desdeñoso en apariencia, como esos honorables *gentlemen* con quienes tropezamos en los coches de los trenes leyendo atentamente un libro que nunca dejan de la mano. Desde la primera ojeada comprendió Villarreal la indecisión y embarazo de la joven, y ni remotamente trajo á conversación cosa que pudiera referirse á la pasada noche. Hablaron del infortunado marido, de Valencia, de sus aficiones musicales, y por último, de las buenas relaciones que el caballero Villarreal había adquirido en Madrid. Con este motivo le ofreció recomendarla á una paisana suya que iba á abrir un obrador de modista y necesitaba el concurso de una compañera inteligente, diestra y laboriosa. Al mismo tiempo él le adelantaría, sin ningún interés, los mil ó dos mil reales que le serían precisos para entrar en el negocio como socia y parte interesada. Negábase Eulalia á admitir tan generosa proposición; pero Villarreal insistió tantas veces y con tal tena-

cidad, que tuvo por fin que ceder. Desde aquella tarde, las visitas del protector se hicieron casi diarias. Llegóse por uno y otro hasta una sencilla familiaridad, sostenida acaso por el sincero agradecimiento de ella y por las intenciones, no muy bien definidas, de Villarreal, que, sin darse cuenta, sentía una íntima complacencia en adivinar los pensamientos y los gustos de aquella mujer llena de honradez y de optimismo, á pesar de las crueles decepciones de su vida. Al poco tiempo, y puestas de acuerdo por su amigo, Eulalia y su paisana abrieron el obrador y empezó la tarea. Villarreal continuaba visitándolas de vez en cuando. Una tarde, sin embargo, le hizo comprender ella, indirectamente, lo que podía significar á los ojos de la malicia aquella asiduidad de amigo, que tenía apariencia de otra cosa.

—Y ¿qué van á sospechar los maliciosos?—preguntó Villarreal, comprendiendo á seguida el pensamiento de Eulalia.—¿Que me gusta usted mucho y que la quiero además? Pues estarán en lo cierto.

—Aún es tiempo, amigo Carlos—repuso ella con fingida severidad,—porque eso precisamente es lo que deseo evitar á toda costa. Su estimación de usted me honra y no sé con qué pagarle lo mucho que le debo; pero otro género de afecto...

—Un afecto amoroso, natural, sencillo... Usted ha sufrido mucho en este mundo y ya es hora de que disfrute usted de algo bueno. Porque bueno es trabajar, pero es también bueno divertirse, y hasta creo que es mejor, si no me equivoco.

—¿Y el día de mañana? Porque lo bueno dura poco.

—Bah, bah. ¿Quién piensa en mañana? Estos asuntillos de la vida se toman así, como vienen, sin meterse en más honduras ni cavilaciones.

—¿Ve usted? No es posible que nos entendamos.

—Pero vamos, querida Eulalia, hablemos con formalidad: mi afecto será lícito y honrado. ¿Qué contestaría usted si yo le ofreciese mi nombre y mi posición?—Calló ella, pero su rostro se entristeció de tal modo, que Carlos, más asombrado que nunca, continuó preguntando:—¡Cómo! ¿Será posible? ¿Qué quiere usted decir con su silencio? Lo veo y todavía no paso á creerlo.

—Esto no quiere decir nada, sino que debemos dar tiempo al tiempo. Apenas nos conocemos, y ya piensa usted en asuntos tan graves como ese. Déjelo usted para más adelante.

Villarreal, sin comprender al pronto la indecisión de su amiga, se puso también de pie y

se despidió pocos momentos después, marchándose en un estado especial de ánimo entre irritado y confuso. Las últimas palabras de Eulalia no envolvían una negativa completa y absoluta. Corazones más ásperos y fríos se habían rendido por fin á su política de atractiva perseverancia. Como cada escritor posee su estilo propio, cada mujer tiene asimismo su manera de amar. Villarreal lo había experimentado con otras amigas, y este exquisito placer de la novedad era precisamente lo que buscaba nuestro caballero.

Continuaron, pues, las cosas en idéntico estado durante dos meses. Y sucedía muchas veces que estando cosiendo en el mismo cuarto Eulalia y su paisana, al poco rato de presentarse Villarreal, ésta se levantaba con algún pretexto y les dejaba solos. No le agradó á Eulalia tal detalle, y así se lo advirtió á su amiga.

—Dispensa, mujer, yo creía hacerte un favor... porque cuando él viene tanto á nuestra casa... no será por mí seguramente,—contestó la amiga poniendo significativa sonrisa al final de sus palabras.

Eulalia no trató de disculparse por entonces. Villarreal las visitaba con frecuencia, y aquella tarde subió también como tantas otras. La conversación rodó también, como de costum-

bre, sobre mil diversos asuntos; pero observando él que la paisana no se movía de su asiento, empezó á mirarla con bastante fijeza. Entonces se levantó Eulalia, sacó del cajón de la cómoda un sobre grande de carta y se lo entregó á Villarreal diciéndole:

—Amigo Carlos, ya era tiempo de que yo le devolviera lo suyo; pero no entienda usted, á pesar de esto, que olvido nunca lo que hizo usted por una infeliz mujer.

—Y ¿para qué me sirven á mí estos papeles? —preguntó el amigo sacando unos cuantos billetes que venían encerrados dentro del sobre.

—Le sirven á usted para hacer un inmenso beneficio, una obra de caridad, un favor de esos que nunca se agradecerán bastante... Qué ¿seré yo la única mujer que se vea sola y desamparada en todo Madrid?...

Nuestro hombre la miró con seriedad y luego repuso:—No creía recibir de usted una bofetada como ésta.

—Es cumplir un deber... sencillamente. ¿Es usted acaso mi marido, ó es usted otra cosa? Pues no siendo yo su mujer ni cosa parecida, no puedo retener un dinero que no debo á mi trabajo.

Villarreal no contestó. Púsose de pie, y después de saludarlas con glacial indiferencia,

desapareció del cuarto. Llegando al portal se detuvo, reflexionó un momento, y dijo para sí: —Ó no lo entiendo, ó esto es llevar la delicadeza hasta lo inverosímil... bien es verdad que como está tan reciente nuestra aventurilla... Pero, vamos, si no lo viera, no lo creería: rechazar mi ofrecimiento, mis pretensiones... Nada, no quiere nada, ni por el camino derecho ni por el torcido... ¿Será imbécil esta mujer? Es muy probable. ¡Bah, bah, volveré dentro de dos meses!

No volvió, pero hubiera sido lo mismo.

Diciembre 1885.

LAS TIJERAS.

(APUNTES MADRILEÑOS.)

I.

Recuerdo perfectamente que era el primer domingo, después de Pascua, el día que estuvimos convidados en casa de don Bernardo Uriza, nuestro ostentoso vecino del tercero. Recuerdo también que nos recibió con un aire decidido de protección, á pesar de que nos tratábamos con alguna intimidad, para que no ignorase cada uno su respectiva posición. Esto era claro como el agua: ni mi madre, viuda de un teniente de navío de segunda clase, ni yo, humilde grabador, por más aspiraciones artísticas que tuviera, podíamos competir con el señor Uriza, empleado en cierta Sociedad de crédito con veinte mil reales de sueldo y esperanzas de un próximo ascenso.

Había nacido nuestra amistad de que llevábamos viviendo unos y otros en la misma casa más de seis años: ellos en la derecha del terce-

ro, y nosotros en el interior de la misma derecha pues en aquélla bonita jaula se había aprovechado el terreno hasta construir cuatro cuartos en cada piso. Añádase á ésta otra razón de no menos entidad: la de que la señora de Uriza, temperamento meridional, indolente y perezosa, se pasaba los días tendida en una mecedora como una gata de Angola, con el pelo rizado y mucho polvo de arroz, comiendo caramelos, sin ganas de dar un punto ni de mover una silla. De modo que, para cualquier labor precisa y difícil de la casa, se llamaba á mi madre y á sus habilidosas manos se encomendaba. ¡Qué manos las de mi madre! Ella cosía, bordaba, cortaba patrones para cualquier prenda, chambras, camisas, vestidos, como la mejor modista del barrio, y lo admirable del caso consistía en que, sin ningún esfuerzo, en pocas horas, se lo encontraba todo hecho y arregladito. Unía á estas habilidades de la costura, la cualidad de tener un carácter paciente, sufrido y tolerante, que, sin tratar de imponerse por su despejo, luego se creaba profundas simpatías en cualquier parte donde ella entrase.

Ahora vuelvo al convite. Lo que llamaríamos cabecera, la ocupaba el señor Uriza; á la derecha estaba su mujer con sus dos hijos menores, Carlos y Consuelo; luego seguía Plá-

cida, la hermana mayor, de unos diez y ocho años, y á su lado se sentaba, trabajosamente, don Elías Méndez, antiguo amigo de la casa, un caballero tan amable como obeso que celebraba sus propias ocurrencias con risotadas homéricas, echando hacia atrás su cabezota gris y sacando el vientre, que parecía tembletear como una pelota de goma á la menor explosión de su alegría. Yo me acomodaba á su lado como podía; luego venía mi madre; luego doña Amparo Acosta, una señora muy habladora y muy golosa, de Antequera por más señas, y su hija Rosario, que no le iba en zaga en lo de charlar por cinco, compañera y amiga de Plácida.

Dos cosas llegué á notar en este último convite: la desaparición del antiguo servicio de plata, sustituído por brillantes cubiertos de metal blanco, y el despego casi brutal con que era tratada la joven Plácida. Sucedió que, al traer los postres, volvióse don Bernardo hacia su hija y le preguntó con inesperada acritud:
—¿Qué es eso? ¿Nos vamos á quedar sin café como el otro día?

La madre, en vez de terciar con alguna disculpa, afirmó que la *señorita* se volvía una holgazana y que necesitaba una sirvienta para ella sola.—Levántese usted inmediatamente y sirva usted el café como es debido,—añadió el

ama de la casa comiéndose á su hija con los ojos, como vulgarmente se dice.

Todos sabemos lo que duelen á cierta edad estas expresiones durísimas, que en presencia de los extraños nos parecen una insufrible humillación. Yo vi, pues, levantarse á Plácida de la mesa, preparar el café y servirlo á los convidados, roja de vergüenza, torpe, alelada, sin atreverse á respirar ni á mirar á sus padres. Sería para mí inexplicable desde luego esta atmósfera de desdén y de frialdad que rodeaba á la joven; pero no por tal ignorancia dejaba de sentirlo cuantas veces lo echaba de ver. Con la familia de Uriza había yo comido en muy contadas ocasiones, porque los trabajos del grabado no me permitían acudir á las horas señaladas; pero aun estas pocas fueron para mi curiosidad de vecino revelaciones pasmosas, ó, cuando menos, vagas sospechas de la realidad. En aquel tiempo era Plácida una mujercita rubia, de ojos grandes y oscuros, de fisonomía grave, de espíritu serio, reflexivo y poco comunicativo. No pecaba de orgullosa, y no obstante, estudiada superficialmente, podía juzgársele orgullosa. El conocimiento de la vida me dió, algunos años después, la clave de estas chocantes apariencias que son como expresión de un estado excepcional del alma. Viviendo Plácida cohibida

y humillada, debía naturalmente sufrir, y por leve que fuera este sufrimiento, bastaba, sin duda, para desfigurar la nativa expresión de su carácter. De tal manera era así, que cuando pasaba con sus hermanitos á dar un recado á mi madre, con la confianza que ésta le inspiraba y puesta en ocasión de hablar, solía explicarse con suma facilidad y discurría con la sensatez de un ama de su casa.

Y habré de añadir que, en cierto modo, mi madre tuvo la culpa de que aquel extraño afecto que sentía por Plácida se transformase en dulce y secreta pasión. Diré por qué. Una tarde, hablando de ella con unas señoras amigas nuestras, pronunció éstas ó parecidas palabras:—¡Oh! yo no tendría inconveniente en que fuera hija mía... Créame usted, señora, porque, bien dirigida, esa muchacha sería una alhaja, una verdadera alhaja.

Óyense á veces frases que deciden de nuestras afecciones, sobre todo en la juventud, y ésta fué una de esas. De mis anteriores amoríos, sentidos en comandita con mis compañeros de dibujo, nada me quedaba. En cambio, la contemplación continua de Plácida me traía una pena dulce y amarga al mismo tiempo. Mi cortedad de genio no consentía otra cosa, y eso que ella había sorprendido en más de una ocasión las miradas de este mudo apasio-

namiento sin demostrar sorpresa ni menos desagrado. Muy al contrario: al volver yo de clase ó de la tipografía donde me daban trabajo, nos encontrábamos en la escalera y hablábamos largo rato como dos íntimos amigos que buscan la ocasión de verse con frecuencia.

Otras veces me esperaba sentada en el balcón y me saludaba sonriendo, con la labor que tenía entre manos, en cuanto me veía cruzar desde la acera de enfrente. Pocos meses después, el placer de hablar con ella todos los días constituía para mí una imperiosa necesidad. Y sin embargo, aún no me había atrevido á indicarle ninguno de los infinitos proyectos que desvelaban durante la noche mi imaginación, empezando por este secreto amor que ella debía leer en mis ojos. Sucedía á lo mejor que al llegar un día de convite, el santo de su madre, por ejemplo, llevaba yo estudiados y aprendidos de memoria los puntos que había de tocar en nuestra conversación. Luego, al retirarme de noche á mi cuarto, preguntábame con irónica tristeza:—¿Y para qué me tomaría semejante trabajo?—Invariablemente charlábamos de todo, menos de los temas que traía yo en estudio con sus notas y aclaraciones. Al pronto consolábame la idea de que Plácida comprendía mis sentimientos, aun los más ocultos; pero la evidencia de no haber ade-

lantado un paso en este interesante negocio, me amargaba más tarde las horas dedicadas al trabajo.

Algunas mañanas me sorprendía un desaliento inmenso, una horrible pereza delante del trabajo, teniendo el punzón en la mano, sin que mis ojos pudieran fijarse en las líneas trazadas sobre la piedra ó sobre la madera. Forzosamente, yo así lo comprendía, había que hablar claro ó renunciar á la dicha, al porvenir, al cariño de aquella mujercita tan formal y tan buena. ¿No era ya un hombre, un hábil grabador á quien no le faltaba trabajo y una clientela cada día más numerosa? Por lo tanto, no debía dilatarse más tiempo esta situación penosísima para los dos, y convenía aprovechar cualquier afortunada coincidencia que se presentase. De modo que, al tener noticia del convite, reflexioné y me dije:—De hoy no pasa. Primero lo sabrá Plácida; después mi madre, y después su familia.

Con esta intención, al levantarnos de tomar café, dejamos á los caballeros que encendieran sus cigarros y salimos al balcón, seguidos de nuestras madres y de toda la chiquillería, alegre y revoltosa como siempre. Acomodáronse las señoras en los sillones del gabinete, los niños empezaron á arrancar hojas de las flores que había en los tiestos y pegárselas en la fren-

te con saliva, corriéndose el uno al otro, y los jóvenes quedamos solos. Por una dichosa coincidencia, la que yo esperaba, doña Amparo y su hija Rosario, después de charlar un rato con nosotros, se habían marchado á felicitar á unas amigas, por ser el santo de la mamá. Estas amigas vivían en la misma calle de Fuencarral, por cuya razón no tardarían mucho en despacharse y cumplir con este sencillo deber de buena amistad.

Quedamos, pues, solos en el balcón Plácida y yo. De vez en cuando veíamos cruzar el tranvía, en competencia con los ómnibus de Oliva, y siguiendo la doble línea del rail perderse lejanamente en la Puerta de Bilbao, su segundo punto de parada. Aún desde nuestro balcón, sacando el cuerpo fuera, los alcanzábamos á ver muy disminuídos, semejantes á dos cochecillos de hojalata pintada, como los que arrastraban los hermanitos de Plácida. Mientras ésta me hablaba de las vecinas, yo estaba estudiando la manera de comenzar la historia de nuestras relaciones. Temiendo que adivinara mi intención ó la leyera en mis ojos, mirábala yo con algún recelo, de rato en rato; pero luego, al encontrarse nuestras miradas, ella se sonreía candorosamente, sin duda para animar mi timidez con esta sencilla prueba de familiaridad.

Así transcurrió media hora. ¡Dios santo, qué suplicio! Suplicio como éste no lo había yo pasado nunca. Me encontraba á su lado tan pequeño, tan insignificante, tan nulo... que palabras, frases, valor, todo me faltaba. Así que nuestra conversación iba convirtiéndose, sin saber cómo, en ese murmullo de dos ancianos asmáticos que hablan por turno, con lánguida y monótona parsimonia. En el momento en que volvía á cobrar ánimos, después de otra media hora de lucha, oimos las voces de doña Amparo y de su hija Rosario, que entró en el gabinete á modo de un torbellino, riéndose y charlando de cinco mil cosas á la vez.

—Vengo muerta, rendida... Después de subir corriendo sesenta y ocho escalones... figúrate. ¡Y qué susto! ¿Pero tú no sabes? Ahí abajo, en la calle, ¿tú no sabes lo que ha pasado? Un loco que venía de no sé dónde y quería abrazar á mamá. ¡Hija, qué susto! Yo eché á correr... mamá me llamaba, la gente se quedaba parada... Oye, ¿y el canario? Pobrecito. ¿Se ha muerto que no le sacas al balcón? A mí me van á regalar un jilguerillo las de Orellana... ¿Tú las conoces? Las dos chicas son tan guapas... son monísimas. Están abonadas á la Comedia, al turno segundo. ¡Ah! oye, ¿y la Angelilla, la chica del principal, no sube ya como antes?... Un momento y vuelvo: voy á

ver si el señor Uriza tiene *El Imparcial* de anteayer. Me han dicho que habla de Carola, esa amiguita mía que ha cantado en el Conservatorio...

Y desapareció, llevándose el resto del valor de que yo había hecho acopio para aquel crítico momento. Todavía hubiera podido, en unos cuantos minutos, formular una declaración breve y apasionada, aprovechando la circunstancia de quedarnos otra vez solos en el balcón. Pero la repentina presencia de Rosario fué como una helada ráfaga de cierzo, que me dejó entumecido y mudo para toda la tarde. Al llegar la noche, y al despedirme de Plácida, la vi tan triste y tan preocupada, que aquella despedida vino á ser, sin explicación aparente, el remordimiento de mis ocho horas de insomnio.

II.

Y cosa extraña: quince días después de este convite, supimos en casa que los señores de Uriza se cambiaban á un cuarto de la calle del Ave María. Cuando pasaron á despedirse de nosotros, fué la ocasión de desengañarnos, porque todavía dudábamos. Ignoro si por conducto de la portera ó por quién, supo mi ma-

dre, reservadamente, la causa de aquella repentina mudanza: se había descubierto un desfalco de consideración en la caja del Banco de crédito, y lo mismo el señor Uriza que el cajero y otro empleado, fueron detenidos y llevados al Saladero. Súpose también por aquel entonces el derroche del matrimonio en alhajas, trajes, muebles, cuadros y otras fruslerías, con las cuales aparentaban un boato y una grandeza que nunca habían conocido. A la semana siguiente de tener noticia de tamaña desgracia, subió mi madre á visitar á la señora, y según me dijo, por el aspecto exterior del cuarto y de todos ellos, debía haber en el fondo una espantosa miseria. ¡Qué terrible contraste! Referíalo mi madre tan condolida de su desdicha, que no podéis imaginaros la impresión que todo esto me produjo.

Luego, un domingo por la tarde, pues el exceso de trabajos y compromisos no me dejaban una hora libre en los días de labor, acompañé á mi madre en la visita y me convencí de la realidad de sus sospechas. Existe en el interior de cada casa una atmósfera particular y propia, reveladora de la vida que allí se vive... Un artista, ó cuando menos el que se siente con aspiraciones, se fija por necesidad, ó por instinto de estudio, en pormenores, en minuciosidades, en pequeñeces de color y de

dibujo que suelen pasar inadvertidas para los demás. Y yo respiré allí una atmósfera sofocante de miseria y de abandono, que parecía oscurecer lo mismo las fisonomías que los objetos. ¡Ay, sí! El mismo rostro de Plácida, con su color quebrado por la tristeza y enflaquecido por algún penoso trabajo, me declaraban la horrible desventura que pesaba sobre la familia. Nos contó la señora de Uriza que, como nada le podían probar á su marido, lo iban á tener en casa de un momento á otro. Nos confesó, igualmente, que por su gran afición á la costura, Plácida trabajaba en un obrador de ropa blanca. Y harto se conocía que la joven no podía cuidar de la casa, porque los hermanillos andaban hechos un asco, y la misma madre vestía una sobada bata de percal llena de girones y de manchas, como la más sucia de las fregonas.

Al retirarme á casa iba pensando en el asombroso nivel social que se había efectuado en nuestras respectivas familias. Ya eran ellos trabajadores modestos como nosotros. Llegaba la ocasión de tomar la iniciativa y decir á Plácida:—En otro tiempo me consideré tan pequeño á vuestro lado, que no me atreví á confesarte mi amor. Ahora, que los dos vamos por el mismo camino, puedo ofrecerte mi brazo... Si es verdad que me quieres, apóyate en él.

Un acto de valor semejante necesitaba pensarse, y casi siempre, dada la cortedad de mi genio, era el valor lo que solía faltarme. Hubo también una circunstancia que influyó en mi habitual indolencia: á mi madre, que sufría á menudo dolores reumáticos, se le fijaron en las piernas y quedó como inválida, sin atreverse de ninguna manera á salir de la cama. Por aquellos días supimos que habían puesto en libertad al señor Uriza, por cuya razón fuí á darle la enhorabuena de parte de mi madre. Ellos no pudieron ó no osaron, por vergüenza, presentarse en nuestra casa. Esto no obstante, en cuanto dispuse de un rato, me decidí á subir á verlos, y hallé á don Bernardo bastante envejecido y con un aspecto extraño que me llamó la atención. Habló con brutal cinismo de la justicia, de los Bancos de crédito, del Gobierno, y de que estaba resuelto á vengarse de aquella canallada. Yo demoraba la visita con la idea de ver á Plácida; pero llegó la hora de cenar y Plácida no parecía. Nadie creerá lo que yo sufrí con esta cruel decepción y los terribles pensamientos que me vinieron á la cabeza. Por último, como era tarde, me despedí de la familia.

Desde aquella noche, aun contando con la distancia que mediaba entre nuestra casa y la suya, yo rondaba la calle siempre que podía.

Me situaba en la Plaza de Antón Martín, y luego, muy despacio, cruzaba la de la Magdalena y bajaba por la del Ave María hasta cerca del Lavapies, entreteniéndome en cualquier estanco ó en cualquiera tienda para dar tiempo á un afortunado encuentro. La enfermedad de mi madre no permitía que estos paseos se repitieran con frecuencia. Así transcurrió cerca de mes y medio. Una tarde de invierno que estaba acabando un grabado para el certamen de *La Ilustración*, oí una voz conocida en el cuarto de mi madre. Al poco rato, esta voz llamó en mi puerta y preguntó:

—¿Se puede pasar?

—¿Usted por aquí, Plácida?

—Como usted no se deja ver por casa...

—Tiene usted razón que le sobra; pero mis ocupaciones... Ya lo ve usted, siempre trabajando.

Vestía pobremente, como una costurera, con un mantoncillo oscuro y un pañuelo algo desteñido caído hacia atrás. Su cara no estaba sonrosada como otras veces, sino más bien blanca y demacrada, al igual de la que sale de una larguísima prisión. Entonces, con lágrimas en los ojos, me contó que su padre no quería trabajar; que salía únicamente de noche; que le tomaban todos los sábados el jornal que ella traía recogido, sin dejarle ni una

sola peseta para calzado; que á veces se veía obligada á comer en casa de unos parientes, porque muchos días comían en la suya de fiambre, y cuando volvía del obrador, ya no hallaba ni una migaja de pan. Sufría muchísimo; pero todo sufrimiento tiene su límite, y que aquello no podía seguir así. Al decir esta frase Plácida, parecióme que un fulgor momentáneo iluminaba sus ojos. Luego calló de pronto y esperó á que yo le dirigiera la palabra. Había ocurrido aquella tarde que, al quitar un molde de piedra de la mesa, se me deslizó de los dedos y me rompió la uña del pulgar al sujetarlo fuertemente por evitar que cayera al suelo. Como la rotura sangraba un poco, quitóse Plácida las tijeras que traía colgadas de la cintura y me aconsejó que me cortara la uña por igual para que no tropezara y se corriera la rotura. A seguida le acompañé al cuarto de mi madre, que aún continuaba en cama, y se despidió de nosotros con la promesa de volver otro día. En cuanto entré de nuevo en la alcoba, me dijo mi madre:

—¡Pobrecita! Esa muchacha es una santa. Con el trato que le dan en su casa, otra en su lugar... no sé lo que haría. ¡Dios mío, qué desgracia más grande es no tener madre!

—¿Cómo no tener madre?—repuse con doloroso asombro.

Supe yo entonces lo que había ignorado hasta aquel preciso momento: que don Bernardo Uriza había tenido esta hija fuera de matrimonio, y que hubo de reconocerla por evitar un escándalo y acaso la pérdida del destino que desempeñaba. Este secreto me hizo comprender la indiferencia del padre y la aversión ó mala voluntad de una madrastra viciosa y holgazana hacia la hija humilde y trabajadora. ¡Cuánto debió sufrir en aquellos terribles meses que siguieron á la prisión del señor Uriza! Cuando volví á mi cuarto me hallé en la estera las tijerillas de Plácida, que, sin duda, se le habían deslizado de la falda. Las recogí y las lié en la misma cinta azul de que venían pendientes, con intención de devolvérselas el primer día que fuese á su casa. Acariciando este buen propósito, se me pasaron dos semanas en medio de un cúmulo enorme de trabajos que no me dejaban tiempo ni aun para comer con sosiego. En cambio, el dinero así ganado proporcionaba á mi madre comodidades sin cuento y el cuidado de una servidora inteligente que no se apartaba de la cama.

Al empezar la tercera semana leí en el periódico que, abiertos los pliegos de los dibujos premiados, se había adjudicado el cuarto número á don Antonio Laguna, que traía el le-

ma: *La esperanza nos guía; el valor nos premia.* ¡Qué alegría más grande! Éste era mi lema. Con el periódico en la mano volví corriendo á casa y se lo leí á mi madre, que lo escuchó y me abrazó de seguida como buena madre, ebria de gozo y de satisfacción. Por fin mi nombre salía de la oscuridad. Antonio Laguna no sería ya en adelante un nombre anónimo, vulgar y desconocido en el mundo artístico. Transcurridos diez ó doce días en la presentación y cobro del premio, volví á acordarme de Plácida con mayor apasionamiento que nunca. Había de ir á verla lo más pronto posible. Una mañana salía yo de la imprenta de *La Ilustración*, cuando me sentí cogido vigorosamente por el cuello y oí una voz conocidísima que me gritaba:

—¡La bolsa ó la vida!

Era Juanillo, mi compañero de la Academia, un artista de notables aptitudes, pero lo más tronera y lo más holgazán que se conocía. Después de hablar un buen rato de los profesores y de nuestros compañeros, porque nos veíamos de tarde en tarde, me dijo de pronto:

—¡Ah! Oye tú, celebridad. ¿A que no aciertas con quién me he tropezado en casa de la Carolina? esa que llaman la Carabinera, ya sabes... Estaba en el comedor con otras esculturas, pinturas y modelos del mismo género. Pues ya tú la conoces... Veo que no aciertas,

chico; de fijo que no. Vamos á ver si alumbrándote un poco... empieza por pe su nombre. En fin, *fiat lux*, como dicen que dice el Pentateuco: á tu amiga Plácida, con todos sus pelos y señales...

Un relámpago que me dejara ciego de repente no me hubiera causado más efecto. Quedé frío, tonto, helado, y sin saber lo que hablaba, interrumpí la charla de Juanillo gritando:

—¡Mientes como un canalla!

Palideció Juanillo, me miró fijamente y respondió:—Tú tan necio como siempre... Ya lo veo; á ti hay que dejarte estar ó romperte la cabeza: una de dos,—y alzando los hombros con manifiesto desdén, dió media vuelta y me volvió la espalda.

En cuanto se fué Juanillo pensé con mayor calma que, en efecto, era un carácter entero y noble, que cuando hablaba con seriedad raras veces mentía. Sin pérdida de tiempo corrí á la calle del Ave María, y supe por una vecina de la casa que á los señores de Uriza los habían echado del cuarto; que daban continuos escándalos; que zurraban atrozmente á sus hijos, grandes y pequeños; que Plácida había desaparecido, para no volver más, hacía unos quince días: todo un drama de familia que acababa con el suicidio moral de una víctima. ¡Dios

misericordioso! cómo pesa la vida en determinados momentos... Cuando más tarde entré en mi cuarto, me dejé caer como anonadado en una silla, y me tuve por el más cobarde y despreciable de los hombres. Sí: el que no sabe afrontar las situaciones difíciles, el hombre que carece de carácter, no tiene derecho á la vida y menos á la felicidad. Sufrir esta inmensa pérdida era poco castigo, y pensaba con delicia en esa muerte rápida ó lenta de los que mueren asfixiados por el óxido de carbono. Hallar la dicha á dos dedos de la mano y no decidirse á tomarla... ¿qué merecía esta falta sin nombre, esta indolencia supina del animal, que prefiere morir de inanición á salir de su madriguera y luchar por la existencia?

Luego, paseando mis miradas por el cuarto, vi en un rincón de la mesa las tijeras de Plácida, liadas todavía con su cinta azul. Entonces, de improviso, me asaltó un pensámiento que me heló los huesos. ¿Habría ella olvidado las tijeras intencionadamente, con el objeto de que fuera yo á devolvérselas á su casa? Acaso la vergüenza de estar en mi cuarto, y pared por medio con el de mi madre, le había impedido el confesarme aquella horrible determinación de abandonar á su familia, que ya traería pensada. Sí, amigos míos, podéis despreciarme cuanto queráis: ni aun entonces tuve valor su-

ficiente para coger aquellas punzantes tijeras y clavármelas en el corazón. Y tal era el profundo desprecio que sentía por mí mismo, y tanta la vergüenza que enrojecía mi rostro, que hubiera bendecido la mano vengadora que hundiera aquel acero en mi pecho.

Al siguiente día le conté á mi madre lo ocurrido con los señores de Uriza, y lo conté con tanta vehemencia y tanta pena, que debió comprender lo que pasaba en mi interior, porque al concluir me miró con alguna severidad, echándome en cara el que no hubiese ido á ofrecerles nuestra pobreza á aquellos desdichados amigos. Así que después, hallándome en el cuarto, no pude menos de pensar y decir: —¡También mi madre! mi madre me desprecia por cobarde y por necio.—Y hasta me pareció leer ó adivinar sus pensamientos: «¿Qué vale ese honroso premio concedido al artista? ¿Qué vale el talento si te falta el valor, si no tienes carácter, si no has sabido tender la mano y detener en su caída á una pobre mujer adorada de tu corazón? ¡Oh! sí, desgraciado el día en que el mundo te conozca y te tase en lo que vales... Ese será el tremendo día de tu castigo.»

Noviembre 1886.

UNIVERSITY OF CALIFORNIA

ÍNDICE.

Páginas.

UN RINCÓN DEL PARAÍSO:

Capítulo I..... 7
II..... 20
III..... 33
IV..... 55
V..... 68
VI..... 86
VII..... 111
VIII..... 130
IX..... 154
X..... 181
XI..... 190

BOCETOS:

El equinoccio de otoño..... 201
El luto..... 224
Lo inverosímil..... 239
Las tijeras..... 253

Esta obra se halla de venta en las principales librerías de Madrid y provincias al precio de **dos** pesetas cincuenta céntimos.

OBRAS PUBLICADAS.

LOS PRIMEROS ACORDES.

AL HOMBRE POR LA PALABRA... *(Proverbio en prosa.)*

LA CASA Y LA CALLE. *(Crónicas contemporáneas. Primera serie.)*

LA ILUSTRE FIGURANTA.

UN RINCÓN DEL PARAÍSO. *(Crónica aragonesa.)*

EN PREPARACIÓN.

LOS INTRUSOS.

UNIVERSITY OF CALIFORNIA

RETURN TO → CIRCULATION DEPARTMENT
202 Main Library

LOAN PERIOD 1	2	3
HOME USE		
4	5	6

ALL BOOKS MAY BE RECALLED AFTER 7 DAYS
RENEWALS AND RECHARGES MAY BE MADE 4 DAYS PRIOR TO DUE DATE.
LOAN PERIODS ARE 1-MONTH, 3-MONTHS, AND 1-YEAR.
RENEWALS: CALL (415) 642-3405

DUE AS STAMPED BELOW

AUTO DISC JUN 28 '90

U.C. BERKELEY LIBRARIES
C003334918
YB 43581
199878
mathew
y Aybar